Rebecca Báez

Te lo advertí



TE LO ADVERTÍ

Rebecca Báez

Copyright © 2025 Rebecca Báez

Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducido en ninguna forma ni medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotografías, grabación o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos que aparecen en este libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: **2506272280648**

Registrado el: **27/06/2025**

Instagram: @rebeccabaezlibros

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
Epílogo

1

Meghan

Llegar a California con una sonrisa y una maleta de mano no parecía, desde luego, el plan más sensato del mundo. Pero a mí siempre me ha gustado empezar así las cosas: ligera de equipaje, con la mente abierta, confiando en que todo iría bien. No buscaba lujos ni grandezas. Solo un colchón decente, café del fuerte y un aire que oliese a sal y a cientos de posibilidades. Por primera vez tenía el verano entero por delante para construir algo bonito, algo que fuese solo mío.

Lo que no esperaba era encontrarme, nada más llegar, al portero del edificio negando con la cabeza, con una expresión de funeral que helaba el ánimo.

—¿Cancelada? —repetí, tragándome la sonrisa como si de pronto me hubieran dado una bofetada.

—Sí, lo siento mucho. El propietario ha vuelto antes de lo previsto y el piso ya no está disponible. Tendrá que buscar otro lugar.

Miré el móvil como si Jessie, mi mejor amiga, fuera a saltar de la pantalla para resolverlo todo con uno de sus milagros improvisados. Por supuesto, no lo hizo. Pero justo en ese momento sonó el teléfono.

—¿Ya has llegado? —preguntó su voz, despreocupada.

—Sí. Pero el piso en cuestión no existe. Es una fábula inmobiliaria. El dueño ha regresado antes de lo previsto y me he quedado en la calle, sin casa y con maleta.

Hubo un silencio breve al otro lado, seguido de su exclamación inevitable.

—Mierda. ¿Hablas en serio?

—No, Jess. Estoy practicando mis dotes de teatro callejero bajo el sol del mediodía, con una maleta y ningún techo donde cobijarme. ¿Alguna idea brillante más?

—Espera, espera... Conozco a alguien. Tiene una habitación libre. Bueno, técnicamente no es una habitación. Es más bien una oficina. Pero sé que hay una cama... o algo que se le parece. Te paso la dirección y la aviso mientras vas.

—¿Y la persona en cuestión? ¿Es una psicópata antisocial o alguien decente?

—Es Clarice. La dueña de un bar-café muy de playa. Es algo... gruñona. Pero créeme, no tiene tendencias asesinas. Te caerá bien.

No, no me cayó bien. Al menos, no en un primer momento.

Veinte minutos después, caminaba por una callecita cercana a la costa con la mochila al hombro, el sol pegándome en la nuca y un mar de ansiedad agitándose bajo la piel. Llegué a la dirección que me había dado Jessie y toqué el timbre. Una, dos veces. Nada. Hasta que una voz desde el interior gritó:

—¡Está abierto! Pasa y cierra la puerta.

Obedecí. El lugar era... peculiar. Ordenado, pero con un orden tan meticuloso que resultaba casi agresivo. Cada objeto estaba en su sitio, y cada sitio parecía decir: "no toques nada o te arranco la mano". Caminé con cuidado, como si el suelo estuviera lleno de trampas ocultas a punto de activarse. Al poco apareció ella, saliendo de una habitación al fondo. Llevaba una camiseta negra sin mangas y unos vaqueros gastados, sin zapatos. Caminaba con paso firme, seguro, como si todo le molestase: la casa, el calor... y, por supuesto, yo.

—¿Tú eres Meghan? —preguntó sin preámbulos.

—Sí. La amiga de Jessie. La que se ha quedado sin piso a última hora. Gracias por dejarme quedarme un par de días.

—Claro. La oficina está al fondo. No tiene puerta, pero hay una cortina. Ciérrala bien cuando entres —gruñó con sequedad.

—Vale… ¿alguna otra norma vital?

—Intenta no roncar —soltó, sin moverse del marco de la puerta.

—¿Siempre eres así de encantadora con las visitas?

Por un instante creí ver un amago de sonrisa en la comisura de sus labios. Como si la risa le hubiera querido escapar, pero ella la hubiese capturado a tiempo. No salió.

—Depende. Si he tomado café antes, puedo hasta parecer simpática. Hoy no has tenido esa suerte.

“Estupendo. Promete.”

Me dirigí hacia el fondo con la sensación de estar cruzando una trinchera. La "oficina" era un cuartucho rectangular con una mesa plegable, una silla, una estantería llena de libros de surf, una colchoneta colocada sobre una base de madera, y una lámpara de pie sin pantalla. Minimalismo en estado puro. De supervivencia, diría yo.

Dejé la mochila en un rincón con cuidado, como si el simple sonido de la cremallera pudiera romper el frágil equilibrio del lugar. Al girarme, allí estaba ella, Clarice, apoyada en el marco de la entrada, con los brazos cruzados y la misma expresión inescrutable de antes.

—Jessie dijo que serían solo un par de días —comentó sin moverse.

—Sí, esa es la idea. En cuanto encuentre algo, me largo.

—Bien. Mientras tanto, intenta que no nos crucemos demasiado.

"Qué maravilla de anfitriona", pensé. "Parece que me vaya a cortar la cabeza si toco el cepillo de dientes equivocado".

—Haré lo posible. Soy bastante tranquila, de verdad.

—Eso se agradece —replicó sin variar el tono—. Lo de tranquila. Lo otro... ya veremos.

Me pasé la mano por el pelo, disimulando el calor que ya empezaba a agobiarme. Pero no era la humedad. Era ella. Su forma de ocupar el espacio, de escanearlo todo con la mirada como si el mundo fuera una amenaza. Como si la mera idea de ceder un milímetro de terreno le resultase insoportable.

Me irritaba.

Me intrigaba.

A partes iguales. Para qué engañarme.

—Gracias por dejarme quedarme, aunque no parecieras muy convencida —dije, intentando que sonara a broma ligera, aunque en el fondo me pesaba su gesto seco.

—Pues no, no lo estaba —respondió sin rodeos, sin una pizca de suavidad.

Su franqueza me pilló desprevenida. Esperaba una risa de compromiso, una frase que aligerase la incomodidad... pero no llegó.

—Entonces, ¿por qué lo haces? —me atreví a preguntar, incapaz de disimular la curiosidad.

—Porque Jessie me salvó el culo una vez —respondió con un leve encogimiento de hombros—. Digamos que esto salda una deuda pendiente.

Guardé silencio. No quería que creyese que intentaba caerle bien, ni que me esforzaba por arrancarle simpatía a la fuerza. Pero tampoco podía fingir que su hostilidad no me había rozado más de la cuenta. Había algo en su forma de mirar, fría, afilada como cristal cortante, que me incomodaba... y que al mismo tiempo despertaba cierta intriga inevitable.

Giró sin decir nada más y desapareció por el pasillo. La oí abrir la nevera, cerrarla con un golpe leve, caminar por la cocina. Todo en sus

movimientos desprendía precisión, como si cada gesto hubiera sido ensayado para no dejar margen al error ni a la improvisación.

Me senté en la colchoneta con las piernas cruzadas. Estaba limpia, impecable. Olía a eucalipto. O a alguna esencia similar que no supe identificar, pero que impregnaba el espacio con un frescor forzado, controlado. Todo en aquella casa estaba milimétricamente calculado, hasta resultar inquietante. Y en el centro de aquel orden obsesivo estaba ella: Clarice. La mujer de rostro endurecido, de voz grave y mirada de tormenta que parecía irritada por el simple hecho de tener que compartir el aire conmigo.

Apoyé la espalda contra la pared, cerré los ojos un instante y respiré hondo. Sabía que no iba a ser fácil convivir allí. El ambiente pesaba, denso, como esas tardes costeras en las que la bruma no se despeja, ni con sol ni con viento. Y ella no ayudaba. Su sola presencia parecía tensar cada centímetro del espacio.

No tenía idea de cuánto tiempo iba a durar en aquella casa. Un par de días, con suerte una semana. Lo suficiente hasta encontrar otro lugar donde dejar caer la cabeza por las noches. Pero algo en mi interior —quizá mi estómago, o esa intuición terca que nunca callaba cuando debía— me decía que esta estancia no sería tan breve como pretendía. Que este cruce inesperado de caminos iba a traer más de lo que ahora podía imaginar.

"Bueno... esta historia ya huele a desastre", pensé con una sonrisa cansada, mientras me apartaba el flequillo de la frente. "O tal vez a algo peor... o mejor. Aún no he decidido cuál de las dos cosas."

2

Clarice

Sé que le debía a Jessie más de un favor, pero jamás imaginé que mi pago fuera enviarme a una desconocida que sonreía —incluso había tirado un par de silbidos— como si acabara de ganar un viaje al Caribe con todo incluido.

"Solo un par de días", me había escrito en un mensaje.

"Es muy maja, te caerá bien."

Qué mentirosa.

Desde el instante en que Meghan cruzó la puerta supe que no estaba preparada para ese tipo de energía. Se le notaba en la manera de mirar cada rincón de la casa, con esa curiosidad insaciable de quien cree que todo le pertenece. Me incomodó, y eso no me sucedía con facilidad. Tenía esa forma de irradiar presencia que hacía demasiado ruido incluso en silencio.

Me marché al local a tomar aire —y a ganarme el pan—. Estaba justo enfrente, separado solo por un sendero de arena y unas cuantas plantas en maceteros de barro que ya necesitaban riego urgente. El letrero colgante, “Blue Sea”, se balanceaba con la brisa marina. Una cafetería-bar de playa improvisada donde también se alquilaban tablas de surf y se organizaban cursos casi todas las mañanas. Me ocupaba de todo: el café, los clientes, el cierre, las facturas... y Nora, mi hermana pequeña, se encargaba de ser insoportablemente optimista, bueno, y también de gestionar esto conmigo.

—Menuda cara que traes —comentó apenas crucé la puerta.

—La de alguien a quien acaban de invadir la casa —bufé, atándome el delantal.

—¿Ya ha llegado la amiga de Jessie?

—Sí. Y ya se ha adueñado de mi sofá.

—¿Y qué tal?

—Habladora. Ruidosa. Huele a vainilla. Es de esas que tararean incluso mientras respiran.

Nora sonrió mientras limpiaba la cafetera.

—Vaya, alguien ha conseguido sacarte de tu cueva. Eso sí que merece celebración.

—No vivo en una cueva. Vivo en mi paz. Y esa chica es lo opuesto a eso.

Atendí a un par de turistas que pedían batidos como desayuno habitual y luego salí a colocar las tablas junto a la fachada, donde el sol ya empezaba a calentar con fuerza. Todos decían que tener un negocio en la playa era un sueño. Y lo era. Un sueño lleno de turnos dobles, arena hasta en la ropa interior y clientes que confundían un "hola" con "cuéntame tus problemas".

Cuando volví a casa para almorzar, Meghan estaba sentada en el suelo del salón, deshaciendo su mochila mientras tarareaba una melodía que no reconocí. Llevaba una camiseta de tirantes y pantalones cortos. Su piel morena brillaba bajo la luz del sol que entraba por la ventana, y no pude evitar quedarme en el marco de la puerta, en silencio.

Estaba descalza, con el pelo recogido de cualquier manera y varios mechones sueltos acariciándole el cuello. Y, cómo no, cantaba. No afinaba especialmente bien, pero lo hacía con una seguridad que podía envidiarse. Por un instante olvidé todo lo que me molestaba de ella. Pero solo un instante. Luego lo recordé: eso era imposible.

—¿Estás cómoda? —pregunté desde donde estaba, cruzada de brazos.

Me miró por encima del hombro, sin el menor sobresalto.

—Sí, gracias. El sitio es… acogedor.

—No esperarías menos, ¿verdad?

No respondió de inmediato. Dobló con cuidado una camiseta y la colocó en la estantería donde guardaba los libros de surf. Se giró para mirarme, con los ojos entornados.

—Estoy intentando molestar lo menos posible. Si hay algo que no deba tocar... puedes decírmelo sin problema.

—Hay reglas —dije, sin moverme del sitio—. Y la número uno es: no invadir mi espacio cuando estoy por aquí, ni mucho menos tocar mi paz mental.

—Apuntado. Nada de fiestas ni bailes locos. ¿Algo más?

—Esto no es un hotel. No te acostumbres.

—No lo haré. Pero gracias, de verdad —añadió, y lo dijo con sinceridad, mirándome directamente a los ojos. Aquello me desconcertó un segundo más de lo debido. Me giré antes de soltar cualquier tontería.

Mientras Nora seguía ocupándose de la cafetería, fui a la cocina y abrí la nevera. El estómago me rugía, pero lo único decente que encontré fue un yogur y medio tomate. Necesitaba ir a hacer la compra. O mandar a Nora, aunque siempre trajese fruta de sobra porque *"da alegría a tu cocina"*.

Desde la cocina la oía moverse en el salón. Sus pasos tenían algo irritante. No eran pesados, ni torpes. Pero se hacían notar. Vivía como si el mundo entero estuviese dispuesto a recibirla con los brazos abiertos. Yo, en cambio, había aprendido a ocupar poco espacio, a medir cada gesto, a no dejar resquicio por donde alguien pudiera colarse.

Suspiré y apoyé la frente contra la puerta del frigorífico. *"Dos días. Solo dos días, Clarice"*. Luego volvería a mi orden, a mi silencio, a la casa como me gustaba.

Volví al salón con el yogur en la mano. Meghan estaba sentada en el sofá, con las piernas cruzadas, tarareando de nuevo. Su camiseta se le había

subido un poco, dejando ver la piel de su espalda morena, marcada por lunares dispersos como puntos suspensivos sobre una historia que no me pertenecía.

No se dio cuenta de que la observaba. O quizá sí. Pero no lo demostró. Yo tampoco miré mucho más tiempo. O eso quise creer.

"Joder, Jessie me debe una grande."

—¿Quieres algo? —pregunté sin pensarlo demasiado, levantando el yogur como si eso pudiera considerarse una oferta culinaria.

Meghan giró la cabeza hacia mí con una de esas sonrisas suyas que no sabes si son de agradecimiento o de burla disimulada, siempre a medio camino entre las dos cosas.

—Estoy bien, gracias. Ya me he preparado un té.

—¿Dónde lo has encontrado?

—En el armario junto al microondas. Espero que no fuera un tesoro reservado para alguna ocasión especial.

—Aquí no se celebran ocasiones especiales —respondí con una brusquedad que ni siquiera pretendía. Me salió sola, como tantas otras cosas cuando me ponía nerviosa.

Me miró durante un segundo más de lo necesario. No dijo nada, solo asintió con suavidad y volvió a concentrarse en sus cosas, como si entendiera que no debía forzar la conversación.

Ojalá hubiese quedado ahí.

—Tienes la casa muy ordenada —comentó al cabo de un instante, rompiendo de nuevo el silencio con esa naturalidad suya que me irritaba sin motivo claro.

—Me gusta saber dónde está cada cosa —repliqué, encogiéndome de hombros, como si no tuviera importancia. Pero la tenía. Claro que la tenía. El orden era mi única manera de mantener el control.

El aire entre nosotras se llenó de esa tensión espesa que nadie quiere cortar, como si ninguna de las dos supiera si era mejor seguir hablando o callar para siempre.

—Bueno, voy a salir —anuncié al fin, incapaz de aguantarlo más—. A hacer la compra. No queda casi nada en la nevera.

—¿Quieres que te acompañe? Así aprovecho y conozco la zona —se ofreció ella, poniéndose en pie con agilidad. Seguía descalza, y con esa expresión curiosa en la cara, la misma que había traído desde que apareció en mi puerta.

—Mejor no —corté, con una sonrisa forzada—. Iré a por cuatro cosas y volveré rápido antes de volver al bar.

No pidió explicaciones. No insistió. Solo asintió con una tranquilidad elegante que me sorprendió. No todas habrían aceptado ese desaire con tanta naturalidad.

—Vale. Si ves chocolate negro... no hace falta que lo compres, pero si por un casual piensas en mí, estaría genial.

Me lanzó una de esas miradas cómplices, pero que conmigo solo conseguían irritarme un poco más. Estuve a punto de soltar una réplica sarcástica, pero me limité a entrecerrar los ojos.

"Mejor tener al enemigo de tu parte, ¿no?", pensé con una punzada de resignación.

—Apuntado —respondí al final, con sequedad.

Me apresuré a salir antes de decir algo estúpido. Antes de seguir mirándola más de la cuenta. Y mientras cerraba la puerta detrás de mí, lo supe con certeza: el problema no era ella. O no solo ella. El verdadero desafío era soportarme a mí misma mientras otra persona, viva, real, respirando, ocupaba este espacio que durante tanto tiempo había sido solo mío.

Desde luego, aquello no iba a ser fácil.
No iba a ser nada fácil.

3

Meghan

La mañana siguiente me desperté antes de lo que habría esperado, considerando el agotamiento con que terminé el viaje. No fue el ruido, ni el calor, lo que me arrancó del sueño, sino esa sensación extraña de hallarme en un lugar nuevo, con normas aún por escribir. Dormí sobre una colchoneta que se esforzaba, sin demasiado éxito, en parecerse a una cama. Aun así, había algo en aquel cuartito improvisado que me resultaba agradable. Tal vez era el aroma a eucalipto. O quizá el murmullo lejano del mar, tan próximo que parecía colarse entre las cortinas.

Me desperecé, me calcé unas sandalias y salí en silencio hacia el salón. Clarice ya estaba despierta. Vestía una camiseta blanca que le llegaba a mitad de los muslos y llevaba el pelo recogido en una coleta alta, impecable. Sus ojos verdes recorrían la estancia con una curiosidad disimulada mientras se movía por la cocina con una eficacia envidiable. No hubo música, ni palabras. Ni siquiera un "buenos días". Solo el sonido burbujeante de la cafetera y su presencia, tan contundente como el silencio que imponía. Supongo que tendría que acostumbrarme a ello.

Me apoyé en el marco de la puerta con una sonrisa suave.

—Buenos días.

—Mmm. —No levantó la vista.

"Bien, al menos lo he intentado".

Me acerqué sin hacer ruido. Había un tarro de avena sobre la encimera, junto a una taza solitaria. Ni rastro de una segunda, por si me animaba a preparar mi desayuno.

Supuse que era mujer de costumbres muy marcadas.

—¿Te importa si cojo un poco de avena?

—Haz lo que quieras. Mientras no dejes la cocina sucia —añadió sin mucho interés por mirarme.

—Anotado —murmuré, abriendo un cajón. Encontré un bol y me serví la avena en silencio.

Me senté a la mesa. Ella aún no me había dirigido una mirada directa. Movía las manos con precisión automática: vertía el café, añadía media cucharada de azúcar, removía en círculos pausados. Y luego, como si nada, se bebió la taza entera de un solo trago, dejó la cuchara en el fregadero y se sirvió otra.

—¿Te pasa algo conmigo o simplemente te cuesta arrancar por las mañanas?

Ahora sí me miró. Fugazmente. Como si calibrara qué convenía decir, o si merecía la pena responder.

—Me gusta el silencio. Eso es todo.

—Ah. Pues... lo estás consiguiendo —comenté con una risita breve.

No dijo nada más. Se bebió el segundo café con la misma rapidez y después desapareció por el pasillo que conectaba con la cocina.

Seguí comiendo mi avena, obligándome a encontrarle el lado positivo a todo aquello. El cielo lucía de un azul impecable; el sol se colaba suavemente por la ventana; el murmullo del mar seguía ahí, como una banda sonora de fondo que me parecía perfecta. Inspiré hondo y disfruté de ese instante de soledad.

“Es una borde... pero al menos también es guapa”, pensé, con una sonrisa torcida.

Me quedé un rato en la mesa, dibujando círculos con la cuchara en el bol vacío. Por aburrimiento, desbloqueé el móvil para ver si Jessie ya estaba

despierta.

Yo:
Buenos días. Ya estoy instalada en mi parada improvisada. Esta chica es más seca que una tostada sin mantequilla.
Jessie:
Jajaja. Te dije que era intensa. Pero dale tiempo, ya verás que tiene buen fondo.
Yo:
No sé yo... voy a tener que darme prisa en buscar otro sitio. Se ha bebido dos cafés de un sorbo.
Jessie:
Sí, es su marca registrada. ¿Te está incomodando mucho?
Yo:
No exactamente... Solo me siento juzgada. Todo el rato. Me mira como si quisiera arrancarme la cabeza.
Jessie:
Al menos te mira, que eso ya es mucho. Clarice no suele hacerlo si la persona no le interesa o no le llama la atención.

Me quedé observando ese último mensaje y tuve que releerlo varias veces, como si entre líneas pudiera extraer algún sentido oculto. ¿Llamar su atención? *"Ni de coña"*, pensé. Su mirada solo me decía que le molestaba mi presencia más de lo que se atrevía a admitir en voz alta.

Apagué el móvil y decidí que era el momento de explorar un poco los alrededores. Salí a caminar por la zona y, enseguida, noté ese encanto sencillo de las postales costeras sin pretensiones: casas bajas, algunas con las fachadas desconchadas; otras cubiertas de macetas rebosantes de geranios y jazmines. La brisa olía a pino y a sal. Bajé hacia un pequeño parque con vistas preciosas y me detuve en una esquina desde donde se divisaba toda la ladera.

Los jardines públicos eran sencillos, pero estaban cuidados con esmero: arbustos recortados con precisión geométrica, parterres de flores autóctonas y una zona de juegos infantiles bordeada de buganvillas en flor.

Tomé nota mental de los colores, las texturas, los contrastes suaves y armoniosos. Había en todo aquello un equilibrio sereno que me gustaba, natural, pero con esa intención sutil de dejarte con la boca abierta. Justo el efecto que quería lograr en mis proyectos de este verano. Necesitaba desconectar de mi vida en la gran ciudad, de la última ruptura que me había dejado un regusto amargo, y también del caos continuo que siempre arrastraba una madre como la mío, capaz de convertir cualquier cosa en un problema.

Saqué un cuaderno pequeño del bolso y empecé a hacer esbozos rápidos: la curva insinuante del sendero, las piedras dispuestas en círculo alrededor de un grupo de lavandas, la sombra irregular y caprichosa de un viejo olivo que parecía mirar al mar.

Me perdí en los trazos durante casi una hora, entregada a ese momento de concentración sin tiempo. Cuando levanté la vista, el sol ya me picaba en los hombros, recordándome que había pasado demasiado rato expuesta. Decidí regresar y al llegar a casa, me di cuenta de que Clarice no estaba. La cafetera seguía en su sitio, quieta e inmutable. Vacía, por supuesto. Como si hubiera esperado a que yo notase su ausencia.

Me serví un vaso de agua fresca, me senté en el sofá y abrí el portátil para revisar algunos correos pendientes. Intenté concentrarme, pero algo flotaba en el ambiente, colándose por mis poros, una sensación de expectativa sin nombre ni forma. Era ese silencio denso que parecía ocupar toda la estancia; su modo de estar incluso sin estar. Porque su mirada —esa que tanto evitaba— podía no decir palabra alguna, pero ya me había juzgado en cuanto crucé por la puerta la primera vez.

****

Al cabo de un rato, oí la puerta abrirse. Clarice entró con una bolsa de tela en la mano. Nuestras miradas se cruzaron apenas un segundo, fugazmente, como si ninguna de las dos quisiera sostener aquel contacto incómodo.

—¿Va todo bien? —pregunté con cautela.

—Sí —respondió, escueta. Dejó la bolsa en la cocina sin añadir una sola palabra más.

Comenzó a sacar algunas cosas: fruta fresca, un cartón de leche, pan del día. Luego tomó la cafetera, la llenó de agua, colocó el filtro y, como si repitiese una rutina tan aprendida como indiferente, la encendió sin volverse hacia mí.

El aroma del café recién hecho empezó a llenar la estancia, cálido y familiar. Aproveché para acercarme un poco, midiendo mis pasos, como si cruzara territorio enemigo.

—¿Preparas esta vez café para las dos? —pregunté con una sonrisa forzada, procurando sonar casual.

Me miró de reojo por encima del hombro. No sonrió, pero algo en su expresión pareció suavizarse levemente. Quizá solo se estaba resignando a la idea de tenerme allí, aunque supiera que su “pesadilla” terminaría más pronto que tarde.

Y entonces, sin previo aviso, se sirvió su taza... y se bebió el café de un trago largo, sin prisa pero sin pausa.

—Mañana, si quieres, lo preparas tú. Tengo que volver al trabajo —soltó, con esa voz baja y cortante que no daba pie a réplica.

Y sin decir nada más —ni un “gracias”, ni un “hasta luego”, ni siquiera un leve asentimiento—, se marchó. Así, sin más. Me quedé allí, plantada junto a la encimera, sintiéndome una auténtica idiota. ¿Qué demonios me había imaginado? ¿Un poco de cortesía? ¿Una conversación normal de dos

personas que comparten techo? ¿Que me dejase, al menos, un mísero sorbo de café? Qué ingenua seguía siendo.

La observé mientras cruzaba el umbral, con ese andar suyo tan intensamente contenido. Y después, la puerta se cerró tras de ella, con ese leve chasquido que supo a punto final.

—Perfecto —murmuré entre dientes, apretando los labios—. Encantadora hasta el último momento.

Me giré con el cuerpo aún tenso, incapaz de relajarme del todo, y decidí que necesitaba despejar la mente, airear los pensamientos. Busqué el bikini rojo en mi maleta, me recogí el pelo en un moño desordenado, me puse las gafas de sol y salí de aquel pequeño infierno con una toalla colgada al hombro, dispuesta a respirar algo más que su silencio opresivo.

La brisa marina me acarició las piernas al salir. El calor era perfecto, suave, sin llegar a agobiar. El plan estaba claro: no pensar en nada más.

Pasé justo por delante de su bar y no me molesté en buscarla con la mirada, aunque sabía que Clarice estaba allí, en alguna parte. Me limité a asegurarme de que cada paso mantuviera ese ritmo natural con el que una mujer se sabe observada, por si acaso se le ocurría levantar la vista y darse cuenta de que su frialdad no me afectaba en absoluto.

Aunque si no lo hacía... tampoco importaba. Porque la provocación de esta guerra silenciosa ya estaba servida.

4

Clarice

Desde la barra, aún con el trapo en la mano, vi cómo Meghan pasaba por delante del local. Llevaba una toalla al hombro y un bikini rojo que parecía pintado sobre su piel, de esos que no dejan lugar a dudas ni a distracciones. Caminaba con una seguridad que casi resultaba insultante, como si el sol le perteneciera, como si el mundo entero se hubiera rendido a sus pies, y ella ni siquiera considerase la necesidad de disculparse por ello.

Tragué saliva y me giré de inmediato, fingiendo que no la había visto. Como si tal gesto pudiera servirme de algo.

—¿Era Meghan? —preguntó Nora desde el otro lado del mostrador, mientras secaba vasos con ese entusiasmo que a veces conseguía sacarme de quicio.

—No sé —mentí, sin ningún esfuerzo por parecer convincente.

Y yo no era precisamente buena mintiendo.

—Clarice... —insistió con ese tonillo suyo de falsa inocencia.

Le lancé una mirada afilada, pero ella respondió con una de esas sonrisas suyas, de las que llevaba perfeccionando desde que tenía cinco años, y con las que siempre lograba descolocarme. Sabía perfectamente cómo ponerme de los nervios sin decir una sola palabra de más.

—Creo que deberías darle una oportunidad —dijo al fin, sin mirarme directamente a los ojos—. A mí me parece simpática.

—No necesito que sea simpática. Solo quiero que no se adueñe de la casa —gruñí mientras recogía una de las cartas del menú y la colocaba de nuevo en su sitio, con más fuerza de la necesaria.

—No creo que lo haga. Es amiga de Jessie, ¿no? Y ella no te metería a cualquiera en casa.

—Sí. Pero Meghan no es mi amiga —recalqué, dejando claro que esa diferencia no era menor.

—Bueno... no todavía —replicó con voz cantarina, justo antes de girarse con una bandeja hacia la terraza—. Que yo sepa, piensa quedarse todo el verano.

—Pues ya puede ir buscándose otro sitio —solté sin pensar demasiado, dejando escapar un bufido.

Me sentía más irritable de lo normal, y no solo por el calor asfixiante o por esos clientes eternos que tardaban siglos en decidir qué puñetera cerveza pedir. Era Meghan. Su manera de moverse por la casa, como si ya conociera cada rincón. El sonido de su risa la noche que llegó, tan clara, tan desinhibida, cuando se duchó y cantó como si nadie pudiera oírla.

Era, sobre todo, esa parte de mí que no sabía cómo deshacerse de este problema nuevo y molesto.

****

Más tarde, mientras limpiaba la máquina de café con una dedicación absurda, decidí que al día siguiente le preguntaría si ya había empezado a buscar otro lugar donde quedarse. No quería que se acomodara, me había dicho dos días, y la veía de esas personas que encuentran hueco en cualquier parte, que se deslizan en la rutina ajena sin pedir permiso, y no me apetecía verla convertirse en parte de la mía.

No porque me cayera mal.

Sino porque temía que acabara cayéndome bien. Que su presencia me resultara demasiado fácil. Demasiado natural. Que empezara a acostumbrarme a ella.

—Clarice —interrumpió Nora, reapareciendo con su coleta alborotada y el ceño ligeramente fruncido—. Hay una pareja que quiere alquilar dos tablas y pregunta por las clases de mañana. ¿Les atiendes tú?

—Ahora voy —respondí sin entusiasmo.

Nora me sostuvo la mirada unos segundos más, como si leyera algo en mí que yo no quería admitir. Luego se encogió de hombros con resignación y salió de nuevo al exterior.

Fui tras ella, aparentando interés profesional, cuando en realidad solo deseaba que el día acabara cuanto antes. Que todo enmudeciera. Que el mundo entero, aunque fuera por un instante, dejara de recordarme que no sabía estar cerca de nadie sin que me doliera algo por dentro.

Al fondo de la terraza me esperaban una chica de trenzas rubias y su pareja, un hombre de piel bronceada y sonrisa permanente. Tenían ese aire despreocupado de quienes creen que el mar siempre está de su parte.

—Hola —saludé, acercándome con la libreta en la mano—. Me han dicho que preguntáis por las clases para mañana.

—Sí, eso es. Para dos personas, nivel básico. Nunca hemos cogido una tabla, pero tenemos muchas ganas de probar —respondió ella con un acento extranjero que no supe situar.

—Perfecto. Tenemos un grupo a las nueve de la mañana. Podéis venir media hora antes para familiarizaros con el material y hacer la instrucción en tierra. ¿Os viene bien?

—Genial. ¿Hace falta traer algo?

—No, solo ganas de divertiros. El resto lo ponemos nosotros —respondí sin pensarlo demasiado.

Ambos sonrieron, tomé nota de sus nombres, les entregué unos folletos con los horarios y Nora les preparó dos smoothies para llevar, con esa energía incansable que tanto contrastaba con la mía.

Cuando se marcharon, mi hermana me miró de reojo.

—Con ese tono podrías vender hielo en invierno.

—No estoy para halagos —gruñí sin ganas.

—No era un halago. Era una constatación.

—Mejor aún.

Ella sonrió, satisfecha, y regresó a la barra para terminar un pedido. Yo me quedé allí, con la vista perdida en las olas lejanas, con el mar extendiéndose como una promesa que no sabía si quería cumplir o rechazar.

El resto de la tarde pasó deprisa. Clientes, cafés, risas ajenas. Cerré una hora antes de lo habitual, justificando la decisión con la excusa de que el viento levantaba demasiada arena. Pero en realidad, solo quería silencio. No soportaba la idea de seguir fingiendo que todo iba bien.

Al entrar en casa, lo primero que noté fue el olor a sal y humedad. Las ventanas estaban abiertas y la brisa del mar se colaba por cada rendija, llenando el aire con ese aroma limpio que daba nombre al local. Por un instante, respiré más hondo, como si eso pudiera vaciarme por dentro.

Pasé por el salón y vi la mochila de Meghan en el sofá. De uno de los bolsillos asomaban un pareo, una libreta con flores dibujadas en la tapa y una goma de pelo. Todo en ese pequeño desorden decía “estoy cómoda aquí”. Y aquella certeza me revolvió más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Fui a mi habitación. Me cambié de camiseta, me até el pelo por tercera vez en el día y me senté en la cama, sin saber exactamente para qué.

Estaba molesta.

Pero no con ella.

Más bien conmigo misma.

Porque, por mucho que intentara negarlo, había algo en todo esto que me removía por dentro. Y no era solo su presencia, ni su sonrisa, ni su

manera de moverse como si entendiera todos los secretos del mundo. Era algo más profundo. Algo que me recordaba que hacía demasiado tiempo que no sentía una paz verdadera en mi interior.

Desde Amanda, para ser exacta.

El nombre aún me dolía cuando lo pensaba. Amanda. La mujer con la que iba a casarme. La que me dijo "te quiero" con el vestido de novia colgado en el armario. Y que, dos semanas antes de la boda, se marchó sin más que una nota. Una hoja doblada en la que escribió que no estaba lista para casarse. Que yo era demasiado.

Desde entonces, decidí no ser demasiado para nadie.

Y ahora el mundo parecía empeñado en volver a ponerme a prueba. Con una improvisación que no me gustaba en absoluto.

****

Estaba preparando una infusión cuando la puerta se abrió. Meghan apareció con el cabello aún húmedo, brillante por la sal y el sol. Llevaba la toalla medio caída del hombro, dejando al descubierto la línea perfecta de su clavícula. Goteaba sobre el suelo de madera, pero no parecía darse cuenta. O, si lo hacía, le daba absolutamente igual.

Avanzó con naturalidad hasta el sofá y se dejó caer en él con un suspiro largo, como si aquel gesto soltara todo el peso del día. Había algo en su mirada, en la forma en que se perdió en el techo, que delataba la necesidad de desconectar del mundo aunque fuera solo por un instante. Pero eso no debía afectarme. No me correspondía. Y, sin embargo, ahí estaba yo, observándola quizá más de la cuenta, como quien mira algo que no quiere admitir que le interesa.

—¿Qué tal ha ido la tarde? —preguntó de pronto, sin mirarme directamente, como si no esperara una respuesta elaborada.

—De maravilla —respondí con rapidez, sorprendiéndome a mí misma por lo ágil de la contestación—. Lo de siempre: turistas despistados, gente preguntando si el batido de mango lleva mango... Ese nivel de emoción.

Ella soltó una pequeña carcajada, breve, cansada, pero auténtica.

—Yo me he bañado hasta que se me han arrugado los dedos —comentó, girando la cabeza hacia mí con una media sonrisa—. El agua está increíble.

—Bien por ti —murmuré mientras daba un sorbo a la infusión, con la vista fija en la taza, refugiándome en su calor.

Me habría gustado marcharme sin más a mi habitación, cerrar la puerta y poner tierra de por medio. Pero recordé la conversación con Nora, y un resquicio de sentido común me empujó a ser, al menos, un poco más... civilizada.

—¿Te apetece que pida unas pizzas? —pregunté, fingiendo que mi atención seguía puesta en la taza.

Percibí cómo giraba la cabeza hacia mí, sorprendida, como si no se esperara ese gesto.

—¿Lo dices en serio?

—Pues... sí. La verdad es que sí —admití, casi a regañadientes, pero sincera.

Vi un atisbo de sonrisa en su rostro. No forzada, ni medida. Simple, natural. De esas que no se fabrican para quedar bien, sino que salen porque sí.

—Bien, elige la que quieras. Mientras no lleve piña, me como lo que sea.

Su sonrisa creció, y esa expresión tan simple, tan desprovista de dobleces, se me quedó atravesada en la garganta más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

5

Meghan

Aquella noche dormí regular, envuelta en ese tipo de sueño inquieto en el que una parte de ti permanece despierta, alerta al menor ruido, como si aún no terminara de acostumbrarse a un lugar nuevo. O como si en cualquier momento alguien fuera a irrumpir en mitad de la noche para recordarte que te has colado sin querer en la vida de otra persona.

Aun así, me levanté temprano, me até el pelo con una goma que rescaté de uno de los bolsillos de la mochila y salí descalza al salón. La casa estaba en silencio, bañada por una luz suave que entraba por la ventana sin llegar a molestar. El murmullo del mar se escuchaba a lo lejos, como una melodía constante y romántica a la que, poco a poco, empezaba a acostumbrarme.

Clarice no estaba despierta. Lo supe por la ausencia de sus pasos firmes y por la cafetera intacta sobre la encimera. No sabría decir por qué, pero en ese momento decidí aprovechar la ocasión para prepararle algo para desayunar. Algo sencillo, sin pretensiones, pero con la intención clara de demostrarle que agradecía de veras que me permitiera quedarme en su casa.

Encontré pan, tomates bien maduros, aceite de oliva y un diente de ajo. Con eso bastaba para un desayuno digno, que al menos nos diera fuerzas para encarar el día. Me gustaba cocinar, aunque no para impresionar a nadie; más bien porque tener las manos ocupadas en algo tangible me calmaba. Me hacía sentir útil, en equilibrio con el momento.

El aroma del pan tostándose empezó a llenar la casa con ese olor reconfortante que siempre trae recuerdos de hogar. Me movía en silencio, sin querer invadir nada, pero tampoco deseando esconderme o encerrarme

en mi “habitación”. Y cuando escuché la puerta del baño abrirse, no tuve tiempo de pensar mucho más.

Clarice apareció en el pasillo, con el cabello mojado cayéndole suelto sobre los hombros. Llevaba puesta esa camiseta amplia que le llegaba a media pierna y caminaba sin prisa, con la tranquilidad de quien no teme ser vista.

—Huele bien —dijo con la voz un poco más grave de lo habitual. Tal vez por el sueño, o quizás porque esa era su particular manera de dar los buenos días.

—He preparado pan con tomate restregado y un poco de ajo. Básico, pero infalible —comenté mientras servía las tostadas en un plato.

—No sabía que también tenías vocación de chef —insinuó con una media sonrisa, aunque no percibí ironía en su tono.

—Más bien ganas de agradecerte lo que has hecho por mí —aclaré—. No todos los días te dejan quedarte en casa de una desconocida sin poner condiciones.

—En realidad sí que las hay —respondió sin malicia, como si su frase escondiera otra intención.

Se sentó a la mesa sin añadir nada más. Le serví un plato y me senté enfrente. Al principio comimos en silencio, pero no fue incómodo. Era un silencio tranquilo, incluso agradable. Como si la tensión de los primeros días empezara a aflojarse poco a poco entre nosotras.

—¿Siempre te has dedicado al paisajismo? —preguntó de repente.

Me sorprendió. No por la pregunta en sí, sino porque saliera de ella. Seguramente Jessie le había contado algo sobre mí.

—Desde hace unos años, sí. Al principio estudié arquitectura, pero no me convencía pasarme la vida frente a un ordenador o trazando ideas sobre planos. Me gustaba más mancharme las manos de tierra, jugar con formas

vivas, reales. Al final me especialicé en diseño de exteriores: jardines, terrazas, patios… cualquier espacio que pudiera llenarse de color y vida.

Asintió mientras masticaba, sin mirarme directamente, pero escuchando de verdad. Lo noté en la forma en que bajaba la vista hacia el plato, como si le costara mantener el contacto visual cuando empezaba a sentirse un poco más cómoda.

—Pues en esta ciudad tienes para entretenerte. Entre el calor, el salitre y la falta de sombra, podrías rediseñar media costa.

"¿Eso ha sido una broma?". Me quedé mirándola un segundo más de la cuenta, y después asentí con una sonrisa leve.

—Sí, ya he visto varios sitios con potencial. El paseo marítimo tiene su encanto, pero se nota que le falta algo de estructura. Y los parques... me encantaría hacer algo con ellos, aunque eso está en otra liga. Habría que pedir permisos, licencias, hablar con el ayuntamiento... —me encogí de hombros—. Por ahora me centraré en los encargos de algunos clientes. ¿Tú has vivido siempre aquí?

—No. Vine por mi hermana, cuando Nora terminó la universidad. Quería estar cerca de ella, y nos pareció buena idea abrir algo juntas. Además, el mar ayudó a decidirnos. Un colega trabaja con nosotras.

—¿Y qué tal llevas ser la jefa?

—No se me da mal —dijo con una sonrisa ladeada—. Aunque a veces me gustaría apagarlo todo y desaparecer una semana entera. Entre el bar, los turistas y las clases de surf... hay días en los que pienso que he metido la pata hasta el fondo.

—Podrías empezar por desaparecer una tarde con un buen libro —sugerí, medio en broma—. Incluso podría ayudarte un rato en la barra, si quisieras.

Me miró fijamente, con esos ojos verdes que parecían querer leerme el pensamiento, como si intentara descubrir si hablaba en serio o había alguna intención oculta en mis palabras. Y entonces, como si se diera cuenta de que estaba siendo demasiado amable —o quizás porque quiso cambiar de tema a toda costa—, dijo:

—Si vas a quedarte aquí todo el verano, deberías plantearte buscar un sitio más grande donde estar tranquila.

—No te preocupes, ya me ha quedado claro que soy un estorbo —solté, mirándola sin rastro de sonrisa—. Estoy en ello.

—No es por eso —replicó con la vista baja, jugando con el borde del plato—. Lo digo porque esa habitación, por llamarla de alguna manera, no es cómoda para largas estancias. Todo el mundo necesita su espacio, su intimidad.

—Lo sé. No te preocupes. Sé que esto es solo algo temporal.

Volvió el silencio, pero ya no lo sentí tan amable como antes. Me levanté despacio, llevé mi plato a la cocina y me entretuve limpiando la encimera más tiempo del necesario, pasando el trapo una y otra vez, como si así pudiera borrar la inquietud que me rondaba. Oí cómo recogía sus cosas y cómo se calzaba las zapatillas.

—Gracias por el desayuno —dijo desde el pasillo, con esa voz grave que siempre parecía contener algo más de lo que decía—. Estaba rico.

—De nada —respondí sin girarme.

La puerta se cerró con ese “clic” suave que sonó más a punto y seguido que a despedida definitiva.

Me quedé apoyada en el fregadero, con las manos mojadas y el corazón latiendo un poco más rápido de lo habitual. No por sus palabras. Ni siquiera por la tensión flotando en el ambiente. Era por todo lo que quedaba

en medio, en lo no dicho, en esa manera suya de alejarse justo cuando algo comenzaba a ser un poco más cálido de lo necesario.

Como si temiera que alguien pudiera asomarse de verdad a lo que ocultaban sus ojos verdes. Y, sin embargo, por extraño que resultara, me había preguntado por mi trabajo, había compartido conmigo la mesa del desayuno. Algo estaba cambiando. O quizá era solo mi manera de percibirla la que empezaba a variar.

Me sequé las manos con desgana, cogí el cuaderno de notas del bolso y salí a la terraza para plasmar algunas ideas sobre el proyecto de un jardín que debía rediseñar cerca del mar.

Pero esta vez no dibujé flores.

Escribí: “Clarice, de ojos verdes y silencios largos. Su corazón tiene más puertas que ventanas”.

Debajo empecé a trazar líneas suaves, curvas que imitaban el fluir del agua. Dibujé un muro bajo cubierto de hiedra, entreabierto, como una invitación velada a pasar a un espacio más íntimo. Al fondo, imaginé un rincón semicircular, rodeado de grava blanca, con un banco de madera desgastada bajo una pérgola tapizada de glicinas. Todo envuelto en sombras suaves, de esas que invitan a quedarse un poco más, sin prisa, sin obligación de hablar.

Era un jardín que hablaba de refugio. De esos lugares donde puedes sentarte sin decir palabra y aun así compartir algo con alguien que importa.

Cerré el cuaderno con cuidado, como quien guarda un secreto que aún no quiere desvelar.

Volví al interior y me di una ducha. El agua caliente despejó mi cuerpo y también me ayudó a soltar la incomodidad que me había dejado la conversación con Clarice. Después me vestí con ropa cómoda: pantalón de

lino claro, una blusa sin mangas y zapatillas limpias. Me até el pelo en una coleta alta, cogí la bolsa de herramientas, el cuaderno y una botella de agua.

Estaba lista para comenzar el trabajo. O al menos, eso quería creer.

Justo cuando me disponía a salir, el móvil vibró sobre la mesa.

Jessie:
Buenos días. ¿Sigue viva la bestia? ¿Y tú, cómo estás?

No pude evitar sonreír al leerla. Me apoyé en el marco de la puerta antes de responderle.

Yo:
Sigue viva, sí. Esta mañana ha estado más amable conmigo, aunque igual de intensa. Me ha preguntado por mi trabajo y luego me ha dejado bien claro que sigo siendo un estorbo. Todo eso en menos de diez minutos. Una joya.
Jessie:
Al menos es un avance.
Yo:
Creo que empiezo a conocerla. Y no sé si eso es bueno... o un error catastrófico.
Jessie:
Supongo que tienes todo el verano para averiguarlo.
Yo:
Después de marcharme de su casa, no creo que volvamos a vernos.

Tras ese último mensaje, puse el móvil en silencio y lo guardé en el bolso. Salí al exterior y el sol me golpeó de lleno en la cara: cálido, radiante, como una promesa de día nuevo. El aire traía olor a sal, a tierra húmeda, a brisa fresca. Era un día que, con suerte, me ayudaría a entender algo más de Clarice. O al menos, a recordarme por qué había decidido venir hasta aquí.

Y mientras caminaba por la calle, con el cuaderno bajo el brazo, una parte de mí sabía que los jardines siempre habían sido mi refugio perfecto, mi espacio de calma. Pero otra parte —esa que aún no quería confesar en

voz alta— reconocía que la revolución que sentía por dentro ahora no tenía nada que ver con el trabajo.

6

Clarice

—Sinceramente, yo no le veo nada de malo a que tengas un poco de diversión.

—La diversión ya la tengo contigo; ella solo va a darme dolores de cabeza —gruñí sin abrir los ojos, con la voz aún áspera por el sueño.

Dylan soltó una risa ronca y rodó sobre el colchón hasta quedar medio encima de mí. Su mano se deslizó por mi cintura con la yema de los dedos, despacio, como tanteando alguna grieta en mi coraza matutina. Olía a sal y a mi crema corporal, un detalle insignificante que, sin embargo, me incomodó más de lo que quería admitir.

—¿Dolores de cabeza? —susurró cerca de mi oído, tan bajo que su aliento me rozó la piel—. ¿Estás segura de que no exageras un poco?

Me removí con desgana, apartándolo con el antebrazo sin mucha fuerza. Se dejó caer de espaldas junto a mí, carcajeándose con la despreocupación de quien sabe que en esa partida no hay nada real en juego. Su pecho subía y bajaba con lentitud, aún brillante de sudor, y esa sonrisa suya —a medio camino entre la broma y la verdad— le cruzaba la cara como si todo en esta vida le resultara divertido, incluso yo.

—Para alguien que solo va a darte quebraderos de cabeza, hablas bastante de ella —añadió, estirando un brazo para acariciarme la cadera con suavidad fingida.

Le aparté la mano de un manotazo seco. No me gustaban los gestos de afecto después del sexo. Al menos, no con él. Ni con nadie, en realidad. Era un terreno peligroso.

—Porque está en mi casa —respondí al fin, sentándome al borde de su cama—. ¿De qué quieres que hable si no? ¿De los turistas que piden helados de menta en pleno octubre?

Me agaché para recoger mi camiseta, arrugada junto al pie de la cama. Me la puse de un tirón, aún con la piel pegajosa por el calor de la mañana, y luego recogí el pelo en una coleta rápida. La luz entraba a raudales por la ventana, cruel, sin piedad, con esa claridad despiadada que no te deja lugar para excusas ni para quedarte escondida bajo las sábanas.

Si llegaba tarde al bar, Nora me lo recordaría de por vida. Todo por haberme permitido este rato de distracción que ya no me resultaba tan divertido.

—Me gustaría poder vivir en calma, sin tener que pensar en quién invade mi espacio —solté, sin mirarle.

—Yo creo que, si tanto te molestara, ya la habrías echado —replicó él, apoyándose en un codo para observarme desde la cama, con esos ojos color miel que siempre parecían burlarse de todo—. Eres rápida para poner límites. Muy rápida.

—Nora me habría matado. Y Jessie también. Además, no era cuestión de poner a alguien de patitas en la calle sin más.

—Ah —murmuró con esa maldita diversión suya—. Así que es altruismo. Y yo pensando que era tensión sexual.

Lo fulminé con la mirada. Dylan me devolvió una sonrisa ladeada, de esas que solía exhibir justo antes de lanzarse a una ola complicada. Tenía la cara del buen chico que nada tenía de bueno. Y, paradójicamente, eso le daba cierto encanto.

—No digas idioteces.

Él se encogió de hombros y se dejó caer otra vez sobre el colchón, con las manos entrelazadas bajo la nuca.

—Tú sabrás... Pero no pareces muy relajada para haber echado un polvo hace cinco minutos.

—Tal vez deberías haberlo hecho mejor —dije con sorna, levantando una ceja.

Dylan estalló en una carcajada breve. Se giró, se levantó con pereza de la cama y, al pasar detrás de mí, me dio una palmada ligera en el trasero. Me volví en seco para fulminarle con la mirada, pero él ya estaba en el pasillo, desnudo, revolviéndose el pelo rizado con las dos manos, tan impúdico como siempre.

—Sabes que siempre puedo repetir si necesitas liberar tensiones —gritó desde fuera—. ¡Servicio exprés con orgasmo garantizado!

—¡Cierra la boca y vístete, imbécil! —le grité, a punto de soltar una carcajada.

Sí. Dylan era un idiota encantador. Y sí, el sexo con él servía para no pensar en nada más durante un rato. Pero ese era justo el maldito problema: que últimamente ya ni eso bastaba para que dejara de darle vueltas a las cosas, a mis meteduras de pata, a todo lo que me rodeaba.

A lo que de verdad no quería mirar de frente.

****

A media mañana —y después de soportar las miraditas mal disimuladas de Nora—, fuimos a la playa para empezar con otra clase grupal. Dylan se ocupaba de la parte técnica; yo me encargaba de las indicaciones previas y de mantener el control general. Me gustaba el mar, aunque no tanto la enseñanza. Pero, al menos a veces, tenía la paciencia suficiente para que la gente disfrutara de un buen rato en el agua sobre sus tablas de surf.

Me quedé en la orilla, observando cómo los principiantes intentaban tomar las olas con más entusiasmo que destreza. Dylan les gritaba instrucciones desde su tabla, gesticulando con una energía exagerada, como si fuera un animador de hotel de vacaciones, alguien que de verdad ama lo que hace. Algunos alumnos caían nada más ponerse de pie; otros aguantaban un par de segundos antes de hacer el ridículo. Todo un espectáculo.

Y entonces la vi.

Meghan estaba en la arena, con el pelo recogido en un moño alto y una libreta entre las manos. Parecía tomar notas o quizá dibujar algo. Llevaba gafas de sol, pero no hacía falta verle los ojos para saber que estaba atenta. Observadora. Presente.

A mí, desde luego, no.

O eso quería creer. Porque, aun así, sentí un pequeño pinchazo en el estómago. Desvié la vista hacia el mar. No tenía sentido permitir que su presencia me afectara. Sin embargo, lo hacía. Como un zumbido constante de fondo que no se puede ignorar. Y la actitud de Dylan esa mañana no había ayudado en absoluto.

Necesitaba liberar esa tensión de alguna forma, así que me acerqué al lateral de la caseta donde guardábamos el material, cogí una de mis tablas —la azul, mi favorita de siempre—, y me la eché al hombro sin pensarlo dos veces. No avisé a Dylan ni a nadie. Solo me metí en el agua con una determinación automática, casi instintiva.

El primer contacto con el mar fue un latigazo. Frío. Intenso. Vivo.

La espuma me rozó las rodillas mientras avanzaba. Más adentro, sentí cómo las olas me empujaban con suavidad; subí a la tabla de un salto preciso, mecánico, como había hecho mil veces. Me senté un momento, dejando que el vaivén me meciera. Cerré los ojos. Respiré hondo.

Desde allí, el mundo parecía ralentizado. Incluso mágico.

Me impulsé con los brazos, giré hacia la siguiente ola y la tomé sin pensar. El cuerpo reaccionó solo: flexioné las piernas, abrí los brazos, y la tabla cortó el agua con una precisión limpia. El viento me golpeó la cara, frío y estimulante, y durante unos segundos... el resto del mundo dejó de existir. No había Meghan. Ni casa compartida. Ni pensamientos que me revolvieran el estómago.

Solo el mar.

Solo mi cuerpo.

Solo el presente.

Caí al final del recorrido, cuando la ola se deshizo demasiado cerca de la orilla. Me zambullí justo a tiempo para evitar la resaca de espuma. El agua me cubrió entera, arrastrándome un par de metros. Salí a la superficie con el corazón desbocado y una sensación de libertad renovada estallando en el pecho. Como si algo que había estado retenido —un nudo antiguo que no me atrevía a nombrar— empezara por fin a soltarse.

A la hora de comer regresé al local. Nora ya lo tenía todo bajo control, así que aproveché para encerrarme un rato en la oficina y revisar las cuentas. Intenté concentrarme, pero apenas lo conseguí.

Cuando salí de nuevo, Dylan me hizo una seña desde la barra.

—Voy a pasar por el centro a buscar unos repuestos para las tablas. ¿Te apuntas?

—No. Tengo que pasar por casa primero.

—Claro... A ver si pillas a tu inquilina en bikini otra vez —murmuró con sorna, lo bastante bajo para que nadie más le oyera.

Le lancé una servilleta al rostro y él sonrió con descaro.

El sol empezaba a caer cuando decidí dar un paseo por la zona. A unas pocas calles de allí, donde empezaban las urbanizaciones de casas bajas con

jardines impecablemente cuidados, me detuve en seco.

Frente a mí, agachada entre unos arbustos, vi a Meghan. Llevaba guantes de jardinería y el pelo cubierto con un pañuelo rojo. Se movía con una serenidad que envidié en silencio, como si cada gesto suyo estuviera medido y pensado con anticipación.

No me vio.

Y, aun así, yo no podía apartar los ojos de ella.

Había algo hipnótico en su cuerpo inclinado sobre la tierra, en la manera en que usaba la pala, en cómo pasaba la mano por el borde de un macetero como si acariciara algo vivo. Tragando saliva sin motivo aparente, me di cuenta de que la observaba con demasiada atención.

No era solo que, en ese momento, me pareciera atractiva —que lo hacía, por mucho que quisiera negarlo—. Era el cuidado que ponía en su trabajo. Ese tipo de entrega silenciosa, íntima, que pocas veces se muestra delante de los demás. Una especie de respeto profesional, de ternura contenida. Como si lo que tocara de verdad le importara. Como si quisiera dejar una huella distinta, mejor.

Me quedé quieta un minuto más, sin atreverme a moverme, atrapada en aquella imagen. Vi cómo se incorporaba, estiraba la espalda y se secaba el sudor de la frente con el antebrazo. Su camiseta, manchada de tierra, se le pegaba ligeramente al cuerpo.

Y antes de que pudiera dar un paso hacia ella, me di la vuelta.

No podía permitirme mostrar el menor interés por una mujer a la que, se suponía, debía desear ver lejos de mi casa cuanto antes.

Aunque, en el fondo, ya no estaba tan segura de querer eso.

7

Meghan

Cuando Jessie me propuso salir por la noche con su grupo de amigos, no lo dudé ni un instante. Hacía ya bastante tiempo que no la veía en persona, y llevaba varios días entre plantas, montones de tierra y los silencios incómodos de Clarice, que me taladraba con la mirada, como si quisiera decirme, sin palabras, que tenía que irme cuanto antes y que ya habían pasado los dos días. En definitiva, necesitaba algo de música, unas copas y conversaciones que no incluyeran frases como: *"Procura no manchar la cocina"*. Aunque, para mi desgracia, el plan incluía también a la propia Clarice, cosa que no supe hasta que ya era demasiado tarde para inventarme una excusa creíble.

—También la he invitado. Hace tiempo que no nos regalamos un par de horas para disfrutar de la vida —me dijo Jessie mientras yo me cambiaba de ropa.

—Podrías habérmelo dicho antes. Ahora ya no tengo margen para echarme atrás —respondí, fastidiada.

—Tú decides, pero, aunque no me hayas pedido opinión, sinceramente creo que os vendría bien relajar un poco esa tensión que hay entre vosotras.

¿Tensión? ¿Qué tensión? La única que iba por la vida como si llevara un palo metido por el culo seguía siendo Clarice. Yo poco podía hacer para cambiar eso.

El bar estaba escondido en una cala rodeada de urbanizaciones, iluminado con luces cálidas y farolillos de colores que colgaban entre las palmeras. La música era una mezcla de ritmos latinos y éxitos pop, había

sillas bajas y un ambiente queer en el que nadie te juzgaba por ir de la mano con quien quisieras. El aire olía a sal, a ginebra y a ese perfume que puede atraparte si bajas la guardia.

Llegamos las tres juntas. Me costó decidir si Clarice estaba más guapa de lo habitual o si simplemente no me había fijado antes en cómo le sentaban los vaqueros ajustados y esa camiseta blanca, metida por dentro, que realzaba su figura. Lo cierto es que todo le quedaba demasiado bien. Ella iba seria, como si no entendiera del todo por qué yo estaba allí. Me esforcé en ignorar su gesto de desaprobación. Yo había optado por un top negro de tirantes finos y una falda larga con una abertura que dejaba ver mis piernas. Intenté fingir que no me había vestido así para llamar la atención de alguien en particular.

Los amigos de Jessie ya estaban en una mesa al fondo. Pronto supe quiénes eran: Leo, su exnovio y ahora mejor amigo, bailarín; Ingrid, dentista, amante de las camisas con estampados imposibles; y Thomas y Daniel, una pareja encantadora que discutía en voz baja sobre quién pediría el mojito con lima y quién con limón.

Me senté entre Jessie e Ingrid, que enseguida me ofreció el primer chupito de tequila.

—Esto es para romper el hielo —me dijo con una sonrisa.

—No sabía que el hielo se rompiera con algo parecido a la dinamita —respondí en tono jocoso, aunque me lo bebí de un trago. Sentí cómo el calor del alcohol se extendía por mi pecho.

Clarice, en el otro extremo de la mesa, pidió una cerveza. Su sonrisa tensa no dejaba lugar a dudas: seguía a la defensiva. Por lo que había escuchado, un tal Dylan no había podido venir porque estaba ayudando a Nora en el bar. Entonces, en medio de las risas y algo achispada, Jessie soltó:

—Bueno, ya que no te apetece buscarte un ligue, al menos tienes a Dylan para entretenerte de otras formas, ¿no?

Clarice alzó la mirada, como si le hubieran revelado el más íntimo de sus secretos.

—¿Perdona? —espetó.

—Ay, no pongas esa cara —intervino Jessie alzando las manos—. Si total, todos aquí sabemos que *"a un buen polvo no se le dice que no"*.

—Yo no voy divulgando si tú aún te acuestas con Leo —gruñó Clarice, seca como siempre. Y tampoco es que hayáis sido muy discretos.

Tuve que morderme el labio para no reírme, más por su reacción que por la cara que puso Leo al oír eso. Ya se sabe, entre ex siempre queda algún rescoldo dispuesto a avivarse. Clarice se encogió de hombros y añadió:

—Además, Dylan tiene su atractivo.

—Y no tiene nada de malo disfrutar del sexo sin compromisos —intervino Ingrid, con su segundo ron en la mano. Percibí que el comentario incomodó a Clarice, pero no fui yo quien se atrevió a preguntarle el porqué.

—Los compromisos solo traen problemas —sentenció Clarice, mirando al frente con expresión vacía.

"Así que le han roto el corazón", pensé mientras una sonrisa se me escapaba. Empezaba a entender —y a fascinarme— esa forma suya de medir cada palabra. Como si llevara un cronómetro emocional consigo, sin permitirse ni un segundo para hablar de más. Observé sin intervenir, atrapada por cómo cambiaba su rostro al sentirse acorralada. Era como ver a alguien intentando apagar un incendio con el alma en llamas.

Poco después, la conversación tomó otros derroteros y el ambiente se relajó. Pedimos más chupitos, llegaron unas tapas improvisadas y alguien propuso lanzarse a la pista de baile. Leo fue el primero en levantarse y

alargarme la mano. Pese a la incomodidad inicial, no lo dudé. Me encantaba bailar, dejarme arrastrar por el ritmo y olvidar todo lo demás. Y aquella noche lo necesitaba más que nunca.

Sonó una canción con ritmo lento, pero poderoso, de esas que no necesitan letra para acariciarte desde dentro. Cerré los ojos y comencé a mover las caderas suavemente, dejándome llevar. De fondo, las risas del grupo, el tintinear de las copas y una leve brisa acariciaban la noche.

Me concedí unos segundos de desconexión… hasta que abrí los ojos y vi a Clarice.

Estaba junto a la barra, apoyada con una mano y la botella de cerveza sujeta entre los dedos, como si fuera lo único que aún la mantenía anclada al suelo. Seguía con la camiseta blanca metida por dentro del vaquero, y una expresión que oscilaba entre la relajación y la alerta, como quien desea pasar inadvertida pero no puede evitar escrutar su entorno con atención. Y entonces me di cuenta: me estaba mirando a mí. Fijamente. Como si todo el bar se hubiera reducido a cenizas, como si la música, las luces y la gente bailando fueran apenas un murmullo lejano, un ruido blanco que le resultaba molesto porque le impedía observarme sin interrupciones.

No sonrió. Pero sus ojos... sus ojos brillaban con esa chispa particular que se enciende cuando algo te atrae, aunque no quieras reconocerlo. Era una mirada intensa, cálida, descaradamente honesta, que atravesaba más allá de la ropa y de las palabras. Sentí, sin exagerar, que me estaba desnudando con la mirada, sin necesidad de tocarme.

Y sin tener muy claro por qué —o quizá sabiendo exactamente por qué — le sostuve la mirada. No fue un gesto calculado ni una provocación deliberada. Simplemente sonreí. Una sonrisa leve, apenas una insinuación en la comisura de los labios, que decía *“te he pillado”*, pero también *“si quieres, puedes venir conmigo”.* Continué bailando, sin romper el ritmo,

dejando que mis caderas siguieran el compás con algo más de intención, permitiendo que el cuerpo se expresara con naturalidad. Sabía que me estaba mirando. Y ella sabía que yo era consciente de ello.

No apartó los ojos de mí. Ni un instante. Y durante ese breve lapso, todo se volvió eléctrico. Como si me hubiera lanzado una cuerda invisible que se enroscaba suavemente alrededor de mi cintura y tirara de mí con una presión apenas perceptible, pero poderosa. Mi cuerpo seguía danzando, pero ya no solo por la música. Me movía por ella. Cada paso era una respuesta. Cada giro, una declaración silenciosa, pude jugar en este terreno desconocido sin perder el equilibrio.

Un leve temblor apareció en su mandíbula, y vi el momento exacto en que su respiración se alteró. Bajó la mirada como si el calor le hubiera subido de repente por el cuello, como si la intensidad del momento la sobrepasara y necesitara desaparecer antes de dejarse arrastrar. Se dio la vuelta con rapidez y se perdió entre la gente, como si la pista de baile ofreciera un escondite suficientemente seguro para recomponerse.

Me quedé en medio de la pista, con las mejillas encendidas y el corazón golpeándome en el pecho como si buscara salir por la boca. Una parte de mí deseó seguirla, alcanzarla, decirle algo que rompiera esa barrera invisible. Pero la otra —la parte más cuerda, más prudente— decidió quedarse. Seguí bailando. No por ella. Sino para recordarme que el placer de moverme con la música no dependía de nadie. Me giré con elegancia, retomé el compás y dejé que el ritmo me envolviera otra vez. La música sonaba igual, pero algo dentro de mí se había desplazado. Una especie de corriente subterránea, una provocación traviesa que me erizaba la piel.

Clarice podía huir cuanto quisiera. Podía encerrarse en su aparente frialdad, fingir que todo le resultaba indiferente. Pero con esa mirada me

acababa de mostrar algo crucial: no me despreciaba tanto como se esforzaba en aparentar.

Y, de pronto, me descubrí sonriendo por ello.

8

Clarice

El aire, al salir del bar, me pareció más fresco, o quizá era yo la que iba más acalorada de lo normal. Jessie, Leo, Ingrid, Thomas y Daniel hablaban con su característico entusiasmo que solo el alcohol, la música y la buena compañía pueden sostener entrada ya la madrugada. Meghan no salió con nosotros. Nadie comentó nada al respecto, pero yo tenía bastante claro lo que había ocurrido: se había quedado en el bar, probablemente bailando con alguna desconocida a la que no necesitaba ofrecer mucho más que su sonrisa para llevarla a la cama.

Caminaba unos pasos por detrás del grupo, con la chaqueta colgándome del antebrazo y una tensión en la nuca que ni la cerveza había conseguido disipar. Ingrid se reía a carcajadas por una anécdota que no alcancé a oír completa, Leo hacía pequeños pasos de baile al andar, y Jessie me lanzaba miradas de soslayo, como si supiera exactamente en qué estaba pensando y esperase que lo dijera en voz alta.

—¿Te lo has pasado bien, al menos? —preguntó mientras se acercaba a mi lado, con una sonrisa ladeada.

—Ha estado bien —respondí sin entusiasmo.

—¿Solo "bien"? Desde luego, nada te quita esa casa de funeral ¿eh?

La fulminé con la mirada, sin llegar siquiera a abrir del todo los ojos. Jessie tenía la habilidad de saber hasta dónde podía apretarme sin pasarse, pero esa noche no me apetecía seguirle el juego ni disimular con evasivas.

—Ya sabes que los bares no son lo mío —dije con ironía, intentando cerrar el tema.

Todos sabían que, tras tantas horas trabajando en uno, lo último que me apetecía en mi tiempo libre era quedarme en un sitio igual de bullicioso.

—Claro, claro. Demasiada gente. Demasiadas conversaciones. Y Meghan, bailando y moviendo las caderas como si quisiera que todo el local se fijase en ella —añadió con fingida inocencia.

—No la estaba mirando.

—Por supuesto que no —replicó en tono burlón.

El grupo siguió caminando y dobló una esquina entre risas. Yo me detuve junto a un seto mal cuidado y fingí atarme el cordón de la zapatilla para tomar algo de distancia.

—¿Sabes que cada uno de tus poros parecen querer prenderle fuego a todo? —comentó Jessie con media sonrisa.

—Solo tengo sueño —mentí, con un deje de irritación.

—Y una frustración sexual que se te nota hasta en las cejas.

Alcé la vista lentamente. Su insinuación me incomodó, quizá porque no podía negar que llevaba más razón de la que yo misma estaba dispuesta a aceptar.

—¿Podemos dejar de fingir que todo lo que me pasa tiene que ver con ella?

—¿Y con quién, si no? —inquirió con fingida sorpresa.

—No digas tonterías.

—Por cómo lo niegas, da la impresión de que te gusta de verdad.

Me enderecé sin responder y retomé la marcha. Jessie me siguió, aunque esta vez respetó mi silencio. Antes de despedirme del grupo, me abrazó con cariño y murmuró al oído, sin malicia:

—No pasa nada, Clarice. Solo te lo digo porque te aprecio. A veces, lo que negamos con más fuerza es precisamente lo que más deseamos. Que descanses.

****

Al llegar a casa, todo estaba en silencio. Las luces apagadas, el salón en calma, varias puertas cerradas. No había señales de si Meghan había vuelto o no. Ni me molesté en comprobarlo. Me metí en la ducha y abrí el grifo con más fuerza de la necesaria, dejando que el agua caliente me golpeara con rabia, como si pudiera arrastrar la confusión que me hervía por dentro. Me lavé el pelo, me sequé deprisa y me metí en la cama sin pijama, sin ganas, sin energía ni espacio mental para seguir dándole vueltas a nada.

Pero, por supuesto, lo hice.

Pensé en su sonrisa en la pista, en la forma en que su cintura seguía el ritmo de la música, en su mirada directa, segura, libre. Y en el efecto que todo eso provocó en mí. A esa sensación repentina, esa chispa eléctrica, esa atracción que se coló por entre mis costillas sin que yo pudiera evitarlo. Una imagen, un instante, una energía difícil de ignorar.

Y me enfadé. Me cabreé conmigo misma.

Porque yo sabía bien cómo empezaban esas historias. Ese tipo de conexión, esa atracción fulminante, era lo bastante peligrosa como para desbaratar cualquier defensa. Y yo no quería que nada rompiera las mías. No quería que esa semilla, traicionera y obstinada, empezara a germinar en algún rincón de mi pecho sin mi consentimiento.

Por suerte, el agotamiento terminó por vencerme.

A la mañana siguiente, me desperté con la cabeza espesa y el cuerpo tenso, como si no hubiera descansado en absoluto. Bajé a la cocina con el pelo suelto y la camiseta larga que me cubría hasta los muslos. Nora se había tomado la libertad de venir a desayunar, como hacía de vez en cuando. La encontré sentada a la mesa, con una taza de café en las manos y la pierna rebotando con su energía habitual, esa que parecía nunca agotarse.

—Vaya careto traes —comentó sin apartar la vista del móvil—. ¿Noche intensa?

—Larga —murmuré mientras me servía una taza.

—¿Jessie te arrastró a socializar?

—Algo así.

—¿Y Meghan? ¿Sigue viva o se ha fugado con alguna turista?

—No lo sé. Después de salir del bar, no volví a verla. Y, sinceramente, tampoco me interesa lo que haga con su vida.

Nora alzó la mirada por encima del borde de la taza. Frunció los labios con una media sonrisa cargada de intención.

—Por cómo lo dices, parece que te guste.

"¿Pero qué demonios les pasa a estas dos?", pensé mientras la fulminaba con la mirada.

—¿Te divierte hablar de mi vida personal con Jessie? —solté, al borde de marcharme de la cocina.

—No. Yo no necesito cotillear. Soy más directa. Y está clarísimo: Meghan te gusta.

—No digas sandeces —respondí, rodando los ojos, mientras empezaba a preparar unas tostadas.

—Venga ya. No me digas que no te has fijado en ella ni un poquito. Como, por ejemplo, lo justo como para no recordarle las últimas veinticuatro horas que debería largarse de esta casa.

Me apoyé en la encimera, di un sorbo largo al café y respiré hondo por la nariz. Nora entrecerró los ojos, expectante. No pensaba rendirse sin obtener una confesión.

—Es guapa. Y punto. No hace falta convertir eso en una telenovela.

—Ya, pero tú no eres de las que se quedan embobadas con alguien solo por ser guapa. Jessie y yo sabemos distinguir entre un comentario

superficial y tu forma de embelesarte de verdad con alguien. No es lo mismo que con Dylan, por ejemplo.

—La observé porque estaba bailando —dije, intentando sonar convincente.

—¿Y tú?

—Yo estoy aquí, bebiéndome un café. Fin de la historia.

—Escapista profesional —murmuró con sorna, rendida, aunque divertida.

Terminé el café, lo enjuagué con calma y lo dejé en el escurridor. Di un bocado a la tostada, recogí el pelo en una coleta y cogí las llaves junto a la bolsa del trabajo.

—¿Te vas al bar?

—Tengo clase de surf. Dylan ya me estará esperando.

—Perfecto. Una tabla de surf, olas grandes y sal en la cara. A ver si así se te atenua un poco la tensión —bromeó, alzando la taza a modo de brindis.

No contesté. No iba a darle la satisfacción de seguir con el juego. Salí por la puerta con las gafas de sol puestas, aunque aún no hiciera tanta luz como para necesitarlas. El aire era cálido, con ese aroma salado que siempre me había gustado. Caminé con paso decidido, como si todo estuviera en orden, como si nada me desbordara por dentro.

Pero era mentira.

Nada estaba en orden. Ni de lejos.

Y lo peor era esa tensión que me hervía bajo la piel.

Necesitaba el mar. Con urgencia.

9

Meghan

Volver a casa después de una noche como la anterior siempre me dejaba una sensación extraña, una mezcla de ligereza y agotamiento que solo se comprende cuando te has pasado horas bailando, bebiendo, besando… y viendo el amanecer en un lugar que no es el tuyo. Esta vez había sido una chica italiana, con un piercing en la lengua y una sonrisa tan peligrosa como increíble. Apenas nos entendimos lo justo, lo suficiente para terminar en casa de su mejor amiga, entre caricias urgentes y pocas palabras. Ninguna de las dos quería pensar demasiado ni en el momento ni en la vida que dejábamos aparcada por unas horas. No fue romántico. Ni especial. Solo físico. Una función cumplida, pero hueco después. Nada que guardar, nada que contar.

Caminé descalza por el salón al volver, procurando no hacer ruido, aunque intuía que Clarice no estaba. O al menos, eso me decía el silencio denso de la casa. Me di una ducha rápida para quitarme el perfume ajeno, me puse ropa cómoda —unos shorts amplios y una camiseta vieja— y abrí el portátil para ponerme al día con el trabajo. Tenía varios correos de vecinos de la zona que habían visto alguno de mis diseños; otros eran consultas sobre terrazas pequeñas, entradas sombrías y qué plantas aguantaban mejor el calor costero. Poco a poco, y sin grandes alardes, mi nombre empezaba a sonar en esta ciudad, aunque yo supiera que esto era solo algo temporal.

Con el café humeando a mi lado, respondí mensajes, garabateé un par de bocetos y programé algunas visitas para la semana siguiente. En medio

de todo aquello, miré el móvil. Ni una notificación de Clarice. No esperaba que me escribiera, pero una imagen se coló en mi mente sin permiso: sus ojos, clavados en mí la noche anterior. Y no, no era celos —tendría que estar delirando para pensarlo—, pero sí percibí algo que sabía identificar con precisión. Era deseo. Disimulado, medido, contenido. Pero real. Estaba ahí, porque yo también lo sentí.

"Sus ojos, al verme en la discoteca, no estaban vacíos."

Anoté la frase en una esquina del cuaderno, porque no quería olvidarla. Después salí a caminar. Necesitaba sacarme las tonterías de la cabeza. El sol estaba alto pero todavía suave, con esa luz clara que convierte todo en algo más sencillo. Me puse las gafas de sol, cogí una botella de agua y caminé por la arena, descalza, justo por donde la orilla acaricia sin mojar del todo. Me gustaba ese punto intermedio: ni dentro ni fuera. Como si pudiera mirar el mar sin implicarme, solo observarlo un momento.

No sé cuánto tiempo caminé. Quizá media hora. Incluso eché un vistazo hacia las tablas de surf, por si la veía. Me detuve junto a una formación rocosa donde unos chavales con monopatines se hacían fotos. Me senté en un bloque de piedra, cerré los ojos y dejé que el sonido del mar me meciera.

Entonces sonó el móvil. Suspiré al ver el nombre de mi madre en la pantalla. Estuve a punto de ignorarla, pero sabía que, si no contestaba, insistiría. O, peor aún, llamaría a Jessie para enterarse de cómo iba todo.

—Hola, mamá.

—¿Te pillo mal? —preguntó con esa voz en falso tono casual.

—Estoy en la playa, he salido a dar un paseo para inspirarme un poco —contesté con tranquilidad fingida—. Todo va bien.

—Ah, claro. Qué suerte, hija. Tú con tu libertad, tus paseítos y ese trabajo a media jornada. Qué bonito, ¿eh?

“Ya empezamos.”

—Trabajo bastante más de lo que crees, mamá. Solo que no me encierro en una oficina, como querríais tú y papá.

—Ya, ya. No he dicho nada. Pero bueno, ya has pasado de los treinta, ¿no? Estaría bien empezar a asentarte. Tener tu piso, algo estable. Una pareja, quizá…

—Gracias por la lista de cosas que no tengo —solté, sin disimular el sarcasmo—. ¿Quieres que las apunte por orden alfabético?

—No seas así, Meghan. Es solo que... me preocupo. Llevas muchos años viviendo sin ataduras. Y eso está muy bien con veinticinco, pero luego…

—¿Pero luego qué?

—Luego la gente se queda sola. ¿Has pensado en eso?

Me quedé callada. No porque no tuviera respuesta, sino porque me jodía admitir que, en el fondo, comprendía ese miedo. Una parte de mí, pequeña y terca, sabía a qué se refería. Y ese era el problema.

—Estoy bien, mamá. Estoy trabajando, conociendo gente, viviendo mi vida. Y así soy feliz —respondí con un suspiro más resignado que sincero —. ¿Podemos dejarlo ahí?

Ella también suspiró, con ese largo aliento que solo las madres saben utilizar cuando creen que estás tirando tu vida por la borda. Seguro que en ese mismo instante estaba pensando lo bien que le iba a mi hermano mayor.

—Solo quiero lo mejor para ti, Meghan. Que no te conformes con lo fácil.

—A veces lo fácil es justo lo que hace falta para estar en paz —dije mientras miraba al horizonte, intentando no dejarme arrastrar por la culpa.

—Vale. No insisto. Dale recuerdos a Jessie. Y cuídate.

—Lo haré. Un beso.

Colgué sin añadir nada más. Me quedé con el teléfono en la mano, mirando la pantalla como si esperara que dijera algo distinto.

"Ya has pasado de los treinta, ¿no? Estaría bien empezar a asentarte."

La frase me escoció más de lo que habría imaginado. No tanto por su contenido, sino por lo que agitó dentro de mí. Porque, sin querer, me llevó a pensar en Clarice y en su forma de moverse por la casa. En sus silencios espesos, que llenaban los espacios como si fueran una presencia más. En sus miradas fugaces, huidizas pero cargadas de algo difícil de descifrar. Y en cómo su manera de estar en el mundo —tan distinta de la mía, tan contraria a todo lo que creía conocer— empezaba a transformar mi forma de observar, de interpretar, de sentir. Había en ella una especie de referencia involuntaria que, sin pretenderlo, me empujaba a tocarla, a comprenderla, a alcanzarla.

Regresé andando con calma, sintiendo los pies hundirse ligeramente en la arena húmeda. La brisa me rozaba la piel con una dulzura ruda, y las gaviotas sobrevolaban el cielo en pequeños grupos dispersos, graznando en la distancia. El sol se escondía tras una nube perezosa, y el aire tenía ese olor a yodo y madera mojada que aparece al final de la tarde, cuando el día empieza a dar paso a otra cosa.

Antes de volver a casa, pasé por delante del bar.

La zona que daba a la playa era, sin duda, mi parte favorita: una terraza de madera ligeramente elevada, con escalones que descendían directamente hacia la arena. Las mesas eran bajas, rodeadas de bancos construidos con palets, y todo estaba dispuesto con un desorden cuidado. Había luces colgantes apagadas, farolillos de cuerda desgastados, y macetas desbordadas de hierbabuena, lavanda y alguna buganvilla salvaje que trepaba donde quería, sin pedir permiso. Allí, el sonido del mar sonaba más íntimo, más cercano, como si alguien lo hubiese afinado para acompañar

susurros. Clarice había creado, sin saberlo, un refugio donde cualquier pensamiento podía quedarse a descansar un rato.

La vi sentada en uno de los bancos del rincón más resguardado del viento. Tenía las piernas estiradas sobre la madera, el cabello suelto cayéndole por la espalda, y una botella de agua en la mano. Llevaba una camiseta de tirantes oscuros y un pantalón corto, y aunque no estaba haciendo nada concreto, daba la impresión de estar completamente presente. Como si el lugar le perteneciera sin esfuerzo. Como si todo girara en torno a ella sin que ella misma lo supiera.

Me detuve un instante, observándola desde lejos. Dudé. Podía seguir mi camino, ahorrarme el enredo. Pero algo —quizá la necesidad de entenderla, o simplemente de estar cerca— me impulsó a acercarme.

—¿Te molesto si me siento? —pregunté, con una sonrisa serena.

Clarice levantó la vista. Tardó apenas un segundo en responder, como si evaluara alguna clase de detalle invisible.

—No —contestó al fin, girando el cuerpo ligeramente para dejarme sitio.

Me senté a su lado, sin prisas. Sentí el calor residual de la madera bajo los muslos, la proximidad de su brazo, y el rumor del mar rompiendo justo detrás del local.

—Este sitio es precioso —dije, con la vista puesta en el horizonte—. No sé cómo conseguís mantenerlo tan... cuidado sin que pierda ese aire natural.

—Eso es mérito de Nora —respondió—. Tiene buen ojo para los detalles. Yo me ocupo de lo que no se ve.

—¿Como qué?

—Pedidos. Cierres de caja. Quejas de clientes que no soportan encontrar arena entre las sillas.

Sonreí, inevitablemente.

—Suena emocionante.

—Lo justo para pagar las facturas —añadió, en un tono plano.

Se hizo un breve silencio. Luego la miré de reojo.

—No te has molestado porque no volviera anoche... ¿verdad?

Vi cómo su mandíbula se tensaba ligeramente.

—¿Por qué iba a hacerlo?... Parecías estar disfrutando.

—No me puedo quejar —admití, con una media sonrisa.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza. No dijo nada más. Bebió un sorbo de agua. Yo jugueteé con una cuerda deshilachada del banco, intentando encontrar algo que decir que no sonara torpe o forzado. Pero todas las frases que me venían eran demasiado obvias, demasiado directas. Así que me limité a dejar que el aire hablara por mí. Permanecimos así, en silencio, mirando hacia el mar como si nuestras miradas compartieran un diálogo sin necesidad de palabras. Y durante ese breve lapso, frágil y fugaz, comprendí que Clarice no era la mujer fría que yo había imaginado.

Al menos, no del todo.

10

Clarice

El silencio con Meghan no era incómodo. Era más bien una tregua tácita. Como si ambas supiéramos que cualquier palabra de más podía romper el frágil equilibrio que habíamos construido sin pretenderlo. Estábamos sentadas en el banco de la terraza, con el mar respirando al otro lado del local, la brisa deslizándose entre los farolillos, y la luz declinando lentamente. El día comenzaba a rendirse, y yo, por primera vez en muchas horas, también.

Ella estaba junto a mí, con las piernas cruzadas y las manos apoyadas sobre los muslos. Parecía relajada, pero no ausente. Daba la impresión de estar atenta a todo, incluso en el silencio. Era de esas presencias que se vuelven intensas, incluso aunque no hagan nada.

Quise preguntarle algo. Algo que me ayudara a comprenderla mejor, a encajar las piezas que aún me faltaban por reconocer en ella. Porque, por más que me irritara su facilidad para sonreír o esa manera suya de ocupar el espacio sin pedir permiso, había algo más debajo. Y ese "más" empezaba a hacerme cosquillas por dentro, como un insecto que no podía ignorar.

—¿Por qué viniste aquí? —solté, sin mirarla directamente.

Noté cómo giraba la cabeza hacia mí, apenas un gesto.

—¿A qué te refieres?

—A esta ciudad. A esta parte del mundo —aclaré, con una sonrisa leve, más para mí que para ella.

Respiró hondo antes de contestar, como si necesitara filtrar bien las palabras.

—Supongo que estaba agotada de todo. Del ritmo de la ciudad, de la presión constante, de unas expectativas que ni siquiera eran mías. Surgió la oportunidad de trabajar por mi cuenta cerca de la costa, y acepté sin pensarlo demasiado. Quería espacio. Aire. Y no tener que justificar cada paso que doy.

—O sea, que estás huyendo —dije, sin reproche, más como una constatación que como una acusación.

—¿Y tú no?

No supe qué decir. Porque sí. También yo había huido. De la ciudad, del ruido, de una vida que se vino abajo justo cuando pensaba que por fin tenía algo que sostener.

No tuve tiempo de responder. Nora irrumpió desde el interior del bar como un pequeño huracán, agitando una carpeta y con esa expresión entusiasta que siempre me ponía en alerta.

—¡Ah, estáis aquí las dos! Perfecto. He estado dándole vueltas a una idea.

Meghan se incorporó ligeramente, y yo cerré los ojos un instante, anticipando el caos.

—¿Qué se te ha ocurrido ahora? —pregunté, sin ocultar el cansancio.

—Pues veréis... Esta terraza está bien, sí, pero no termina de enamorar a la gente. ¿Y si cambiamos las luces, metemos más plantas, montamos una zona chill-out? Algo que diga: "quédate", ¿sabéis a qué me refiero?

—Ya dice eso —repliqué con tono seco—. A su manera.

—Clarice, en serio. Tiene potencial. Pero hay que mover un poco las cosas. Que se note que aquí pasan cosas increíbles.

—¿Y vas a encargarte tú de eso? —inquirí, sabiendo de sobra la respuesta.

Nora se mordió el labio inferior con gesto pícaro, como si llevara la réplica preparada desde hacía rato.

—Podríamos pedirle ayuda a Meghan. Ella sabe de decoración. Y tiene ideas.

La miré. No supe si lo decía para fastidiarme, o para empujar algo que había visto antes que yo, como si quisiera justificar que Meghan aún no se hubiera marchado de mi casa. Ella, por su parte, no dijo nada. Solo alzó una ceja con una sonrisa contenida, como si la propuesta no le pareciera en absoluto incómoda.

—¿Tú qué opinas? —preguntó Nora, dándome una palmadita amistosa en el hombro.

—Opino que no necesitamos reformas ahora. Estamos de maravilla así —murmuré, sin ganas de discutir.

—Pero podríamos estar mejor. Y lo sabes. Dale una vuelta. Ella se dedica a esto.

Y, como tantas otras veces, Nora se marchó tras la barra sin esperar respuesta. Lo soltó como quien planta una semilla, sabiendo que en algún momento germinará, cuando menos te lo esperes.

Me quedé en silencio, lanzando una mirada de reojo a Meghan. No parecía tener prisa, ni parecerle incómodo el asunto. En realidad, lo que me inquietaba era esa calma suya, esa manera de estar como si supiera perfectamente que, tarde o temprano, acabaría aceptando.

Solo esperaba. Como si ya hubiera decidido por mí.

Cuando llegué a casa aquella noche, tras el cierre del bar, la encontré en el salón. No pareció oírme entrar, o, si lo hizo, decidió no demostrarlo. Estaba sentada en el suelo, con su cuaderno de siempre apoyado sobre las rodillas, un lápiz entre los dedos y el ceño ligeramente fruncido. Dibujaba con una concentración absoluta, como si el resto del mundo hubiera

desaparecido. Y yo, que nunca solía detenerme demasiado en los detalles de nadie, me quedé quieta, observándola.

Cuando se concentraba de ese modo, apenas pestañeaba. Había algo inquietante en ella, incluso en la manera en que deslizaba el lápiz sobre el papel. Un tipo de intensidad que me atrapó sin que pudiera evitarlo.

Me acerqué despacio, procurando no hacer ruido, y me incliné un poco sobre su hombro. Pude ver bocetos de mesas, esquemas de distribución, farolillos entrelazados con plantas colgantes. Había trazos firmes, algunos toques de color en los márgenes, flechas señalando anotaciones rápidas escritas con letra nerviosa.

—¿Eso es la terraza? —pregunté en voz baja, sin darme cuenta de que había suavizado el tono.

Ella giró la cabeza hacia mí, sin apartarse. Sus ojos brillaban, no por la luz tenue de la lámpara, sino por el entusiasmo de estar inmersa en algo que le gustaba de verdad.

—Sí. Son solo ideas, por si acaso. No quiero imponerte nada —respondió sin pretensión, como si de verdad no esperara nada a cambio.

Me incliné un poco más. Y, sin querer —o queriendo solo un poco—, nuestros brazos se rozaron.

Piel con piel. Un contacto leve, pero de una calidez tan íntima que me sobresaltó. Ninguna de las dos se movió. Noté cómo tragaba saliva. Volví a mirar el papel, aunque ya no entendía nada. Las líneas, los colores, las notas... se desdibujaban. No importaban. Lo importante era lo que ella me provocaba sin hacer nada. Me quedé un segundo de más, demasiado cerca de su piel, sintiendo la calidez de su brazo contra el mío, el aroma aún húmedo de su pelo, la serenidad con la que se mantenía quieta.

Intenté fingir que me interesaba el cuaderno, que analizaba los detalles técnicos, pero lo único que escuchaba con claridad era el sonido suave de su

respiración.

—Tienes buen gusto —murmuré al fin, más bajo de lo que pretendía.

Meghan sonrió, apenas. Una de esas sonrisas contenidas que no buscan alardear. Como si supiera que ya había conseguido algo sin necesidad de ser pesada.

—Gracias. Solo intento imaginar lo que podría hacer si me dejaras un pequeño rincón —dijo con tranquilidad.

Me enderecé despacio, sin romper del todo la cercanía. Sentí cómo mi cuerpo quería quedarse junto al suyo un poco más. Era una sensación extraña. O quizá solo olvidada. Llevaba tanto tiempo encerrada tras capas de autosuficiencia, de escudos bien construidos, que ahora... su presencia en mi casa no solo dejaba de incomodarme.

Me aliviaba.

Apagué la lámpara de pie con un gesto casi automático. Meghan alzó la vista, expectante, aunque sin decir nada. Me detuve un instante, mirándola como si necesitara grabar esa imagen en la memoria: el cuaderno abierto sobre sus piernas, los dedos manchados de grafito, esa expresión serena pero encendida, como si todo en ella estuviera lleno de algo que no sabía cómo nombrar.

Y entonces, sin pensarlo demasiado, lo dije:

—Puedes seguir usando el salón si quieres trabajar. No me molesta.

Me miró, sorprendida. Pero no se rio. No hubo sarcasmo ni triunfalismo. Solo algo muy parecido al respeto. Al agradecimiento. A una ternura que no necesitaba palabras.

—Gracias —respondió, simplemente.

Me dirigí hacia mi habitación sin añadir nada más. Pero mientras subía los escalones, con las luces apagadas y el corazón latiéndome demasiado cerca del esternón, supe que algo había cambiado.

Que empezaba a gustarme cómo se sentía mi casa con ella dentro. Y lo peor de todo era que también empezaba a gustarme cómo se sentía mi mundo cuando ella estaba cerca.

11

Meghan

No recuerdo en qué momento me rendí al sueño. Solo sé que, en mi cabeza, las luces de la terraza seguían encendidas cuando mis ojos ya no eran capaces de sostenerse abiertos. El cuaderno estaba repleto de notas, flechas, esquemas, combinaciones de luces con plantas, bancos reciclados, textiles suaves… Había algo en ese proyecto que, sin saber cómo, me hacía sentir en casa, aunque, técnicamente, no fuera más que una forastera. Me envolví con la manta del sofá y me dejé llevar, con la mente aún suspendida entre luces cálidas y risas imaginadas.

Horas más tarde, desperté con el olor a café flotando en el aire.

Abrí los ojos con lentitud, sintiendo el cuerpo entumecido y esa desagradable sensación de haber dormido poco o, peor aún, mal. Me giré sobre el sofá y lo primero que vi fue a Clarice en la cocina. Tenía el pelo suelto, cayéndole con suavidad por la espalda, y una camiseta gris que se le escurría ligeramente por el hombro izquierdo. Estaba de espaldas, vertiendo agua caliente en la cafetera con una atención casi meticulosa, del mismo modo que debía de haber preparado el resto del desayuno. Me quedé mirándola, a medio camino entre la somnolencia y una fascinación que me tomó por sorpresa.

—Buenos días —murmuré con la voz todavía ronca por el sueño.

Ella giró la cabeza con ese gesto suyo tan contenido que aún no sabía si era su forma particular de ser amable o, simplemente, de tolerar mi presencia.

—Has invadido el sofá —comentó, sin tono acusador, casi como una constatación.

—Más bien… el sofá me invadió a mí. Fue un pacto mutuo —respondí, medio en broma, frotándome los ojos.

Se acercó con dos tazas en las manos, me ofreció una y se sentó en el borde del sillón individual, cruzando las piernas con soltura.

—¿Has trabajado toda la noche?

—Más o menos. Me entusiasmé, lo admito. La propuesta de Nora me gusta… y bueno, que me dejaras usar el salón ayudó bastante.

—Me arrepiento cada minuto.

—Mientes fatal —repliqué, alzando una ceja con una sonrisa traviesa.

Clarice soltó una risa suave. No fue escandalosa, pero sí auténtica. Un sonido breve, casi inesperado, como si llevara tiempo sin hacerlo y ahora lo recuperara por accidente. Me acomodé mejor, dejando la manta a la altura de la cintura, con la taza entre las manos. El calor del café me despertó lo justo para darme cuenta de que aquel instante era de esos que merecían guardarse.

—Qué madrugadora eres siempre —dije, al reparar en que apenas eran las siete de la mañana.

—Con el bar y las clases… no tengo elección.

—¿Y lo del surf… te gusta de verdad?

Noté un leve temblor en su mano al sostener la taza, como si aquella pregunta hubiera tocado algo más íntimo.

—Hay días que sí. El mar me centra. Es como… una manera de acallar el ruido —dijo, tras una breve pausa—. Aunque, claro, eso se va al traste cuando tienes que arrastrar a un grupo de adolescentes con resaca emocional y las hormonas disparadas.

—¿Te ocurre a menudo?

—Más de lo que quisiera. Y luego están los días surrealistas. Como aquella vez que un chaval, Kevin… o quizá se llamaba Carl, nunca me aclaro, se tomó tres refrescos con cafeína antes de clase y acabó vomitándome encima.

Solté una carcajada sincera, de esas que te sacuden el estómago sin remedio. Me tapé la boca para no escupir el café, pero aun así, un poco se me fue por la nariz. Clarice me miró con una ceja arqueada y esa media sonrisa suya que parecía más un reto que una muestra de ternura.

—¿Eso ocurrió de verdad?

—Tan real como la vida misma. Desde entonces, tenemos una regla no escrita: cero bebidas azucaradas antes de pisar una tabla.

—¿Y tú limpiaste el neopreno?

—¿Estás loca? Eso le tocó a Dylan. Le dije que era su turno de "desafíos extremos". Se lo tomó como un rito de iniciación.

Reí de nuevo, aunque esta vez la risa se me atascó un poco. Al oír ese nombre, Dylan, sentí un nudo inesperado. Su tono al mencionarlo no sonaba dulce ni íntimo, pero sí cargado de una familiaridad que no podía ignorar. Había rutina en su voz, también, algo de historia.

—Qué jefa tan eficiente —bromeé, intentando disfrazar el leve pinchazo que me había atenazado.

—Tengo mis momentos —dijo con una sonrisa leve, casi distraída.

—¿Y Dylan es de los que obedecen sin rechistar?

Me miró de soslayo. Tardó una fracción de segundo en captar el subtexto.

—Nos entendemos. Repartimos las tareas según lo desagradables que sean esa semana —contestó, quitándole importancia con un tono deliberadamente ligero, como si no hubiera leído nada entre líneas.

Asentí, fingiendo estar más interesada en el café que en la incomodidad sorda que me vibraba bajo la piel. La conversación siguió, pero yo ya estaba un poco más alerta. Clarice no hablaba de Dylan con afecto íntimo, eso era evidente. Sin embargo, el simple hecho de que compartieran tantas horas, de que él formara parte de su día a día, de sus bromas, de su cotidianidad…

No es que deseara ocupar ese lugar. O quizás sí. Y era una locura pensarlo con tan poco tiempo en su casa, pero lo pensaba.

Ella, sin embargo, cambió de tema con naturalidad, como si no hubiera notado nada.

—Tengo otra anécdota genial —anunció.

—Adelante, me encantan las buenas historias.

—Una vez vino una mujer de unos setenta años a clase con sus dos nietas adolescentes. Se apuntó solo para "demostrar que podía hacerlo mejor que ellas". Terminó subiéndose a la tabla con más dignidad que medio grupo y, al acabar, se lio con uno de los antiguos instructores. Un crío de veinte que se puso rojo como un tomate al despedirse.

—¿Y tú qué hiciste?

—Me aseguré de que firmaran la hoja de consentimiento. Luego me fui al almacén a reírme durante diez minutos.

—¿Y Dylan?

—No se enteró hasta días después. Siempre se pierde lo mejor.

No supe si lo dije con demasiada naturalidad, pero Clarice me lanzó una mirada fugaz.

—A veces, lo mejor ocurre cuando nadie está mirando —murmuró, bajando la vista hacia su taza.

Guardé silencio un segundo más de lo necesario. No por la frase en sí, sino por el tono. Por esa forma en que, sin querer, me dejaba entrar un poco

más en su mundo. Como si fuera aflojando tornillos sin ser del todo consciente de ello.

La conversación fluyó con una ligereza que me sorprendió. Clarice hablaba despacio, sin prisas, con una voz más suave de lo habitual, como si el cansancio de la mañana le hubiera animado. Me contó que detestaba las clases a última hora de la tarde porque, entonces, la brisa cambiaba y el agua se volvía más caprichosa, más traicionera. Me habló de un chico de doce años que le recordaba a ella misma de pequeña: testarudo, reservado, brillante, sin siquiera darse cuenta. Y también de esos momentos entre clase y clase en los que se sentaba sobre la tabla, cerraba los ojos y se limitaba a escuchar el mar, dejando que el sonido lo borrase todo.

Yo la escuché con atención, sin interrumpirla, cada vez más consciente de que, bajo su caparazón, habitaba una mujer repleta de matices. Y que quizás —solo quizás— estaba empezando a mostrármelos. A mí.

"No es tan fría como yo pensaba."

Era firme, sí. Precavida. Pero no estaba hecha de hielo. Solo necesitaba a alguien que supiera leer el calor escondido entre sus líneas.

Cuando esa sensación se asentó en mí, me recosté un poco más sobre el sofá, jugueteando con la taza ya vacía entre las manos, como si en ella pudiera encontrar las palabras que aún no me atrevía a decir.

—¿Tú crees que yo podría hacer surf? —pregunté, con un tono casual, como si no fuera tan importante.

Clarice me observó durante un segundo largo, evaluándome con una mirada que parecía atravesarme.

—Tienes buen equilibrio, por cómo te mueves. Pero no lo sabremos con certeza hasta que lo intentes.

—¿Eso ha sido una invitación?

—Digamos que es una propuesta… si te atreves —replicó, con una leve sonrisa en la comisura de los labios.

—¿Y tú me enseñarías?

—Por supuesto. Aunque no esperes compasión si te caes —advirtió, con esa ironía suya que siempre parecía esconder algo más.

—Me encanta la delicadeza con la que animas a tus alumnas.

—Te lo advertí.

La miré un poco más de la cuenta. Había algo distinto en su postura, en el modo en que se expresaba conmigo aquella mañana. Algo que me hacía sentir que habíamos cruzado un umbral invisible. Que, sin darnos cuenta, algo se había desplazado entre nosotras, y ahora estábamos en otro lugar. En otro punto.

"Creo que estoy empezando a no querer irme de aquí."

Y esa idea, lejos de inquietarme, me acarició por dentro con una ternura inesperada. No era el sol. Ni el mar. Era ella. Era la posibilidad de que esto, fuera lo que fuese, pudiera crecer si ambas dejábamos de resistirnos.

Clarice se incorporó, dejó su taza en la encimera y, con un gesto rápido y natural, se recogió el pelo en una coleta. Antes de marcharse, me lanzó una mirada de soslayo.

—Piénsalo. Te estaré esperando en el agua.

—No tardaré. Te lo prometo —contesté, sin dudar.

Y entonces salió por la puerta, dejándome sola en el salón, con el corazón un poco más rápido y la certeza de que, quizás, ese lugar empezaba a parecerse demasiado a un buen sitio en el que quedarse.

12

Clarice

Todavía no comprendo en qué momento exacto me poseyó el espíritu de alguien impulsivo y le propuse a Meghan que viniera a una clase de surf. No era su plan. Tampoco era el mío. Pero lo solté, sin más. Lo dije sin haberlo meditado. Y lo peor: lo hice sonriendo. Esa maldita sonrisa con la que ella aceptó encantada, con un brillo en los ojos que me hizo querer tragármela entera.

—Qué lista eres, Clarice —murmuré aquella mañana mientras colocaba las tablas contra la pared, intentando ignorar el nudo que se me había formado entre el estómago y el pecho—. A ver cómo sales de esta.

Nora apareció justo cuando estaba revisando los neoprenos. Llevaba su coleta alta de siempre, su top color mango —inconfundible— y esa expresión en la cara que anunciaba unas posible tormenta.

—¿Tienes clase? Juraría que hoy librabas.

—No es una clase. Es más bien un "entrenamiento personalizado" —respondí sin levantar la vista.

—Ah, ya veo. Entrenamiento. Personalizado. ¿Y quién es la afortunada?

Guardé silencio. No hacía falta que dijera nada.

—¿Me estás diciendo que tú...? ¿Dando una clase voluntaria? ¡¿A ella?! —soltó, ahogando una carcajada—. Pero si hasta hace dos días querías echarla por respirar demasiado fuerte.

—No exageres —repliqué, algo tensa.

—Y ahora vas a enseñarle a surfear —continuó, alzando las cejas—. Curioso cambio.

—Solo será una vez.

—Claro, como cuando dijiste que solo ibas a besar a Sandra "una vez" en 2019, y terminaste llorando por ella hasta en Nochevieja.

—Vete a preparar batidos, Nora —gruñí entre dientes. Mi hermana tenía la habilidad de agotarme la paciencia con solo abrir la boca.

Ella alzó las manos en gesto de paz, divertida, y se alejó bailando, con su altavoz portátil bajo el brazo y una canción hortera sonando de fondo. Yo me quedé allí, sola, intentando recomponer algo de dignidad antes de que llegara Meghan.

Y entonces apareció.

Vestía un bañador deportivo negro, con una camiseta blanca anudada en la cintura, el pelo recogido en una coleta alta y esa forma de andar tan suya, entre seguridad y desenfado. Caminaba descalza, sonriendo con una naturalidad que me dejó sin aire durante un instante.

No era solo su cuerpo. Era la vitalidad con la que se movía, esa especie de alegría silenciosa que arrastraba consigo. Y me fastidiaba, porque no debería gustarme. No tanto.

—Buenos días otra vez, profe —saludó con una media sonrisa mientras se acercaba—. ¿Lista para reírte de mí?

—Eso dependerá de lo mucho que te caigas —respondí, intentando sonar firme.

Le ofrecí un neopreno, y aunque se lo puso con cierta dificultad, no aparté la mirada. Me detuve más de la cuenta. Sus brazos definidos, las curvas sutiles de su espalda, y esos lunares en la clavícula que ya había visto antes… pero que ahora se me antojaban más cercanos.

Fuimos juntas hasta la orilla. La arena aún estaba tibia bajo los pies, el cielo despejado, el mar en calma. Las olas rompían suaves a lo lejos. Era un día ideal para empezar. Le expliqué lo básico desde la arena: cómo colocarse sobre la tabla, dónde distribuir el peso, de qué manera incorporarse con fluidez sin perder el equilibrio.

—Imagina que la tabla es una prolongación de tu cuerpo. No intentes dominarla, acompáñala —le indiqué, colocándome detrás para corregir su postura.

Le sujeté los hombros. No con brusquedad, solo lo justo para alinearlos. Pero el contacto fue… distinto. Casi eléctrico. Ella se giró ligeramente hacia mí, sin apartar la vista.

—¿Así? —preguntó en voz baja.

Asentí sin decir palabra. Me obligué a retroceder un paso para no perder el control de la situación, ni de mí misma.

Nos adentramos en el agua, con las tablas bajo el brazo y las risas flotando entre nosotras. El sol empezaba a alzarse con lentitud, calentando la superficie del mar. Las olas eran suaves, perfectas para que pudiera probar sin miedo. Aunque, como siempre, el mar tenía su propia voluntad y no se lo iba a poner tan fácil.

—Vamos por aquí, donde rompe con más suavidad —le señalé con la barbilla una línea de espuma blanca más allá.

Ella asintió con entusiasmo, con esa expresión suya despreocupada, como si no existiera la posibilidad del error. Caminó hasta que el agua le alcanzó la cintura, sujetando la tabla con determinación, aunque por momentos parecía que iba a escapársele entre los brazos cada vez que la corriente empujaba con más fuerza. La vi estremecerse ligeramente al recibir el primer chapuzón de agua salada en la cara, pero no dijo nada.

—Esto está más frío de lo que imaginaba —murmuró con una mueca indefinida, entre dolor y deleite.

—Te acostumbrarás. El truco es mojarse de golpe.

Y, sin pensarlo, me sumergí entera.

Cuando salí a la superficie, con el pelo pegado al cuello y el neopreno empapado ajustándose a la piel, ella ya me estaba mirando. No dijo ni una sola palabra. Pero su sonrisa cambió. Se volvió más… intencionada.

—Te toca —le indiqué.

Meghan se lanzó al agua con un grito entrecortado seguido de una carcajada que le iluminó el rostro.

El primer intento de subirse a la tabla fue un desastre absolutamente encantador. Resbaló antes siquiera de colocar bien las manos. Una ola le pasó por debajo sin anunciarse y la zarandeó como si fuera un juguete, enviándola de vuelta al agua sin miramientos. Emergió tosiendo, con el pelo revuelto y los labios cubiertos de sal.

—¿Eso cuenta como primer éxito? —preguntó entre risas, apartándose el agua de los ojos.

—Eso cuenta como una entrada triunfal. Dramática, pero prometedora —repliqué, sin poder contener la sonrisa.

Me acerqué y le mostré de nuevo cómo debía colocarse. Lo hice con paciencia, sin agobiarla, corrigiendo los pequeños errores que cometía: los pies algo desalineados, el centro de gravedad desplazado hacia atrás, los brazos innecesariamente tensos.

—Respira —le pedí, mientras colocaba su mano en la parte delantera de la tabla—. No estás combatiendo a la tabla. Estás trabajando con ella. Es una alianza, no una guerra.

—Lo dices como si se tratara de una danza —respondió, alzando una ceja con esa sonrisa suya que parecía contener una pregunta oculta.

—Y lo es —asentí—. Todo está en dejarse llevar con el ritmo justo.

Nos situamos lado a lado, en paralelo, remando juntas hacia donde las olas rompían con más suavidad. A medida que avanzábamos, notaba cómo su energía se fundía con la mía, incluso en los momentos de silencio. No necesitábamos hablar. Bastaba con estar allí, compartiendo el agua, el sol, el movimiento acompasado de las tablas. Ella volvió a intentarlo. Esta vez logró arrodillarse sobre la tabla, aunque el equilibrio no duró. Cayó hacia atrás con los brazos abiertos, como si se entregase al mar, y el impacto con la superficie fue tan torpe como divertido.

—¡Estás disfrutando de esto, admítelo ya! —gritó, sacando la cabeza entre risas.

—No tienes ni la más remota idea —solté sin pensar.

Pero lo pensé. Y era cierto. Por eso nos reímos las dos, con esa ligereza que nace de la verdad compartida.

Se colocó de nuevo sobre la tabla, esta vez con más convicción, con más cuerpo. Me acerqué nadando por detrás y le coloqué una mano en la cintura, la otra en la parte baja de la espalda. A través del neopreno, sentí su piel caliente, el leve temblor de su cuerpo, esa tensión contenida que no era del todo nerviosa. El mar parecía ajeno, pero lo sentía ahí, alrededor, como una presencia paciente.

—Vale —susurré—. Ahora flexiona un poco las piernas. Apoya el peso en el centro. No te cargues hacia atrás.

—¿Así? —preguntó, sin moverse demasiado.

—Sí. Y no mires los pies. Mira al frente.

Ella obedeció. Pero no miró hacia el horizonte.

Me miró a mí.

Directamente. Sin titubeos.

Y esa mirada me golpeó más hondo que cualquier ola. Fue breve, pero suficiente. En ese instante, el mundo pareció estrecharse en torno a nosotras. El agua nos envolvía, el sol nos acariciaba los hombros, y la distancia entre su boca y la mía empezó a sentirse como una broma cruel del universo.

Pero, como era de esperar, lo arruiné. Estaba escrito que sería yo quien lo estropeara.

—¿Has encontrado ya un sitio donde quedarte todo el verano? —solté, sin pensar en el momento, ni en el tono.

Lo noté al instante. El cambio. Meghan bajó la mirada y, aunque intentó mantener la posición, su cuerpo perdió firmeza. Se tambaleó un poco sobre la tabla y, sin decir nada, se dejó caer al agua. Como si la pregunta no solo le hubiera quitado el equilibrio físico.

La risa que soltó al salir a la superficie fue corta, aguda, más una defensa que una muestra de alegría. Una carcajada con filo.

Se apartó el pelo mojado del rostro con ambas manos y empezó a nadar hacia la orilla, sin mirarme ni una sola vez.

—Creo que ya he tenido suficiente sal por hoy —murmuró al pasar a mi lado. Su tono era sereno, sin enfado, pero tampoco quedaba ni rastro del entusiasmo anterior.

No volvió la vista atrás. Avanzó con paso decidido, arrastrando la tabla por la arena, el neopreno pegado al cuerpo, el agua resbalando por su piel mientras el sol le arrancaba destellos al caminar.

Y yo me quedé allí. En medio del mar. Con el agua cubriéndome hasta la cintura y la certeza hundiéndose dentro de mí como una piedra. Más deprisa que cualquier ola.

La había cagado, y lo supe al instante.

13

Meghan

Me duché en casa con el agua mucho más caliente de lo recomendable para un día de pleno verano. Cerré la mampara como si, al hacerlo, pudiera encerrar y arrastrar por el desagüe la sensación de haber hecho el ridículo. Pero sabía que no era eso. No me sentía idiota por haberme caído de la tabla o por haber tragado más arena que agua. Me sentía estúpida por haber creído, aunque solo fuera durante un instante, que aquel momento entre Clarice y yo, ese acercamiento casi eléctrico en mitad del mar, podía significar algo más que un simple desliz. Un reflejo, una ilusión. Algo fugaz que solo yo interpreté como real.

La toalla se me pegaba al cuerpo cuando salí del baño, y el salón estaba completamente vacío. Clarice había desaparecido sin dejar rastro. Ni una palabra. Ni una mirada. Solo quedaba aquella pregunta, lanzada como una piedra al centro del pecho: *"¿Has encontrado ya un sitio para quedarte todo el verano?"*

No era la pregunta lo que dolía. Lo que me desgarraba por dentro era el momento. El modo en que rompió la conexión. El corte seco, sin aviso.

Me vestí con ropa cómoda, recogí mis bocetos sobre la terraza del bar, los coloqué bajo el brazo y salí. Nora estaba al otro lado, detrás de la barra, atendiendo a un par de turistas alemanes que se reían más de lo que bebían. Cuando me vio aparecer, me saludó con una sonrisa torcida y una ceja arqueada.

—¿Tú por aquí y sin tu flamante tabla de surf? Qué decepción —bromeó.

—Por ahora, mejor colgar el neopreno. Pero traigo esto —respondí, desplegando el cuaderno sobre la barra—. Algunas ideas para la terraza. Si aún os interesa, claro.

Nora se secó las manos en el delantal y se acercó con gesto curioso. Se inclinó sobre los planos con auténtico interés, sus dedos siguiendo las líneas como si leyera un mapa secreto. Había algo en su mirada que me dio una pequeña tregua.

—Oye, pero esto es precioso. Has pensado en todo. Incluso en las luces. ¿Y esta zona con cojines? Pensaba que solo te encargabas de las plantas.

—Me gusta explorar otras cosas. Este es un rincón chill-out. Para tardes tranquilas, con música suave. Y esta parte de aquí sirve para colgar plantas en vertical, sin que molesten a la clientela ni resten espacio útil.

—Tú vales oro, Meghan.

—¿Clarice piensa lo mismo?

La pregunta me salió sin filtro. No tenía intención de ser punzante, pero lo fue. Nora levantó la vista. No parecía enfadada, pero sí más seria. Se apoyó en la barra y bajó ligeramente la voz, aunque no había nadie lo bastante cerca como para oírnos.

—Clarice es… complicada —dijo, con una media sonrisa cargada de resignación—. Pero no es mala. Solo ha aprendido a vivir creyendo que necesita tenerlo todo bajo control. Como si soltar el timón fuera peligroso.

—Y yo soy justo lo contrario al control.

—Exactamente. Y eso, a veces, da vértigo. Sobre todo, cuando has convertido la defensa en tu zona de confort.

Me senté en una de las banquetas altas. Ella siguió hablando mientras servía una limonada en un vaso con hielo y rodajas de lima.

—Su última relación la dejó hecha polvo. Secó todas sus reservas, por dentro y por fuera. Estaba a punto de casarse. ¿Lo sabías?

Negué con la cabeza, perpleja. Jessie no me había contado nada. Sentí el vaso frío entre los dedos, como si intentara anclarme a él.

—Lo tenían todo preparado. El vestido, los invitados, hasta el maldito menú cerrado. Y de pronto, dos semanas antes, la otra desapareció. Así, sin más. Dejó una nota y se marchó. Ni una explicación. Nada. Desde entonces, mi hermana no volvió a ser la misma.

Me quedé en silencio, procesando aquella historia como si encajara una última pieza en un rompecabezas cuya imagen completa me estaba empezando a resultar incómodamente clara.

—Desde entonces no permite que nadie entre del todo —continuó Nora—. Dylan es... un refugio funcional. Se entienden, se reparten las tareas, se evitan lo emocional. No hay intensidad, esa intensidad. Al menos, no que yo haya visto… a diferencia de ti.

Levanté la mirada, sorprendida por sus palabras.

—¿A diferencia de mí?

—Sí. La forma en la que te miró la otra noche… Esa manera torpe que tiene de dirigirse a ti, como si temiera meter la pata solo con abrir la boca. Está luchando, contra algo, y seguro que ya ha metido la pata.

—Pues sí —musité, sin poder ocultar la decepción.

Nora me miró con dulzura, sin compasión forzada.

—No lo tomes como algo personal. Solo tiene miedo. Y lo arrastra desde hace años.

—Ya. Pero yo también temo quedarme en un lugar donde no me quieren.

El silencio se instaló entre las dos. Solo se oía el tintineo de cubiertos en la cocina y el murmullo del ventilador del techo girando sin descanso.

—Me gustaría pensar que no soy un estorbo—añadí por fin, con un hilo de voz.

—No lo eres, Meghan. Créeme —afirmó Nora, sin titubeos.

Asentí con lentitud, aunque no tenía claro si lo hacía para tranquilizarla a ella o para convencerme a mí. Recogí mis cosas con calma, arrastrando cada gesto, con un nudo en la garganta que no lograba deshacer.

—Voy a volver a casa. Necesito… dejar de pensar, al menos por un rato.

—Tómate tu tiempo. Pero no tomes decisiones en caliente, ¿de acuerdo?

—No prometo nada —dije, esbozando una sonrisa débil que no llegó a los ojos.

Salí del bar con el cuaderno apretado contra el pecho. El cuerpo aún me pesaba por dentro, no por el mar, sino por esa mezcla agria de decepción y duda. Caminé despacio por el borde del sendero, dejando que la arena se deslizara entre mis dedos, como si pudiese arrastrar consigo todo lo que no sabía cómo dejar atrás. Cada paso me alejaba de las palabras de Nora, de la historia de una boda que nunca llegó a celebrarse, de una mujer que aún no había aprendido a recomponerse del todo. Pero también me alejaba de la risa en el agua, de las manos en mi cintura, del temblor eléctrico que, aunque breve, había sido real.

Tenía que marcharme. Y cuanto antes, mejor.

****

Al llegar a casa, todo estaba en calma. La puerta principal entreabierta, las cortinas agitadas por la brisa, un silencio casi limpio que me hizo pensar que Clarice aún no había vuelto. Dejé el cuaderno sobre la mesa sin abrirlo,

como si quemara al contacto. Me cambié de ropa, me senté al borde del sofá y, sin darle demasiadas vueltas, cogí el móvil.

Tenía un mensaje no leído de Bianca, la chica de la discoteca.

Bianca:
¿Y si repetimos lo del otro día? 😉 Estoy por aquí hasta el finde.

Lo leí dos veces. No supe qué sentir. Recordé sus labios, sus manos rápidas, la risa pegada a mi cuello. Fue fácil. Lo opuesto a todo lo que había con Clarice.

Yo:
Hola. Gracias por escribir. Estoy a tope esta semana, lo siento. Que lo pases bien por aquí.

Pulsé "enviar" y dejé el móvil boca abajo sobre la mesa.

No era justo.

Ni para ella.

Y mucho menos para mí.

Porque aunque mi cuerpo aún recordaba lo bien que se sintió dejarme ir aquella noche, ahora solo pensaba en la mirada de Clarice al hablarme de Dylan. En cómo se apagó su voz al hacerme aquella pregunta. En la muralla que levantó de nuevo justo cuando más cerca estábamos.

Respiré hondo. Me levanté para abrir la ventana del salón. El olor a sal era fuerte, casi medicinal. El cielo se iba tiñendo de tonos anaranjados, y por un momento quise estar en otro sitio. O quizá solo en otro cuerpo. Uno que no se enredara tanto con quien no debía.

Recogí mi pelo y miré el cuaderno desde lejos. Me prometí a mí misma no volver a tocarlo esa tarde.

Y entonces me escuché pensar:

“No estoy huyendo de nada. Pero tampoco pienso quedarme donde no me abren la puerta.”

Porque quedarse no era lo mismo que ser bienvenida. Y ya estaba cansada de fingir que siempre estaba de paso.

14

Clarice

Me desperté con el cuerpo en tensión, como si algo me hubiese arrancado del sueño a mitad de una frase que no me atrevía a pronunciar en voz alta. El corazón me latía desbocado, desordenado, y notaba el sudor deslizándose por la nuca como una advertencia silenciosa. Me incorporé en la cama, aún desorientada. No era el calor. Tampoco una pesadilla. Era algo peor.

Había soñado con ella.

Con Meghan.

Estábamos en el mar, sobre las tablas, envueltas en esa luz dorada que, a veces, parece brotar desde el fondo del agua cuando el sol comienza a hundirse en el horizonte. No había ruido. Solo el vaivén sereno del océano. Meghan se acercaba despacio, con esa expresión suya que parecía guardar secretos. Me sonreía con una media sonrisa que lo decía todo. Y entonces me besaba. Así, sin más. Con la sencillez brutal de lo inevitable. Y yo… le devolvía el beso con la urgencia de quien lleva años callando algo que duele.

Me llevé una mano a los labios, como si aún pudiera notarlos impregnados de ella. Maldita sea.

Maldita sea porque no solo fue el beso. Fue cómo me miraba justo antes. Esa mirada tranquila, inquebrantable, como si el mar entero nos cubriera y aislara del resto del mundo. Todo en aquel sueño parecía construido con precisión quirúrgica para desmontarme desde dentro. Lo peor de todo era que no se sentía como una fantasía. No era una ilusión

confusa. Se sentía posible. Se sentía real. Y, por un instante, me dolió no haber seguido durmiendo un poco más.

Me levanté con torpeza, como si el suelo no terminara de sostenerme, y fui directa a la cocina en busca de café. Como si la cafeína pudiera disipar imágenes que se me habían adherido a la piel, al pecho, a la garganta. La cafetera comenzó a burbujear, cumpliendo su ritual de siempre: ese sonido rítmico, constante, como una de las pocas certezas que aún me sostenían. Apoyé las palmas sobre la encimera, cerré los ojos e inspiré hondo.

No podía seguir así.

No podía seguir dándole vueltas a lo que ocurría —o lo que no terminaba de ocurrir— entre Meghan y yo. Una parte de mí deseaba que hiciera las maletas y se marchara sin decir adiós. Sin dejar rastro. La otra… la otra deseaba justo lo contrario. Que se quedase. Que me mirara otra vez como en el agua. Que no huyera.

Mientras el aroma del café comenzaba a llenar la cocina, me asomé a la ventana del salón. El cielo aún no había terminado de clarear. La luz era tenue, azulada. Todo estaba en silencio. El tipo de silencio que no incomoda, pero sí pesa. La casa parecía suspendida en el tiempo. A medio empezar.

No había señales de Meghan. Ningún paso. Ningún ruido de ducha. Ni el sonido habitual de sus cuadernos al pasar páginas. Nada.

“Bien. Mejor así.”

O eso volví a repetirme, por enésima vez.

****

Un rato después, ya en el bar, intenté enterrar el recuerdo bajo una montaña de tareas inútiles. Limpiar, ordenar, mover cosas de un lado a otro sin necesidad. Cualquier excusa servía para no pensar. Pero bastó con que

Dylan apareciera, tabla al hombro, sudado, sonriente e igual de insolente que siempre, para que todo volviera a agitarse dentro de mí.

—Buenos días, preciosa. Menuda cara traes. ¿Has pasado mala noche?

—No empieces —repliqué, sin llegar a girarme del todo.

—Solo quería saber si habías dormido... o si habías soñado con alguien en particular —añadió, mientras se servía agua directamente de la jarra del bar, como si estuviera en su casa.

Me crucé de brazos.

—Dylan...

—Vale, vale. No me mates. Pero… ¿cuándo piensas invitarla a tu cama?

Me giré tan rápido que casi se le cayó el vaso.

—¿Perdona?

—¡Era broma! —dijo alzando las manos, fingiendo inocencia—. Bueno… medio broma. Se nota a kilómetros que te gusta.

—El problema es que no sé si quiero besarla o que se marche de una vez —solté, sin filtro. Las palabras se me escaparon antes de que pudiera controlarlas. Luego bajé la mirada y añadí, en voz más baja, como si cada sílaba me pesara más que la anterior—. Me da más miedo lo primero.

"Me asusta que me guste. Me asusta que se quede… y que esta vez sea yo quien no sepa reconstruirse si se va."

Dylan no respondió de inmediato. Me miró en silencio, sin su tono burlón habitual. Sin una sonrisa sarcástica, sin chistes. Solo me miró. Y esa pausa valió más que cualquier palabra.

Finalmente, asintió. Una sola vez, despacio.

—Vale —dijo con seriedad—. Entonces ahora ya lo sabes.

—¿El qué?

—Que no es ninguna tontería.

No sonreía. No hacía bromas. Estaba tan serio como pocas veces lo había visto. Como si, por fin, hubiese comprendido que lo que yo sentía no era un capricho, ni una tensión pasajera. No era un error de convivencia. Era algo real. Algo que podía doler.

—¿Y qué hago ahora? —pregunté, con una honestidad que me sorprendió incluso a mí.

—Pues no sé… pero igual podrías dejar de empujarla fuera cada vez que se te acerca un poco. Digo yo.

Y con eso, se levantó de la banqueta, me dio un leve apretón en el hombro —casi un gesto de consuelo— y se fue hacia la parte trasera, donde tenía que preparar las tablas del día.

Me quedé allí, inmóvil, con las manos apoyadas en la barra y la cabeza llena de ruido. Y por primera vez en mucho tiempo, no supe cómo protegerme de lo que sentía.

Volví a casa al final de la tarde, con el cuerpo aún tenso y el corazón en modo guerra fría. Al abrir la puerta, percibí un sonido suave en el salón. Pasos. El cierre de una cremallera.

Meghan estaba de espaldas y recogía sus cosas.

El cuaderno, la manta del sofá, su mochila. Se movía con rapidez, aunque había algo en sus gestos que revelaba contención, tristeza contenida. Se detuvo al oírme entrar, sin girarse del todo.

—Hola —murmuré. Una palabra sencilla, insuficiente, pero era todo lo que me atreví a decir.

—Hola —respondió, sin adornos.

El silencio que siguió no fue incómodo. Fue mucho peor: dolía. Porque sabíamos lo que venía después.

—¿Te vas?

Asintió sin mirarme directamente. Seguía trasteando con una cremallera, ajustando una correa como si todo fuese cuestión de logística. Pero sus hombros... sus hombros no mentían.

—Sí. No quiero seguir aquí fingiendo que no pasa nada. No quiero aprovecharme de ti más de lo que ya lo he hecho.

Un nudo me subió desde el pecho hasta la garganta. Como si su voz supiera exactamente en qué punto romperme. Me crucé de brazos, no para alejarme de ella, sino para ocultar el temblor de mis manos.

—No estás aprovechándote de nada —dije. Intenté que mi voz sonara firme.

Ella bajó la mirada.

—Bueno… a veces lo parece.

—¿Por qué? ¿Porque compartimos espacio? ¿Porque a veces nos miramos como si…?

No terminé la frase. Me ardía en la garganta. Y ella no la completó. El silencio que siguió fue denso. Suspendido. Como si pudiera romperse con un simple suspiro.

Meghan cerró la cremallera con un gesto deliberadamente lento, casi solemne. Luego se enderezó y me sostuvo la mirada, aunque sin desafiar. Sus ojos tenían ese brillo que conozco demasiado bien. No era rabia. Era resignación.

—No te preocupes —dijo al fin, con una sonrisa cansada que me rompió más que cualquier reproche—. No pasa nada. Es tu casa.

Sus palabras dolieron. No sonaban a liberación. Sonaban a retirada digna. Y eso dolía más.

—Pero ese cuarto no se usa para nada —me oí decir. Lo dije sin pensar, aunque en mi interior había más que lógica—. Si quieres quedarte, quédate. No tienes que irte.

Me miró, esta vez sí, con todos los sentidos puestos en mí. Como si mis palabras hubieran alterado el equilibrio de algo más profundo. Y lo supe. Lo sentí. Lo deseaba de verdad. Quería que se quedara. Porque cuando ella se marchaba, la casa no se quedaba en silencio. Se quedaba vacía.

Meghan dejó la mochila en el suelo. El sonido de la lona contra el parqué fue apenas un susurro, pero reverberó dentro de mí. No dijo nada. Solo recogió el cuaderno del sofá con cuidado, como si fuera algo valioso. Luego caminó hacia el pasillo.

Se detuvo justo antes de cruzar la cortina que hacía de puerta. Giró apenas la cabeza. Lo justo para que su perfil quedara iluminado por la lámpara.

—Buenas noches —susurró.

Me quedé sola en el salón, con las luces apagadas y el corazón retumbando en el estómago. Me senté en el sofá, ladeada, mirando hacia el pasillo vacío. Una sonrisa leve, casi involuntaria, me curvó los labios. No era una victoria. Ni un final feliz. Pero sí parecía ser algo.

15

Meghan

Amanecí antes de que el sol hiciera acto de presencia. No fue por el ruido ni por el calor, sino por ese cosquilleo incómodo que se instala en el pecho cuando has dormido en un lugar del que ya no estás segura si todavía forma parte de ti. Me incorporé sin hacer ruido. La casa estaba en silencio. Clarice aún dormía, o tal vez fingía hacerlo, pero no me atreví a asomarme para comprobarlo.

Me puse un pantalón de lino, una camiseta vieja y me recogí el pelo en una coleta alta. Agarré la mochila con las herramientas, el boceto del jardín que tenía pendiente y salí andando. Necesitaba aire. Tierra. Plantas. Algo que me conectara.

El jardín al que me dirigía estaba en la parte trasera de una casa baja, a apenas diez minutos de la playa. La dueña, una señora llamada Amparo, con más carácter que paciencia, me abrió la verja incluso antes de que llegase a tocar el timbre.

—Cuidado con los jazmines —advirtió de inmediato—. Los riego cada día como si fueran reliquias.

—Lo tendré en cuenta —respondí con una sonrisa, mientras me adentraba despacio, observando el terreno con detenimiento.

Era un espacio algo abandonado, pero lleno de potencial. Las buganvillas se desbordaban por las esquinas, un limonero flacucho resistía al fondo, y la tierra, seca y agrietada, pedía a gritos un poco de amor. Me arrodillé en cuanto dejé la mochila y, durante un buen rato, todo lo demás dejó de existir.

Hundí las manos en la tierra, deshaciendo los grumos, sintiendo la humedad enterrada bajo la capa seca. Siempre empiezo así. Necesito mancharme las manos antes siquiera de trazar una línea. No se puede domar la tierra sin entenderla. Me perdí en ese proceso: en el dibujo de los arbustos, en imaginar las sombras futuras, en anticipar la luz del invierno, en prever cómo crecerían las raíces con el paso de los años.

Pasé la mañana trabajando en silencio. Corté ramas muertas, retiré piedras, tomé medidas con un cordel improvisado y marqué en el suelo las curvas que formarían los parterres. Cada vez que hundía las manos, sentía que algo dentro de mí también encontraba su sitio. El sol me golpeaba la espalda con fuerza, pero no me molestaba. Era un calor justo, merecido. El calor que se gana trabajando. Y cada vez que levantaba la vista y veía el cielo abierto sobre mí, me sentía un poco más anclada. Como si, aunque por dentro las cosas siguieran tambaleándose, al menos lo de fuera respondía con claridad.

Alrededor del mediodía, mientras barría hojas secas bajo la sombra escasa del limonero, Amparo se asomó desde la puerta con una jarra en la mano.

—¿La prefieres con mucha azúcar o con poca? —preguntó, alzando el recipiente.

—Con poca está bien —contesté, quitándome los guantes—. Aunque a estas alturas aceptaría hasta vinagre, si está bien frío.

Ella rio. Fue una risa seca, breve, de esas que solo tienen las mujeres que han vivido demasiado y oído aún más. Me hizo un gesto con la cabeza y la seguí hasta la pérgola de cañizo. Nos sentamos en dos sillas de madera que protestaron bajo nuestro peso. El vaso, frío entre mis manos, me reconfortó al instante. La limonada llevaba un toque de menta. Me supo a verano de infancia.

—Esto que estás haciendo... se nota que no es solo trabajo, ¿eh? —comentó tras un trago.

—No, no lo es —reconocí, mirando el jardín como si pudiera leer en él mi propio estado interior—. Nunca lo ha sido. Es mi forma de cuidar a la gente. O de intentarlo.

—¿Y a ti quién te cuida?

La pregunta me tomó por sorpresa. Tardé un par de segundos en reaccionar.

—A veces… las plantas también saben cuidar. Si las dejas —dije finalmente, más para mí que para ella.

Asintió en silencio, observándome con una mirada que parecía ver más allá de mis palabras. Luego se inclinó hacia la mesa y señaló el boceto que había dejado doblado a un lado.

—Esa esquina de sombra… buena idea. En verano aquí no sopla ni una brizna.

—Pensé en una jardinera vertical con helechos. Dan frescor y son fáciles de mantener.

—Tienes cabeza y manos. No es algo que se vea a menudo.

Le agradecí con una sonrisa. Amparo no necesitaba halagos ni gestos grandes. Bastaba con esa forma suya de dar valor con una mirada. Estaba acostumbrada a clientes que querían resultados inmediatos: *"Lo quiero verde, bonito y ya."* Pero ella entendía que todo lleva su tiempo. Que las raíces no crecen a base de prisa. Que se necesita agua, espacio, paciencia.

Cuando terminé, regresé andando, con la camiseta pegada a la espalda por el sudor y las manos aún cubiertas de tierra, que ya no me molestaba en quitar. Pasé por el paseo de la playa, como solía hacer. Me gustaba ese tramo: la arena rozando los bordes de la pasarela de madera, el murmullo constante del mar, como una respiración que nunca se detenía.

Y en ese momento, vi a Clarice sobre su tabla. Estaba de espaldas a la orilla, sentada con las piernas colgando a cada lado, balanceándose al ritmo de las olas pequeñas. La luz del atardecer le delineaba la espalda. El pelo mojado le caía hacia un lado, pegado a la piel. Parecía... serena. Casi frágil. Como si el mar fuera el único lugar donde se permitía ser blanda, sin defensa.

Me quedé quieta, protegida bajo la sombra de un toldo. Podía haber seguido caminando, fingido que no la había visto, pasar de largo. Pero entonces, ella giró la cabeza. Me vio. Y no apartó la mirada.

—¿Te vas a quedar ahí o vienes? —gritó Clarice, con una voz que, por una vez, sonaba distinta. Menos arisca. Más... abierta.

Me acerqué con los pies descalzos, sintiendo cómo la arena húmeda se hundía bajo cada paso, y me detuve justo donde el agua comenzaba a besar la orilla.

—No tengo tabla —le dije, alzando una ceja con intención.

—Eso tiene arreglo. Esta vez, solo tienes que sentarte.

Dudé unos segundos. No porque no quisiera, sino porque no sabía qué significaba ese gesto suyo. Después me quité la camiseta, quedándome con el top deportivo que llevaba debajo, y avancé entre las olas hasta alcanzar la tabla que había empujado hacia mí. Subí con algo de torpeza, pero conseguí mantener el equilibrio. Nos quedamos ahí, frente a frente, sentadas sobre la tabla, flotando en un silencio que no pedía ser roto.

El mar estaba templado, suave, como si supiera que aquel momento no necesitaba dramatismos. Una calma honesta, sin trampa. Todo parecía suspendido. No había urgencia ni ruido. Solo nosotras, y ese espacio entre lo dicho y lo que aún no se atrevía a nombrarse.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó Clarice, sin girarse del todo, pero lo suficiente como para que notara el interés escondido tras su aparente

indiferencia.

—Bien. Hoy no he discutido con ningún jazmín. Todo un logro personal.

Sonrió. Una sonrisa breve, honesta, que se le escapó antes de poder contenerla. Por primera vez en días, me pareció real. Sin escudos. Sin sarcasmo. Como si, al fin, estuviéramos dejando de medirnos.

—Gracias por dejarme quedarme —dije, bajando la mirada a mis manos, que jugaban despacio sobre la superficie del agua, dibujando círculos invisibles con las yemas de los dedos.

—No hace falta que me des las gracias —respondió, y su voz fue tan suave que casi la confundí con el sonido del mar—. Solo… no me dejes sin café por las mañanas.

—Trato hecho —contesté, esbozando una sonrisa que no supe si nacía del café o de las mañanas compartidas.

El silencio volvió, pero esta vez no pesaba. Era una pausa que respiraba con nosotras. La marea subía poco a poco, empujando la tabla hacia el centro, como si el mar también tuviera sus planes para nosotras. No me alejé. Tampoco lo hizo ella. Nuestros pies, bajo el agua, se rozaron sin querer. O queriéndolo demasiado.

—¿Es algo habitual en ti? —pregunté en voz baja, como si no quisiera romper el hechizo.

—¿El qué?

—Poner muros. Justo cuando algo empieza a sentirse bien.

Respiró hondo. No me miró de inmediato. Mantuvo los ojos en el horizonte, como si allí pudiera encontrar una respuesta. Tardó en hablar.

—No lo hago a propósito.

—Ya. Pero te da miedo.

—Lo sé.

Entonces, me miró.

—Tú también tienes tus muros —dijo.

—Yo los disfrazo mejor.

—No. Tú los llenas de flores.

Sonreí. No porque fuera gracioso, sino porque dolía lo certero que había sido.

—Y tú los pintas de gris —le devolví.

No respondió. Bajó la mirada, como si aquello también le hubiera tocado más de lo esperado. El silencio que se instaló fue denso, pero no incómodo. Era un silencio cargado de cosas por decir, de verdades que aún no sabían cómo salir.

Un grupo de gaviotas pasó chillando por encima de nosotras. Las olas pequeñas seguían acariciando las tablas, como si el mar nos recordara que el tiempo avanzaba, incluso si nosotras no queríamos movernos.

—¿Te asusto? —pregunté de pronto, sin filtro, dejándome llevar por la sinceridad del momento.

—Mucho.

—¿Por qué?

—Porque haces que quiera volver a sentir algo. Y eso… eso no estaba en mis planes.

Cerré los ojos un instante. Dejé que el agua me meciera. Y por primera vez en mucho tiempo, no sentí la urgencia de salir huyendo. Ni de bromear para tapar lo que dolía de verdad, solo quise quedarme ahí y respirar. En ese hueco exacto entre el deseo y el miedo, donde todo puede empezar.

O romperse de verdad.

16

Clarice

El mar lo envolvía todo. El sonido, la lógica, incluso el miedo. Era como si, en esa marea templada y persistente, algo dentro de mí se hubiera desplegado. Como si, por un instante, el mundo entero hubiese olvidado pesar sobre mis hombros.

Meghan seguía frente a mí, con la piel húmeda, el sol tiñéndole las pestañas de oro, y esa forma de mirar que no es directa, pero lo dice todo. No sé cuándo se inclinó hacia delante o si fui yo la que me acerqué primero. Solo sé que la distancia entre nosotras se había evaporado. Que nuestros pies se rozaban bajo el agua, ya sin esfuerzo por evitarlo.

Y entonces, rompió el silencio.

—¿Te asusto?

Su voz tembló ligeramente, como si más que una pregunta fuese una forma de liberar algo que llevaba dentro.

—Mucho —respondí. Y fue la verdad más simple y más devastadora que había dicho en años.

La observé. Tenía ese brillo en los ojos que oscilaba entre el reto y la vulnerabilidad. Como si me estuviera dando permiso. O desafiándome. Quizá ambas cosas.

El latido me resonaba en los oídos. Me incliné hacia ella. No por impulso, sino por una determinación que me sorprendió incluso a mí. Mis manos buscaron sus caderas bajo el agua, con una seguridad que no sabía que tenía.

Ella se acercó aún más.

Y la besé.

El primer contacto fue húmedo, cálido, torpe por el vaivén del agua. Pero no importó. Porque su boca encajó con la mía como si lleváramos besándonos en silencio durante días. Porque la sal se coló entre nuestros labios, y aun así, todo tenía sabor a deseo. A todo lo que habíamos estado evitando.

Meghan respondió de inmediato. Me agarró de la nuca con una mano, se aferró a mí con las piernas bajo el agua, y en ese instante, el mar desapareció. No existía la orilla. Ni la tabla. Ni el mundo.

Solo ella.

Solo el calor abrasador de su cuerpo deslizándose contra el mío, en ese vaivén líquido que nos envolvía. Mis manos recorrieron su espalda, resbalando sobre su piel mojada. Estaba viva. Intensa. Palpitante.

La oí gemir, muy bajo, contra mi boca. No fue un sonido ruidoso, sino esa vibración contenida que nace del centro del pecho, cuando el cuerpo se rinde.

Giramos apenas, como si el movimiento formara parte del ritmo. Sus labios descendieron por mi cuello y tuve que morderme la lengua para no pronunciar su nombre. Una parte de mí seguía queriendo controlarlo todo. Pero otra ya no podía.

El agua nos rodeaba. Nuestras caderas se encontraban bajo la superficie. Y en algún punto entre el sol y las olas, perdí la orientación. Mis dedos buscaron el borde de su bañador, y al tocarlo, noté cómo su espalda se arqueaba ligeramente. No dijo nada. Solo me miró, con los labios entreabiertos y la respiración acelerada.

—Clarice... —susurró.

Y yo solo pude responder con lo único que me parecía cierto en aquel momento.

—No sabía que pudieras despertarme esto.

Se acercó más, hasta que nuestras frentes se tocaron.

—Y eso que aún no he hecho nada —murmuró.

Se me escapó una risa, ahogada. No sabía si reír o devorarla entera. Le mordí el labio con suavidad, justo donde más deseaba tenerla, y la volví a besar. Esta vez, más lento. Como si quisiéramos memorizar la sal de nuestras bocas, el calor que nos encendía, el temblor que no era del mar.

Meghan se entregaba con una facilidad que me desarmaba. Cada movimiento de sus labios sobre los míos era una caricia nueva: descarada, dulce, hambrienta.

Mis manos descendieron por su espalda hasta alcanzar su cintura, donde el bañador se adhería a su cuerpo como si lo hubiera tejido el mar. Ella enredó las piernas alrededor de mi cadera, anclándose a mí, olvidando la tabla, olvidando todo. El roce nos estremeció. Su gemido se ahogó entre mis labios y el mío le respondió, ronco, contenido.

—¿Esto sigue siendo una clase? —murmuró, con la voz entrecortada por la excitación.

—Depende de cuánto quieras aprender.

Su risa vibró contra mi cuello, segundos antes de que me besara allí, directa, sin reservas. La sujeté con más fuerza de la que pensaba tener. El agua se agitaba con nosotras, pero ya no había timidez. Cada gesto era un pulso, una urgencia.

Deslicé la mano bajo su top, lentamente, acariciando la curva de su costado hasta alcanzar el borde suave de su pecho. Noté cómo se tensaba, cómo su cuerpo se apretaba más contra el mío. La miré. Buscaba una confirmación que ya no era necesaria. Estábamos muy dentro.

La besé otra vez, con más hambre. Ella respondió al instante. Sus caderas se movieron contra las mías al ritmo del agua. Cada respiración era

más breve. Cada segundo, más intenso. Sus manos exploraban mi espalda, y una de ellas se deslizó por debajo del bikini. El contacto de su piel sobre la mía me encendió hasta el centro del pecho.

—Joder —jadeó, con la voz temblorosa, sobre mis labios.

—Lo sé —susurré.

Y lo sabía. Sabía que estaba ardiendo por dentro. Que había cruzado esa línea que había jurado no volver a cruzar. Y que ya no me importaba. Porque Meghan era deseo, calma, desafío y ternura. Y ahora estaba en mis brazos, rindiéndose a mí como yo lo hacía a ella.

El mar nos mecía, pero ya no éramos delicadas. Nos habíamos rendido al instinto. A ese impulso que no pide permiso. Sus labios descendieron por mi mandíbula hasta la base del cuello, donde me besó con firmeza, sin pausa. Mis dedos se aferraron a su muslo, con firmeza.

La besé de nuevo, más hondo, hasta que nuestras respiraciones se fundieron.

Y entonces, una ola más alta nos sacudió.

Tuvimos que girar, reajustando como pudimos el equilibrio sobre la arena, pero ella no se apartó. Al contrario. Su cuerpo se pegó aún más al mío, su cadera rozó la mía con un movimiento que no tuvo nada de accidental, y justo ahí, en ese contacto bajo el agua, tan directo, tan urgente, algo me recorrió por dentro como una corriente. Todo mi cuerpo vibró.

Meghan deslizó una mano por debajo de mi bikini, acariciando ese borde exacto donde la piel aún ardía y el tejido se volvía frío. Con la otra, me sujetaba por la nuca, como si quisiera evitar que pudiera alejarme. Como si no estuviera dispuesta a dejar que nada —ni siquiera el mar— interrumpiera ese instante. La succión de sus labios sobre mi clavícula me arrancó un suspiro profundo, inevitable, que se me escapó antes de poder

retenerlo. Y al oírlo, levantó la cabeza y me miró con una expresión que era pura conquista.

—Estás temblando —murmuró. Su voz era ronca, rasgada, empapada de deseo. Me atravesó como un rayo.

—Y tú no estás ayudando —respondí, con una sonrisa que se deshizo enseguida sobre su boca. No quería hablar. No quería que ninguna palabra nos devolviera a la superficie, a la orilla, a la lógica.

Nos besamos de nuevo. Más despacio. Ya no era solo deseo lo que flotaba entre nosotras. Era algo más vasto. Una tensión que venía de lejos: de todas esas miradas esquivas, de las palabras nunca dichas, de los desayunos compartidos a medias, de los silencios que nos rozaban por la noche. Y ahora, por fin, todo eso estaba encontrando salida.

Mis dedos exploraron su espalda, recorrieron con lentitud la curva suave de su cintura. Meghan se movió contra mí, y aquel roce, fugaz pero intencionado, me incendió entera. Cerré los ojos, rindiéndome por completo a las sensaciones: el sabor del salitre en sus labios, su respiración acelerada contra mi cuello, la presión rítmica de sus muslos aferrándose a los míos. Ya no era la marea del mar la que nos mecía. Era otra. Una que nos arrastraba sin remedio, y a la que ya no queríamos oponer resistencia.

Durante unos segundos —o tal vez minutos; perdí la noción del tiempo — no existía nada más. No había orilla. No había mundo. Solo nuestros cuerpos enredándose, descubriéndose al fin, sin escudos ni pausas. Húmedos. Vivos. Reales.

Y fue justo cuando su mano volvió a descender, con la misma determinación con la que me miraba, que el eco distante de unas voces infantiles nos rompió el hechizo. El sonido nos sacudió. Tuvimos que separarnos, a regañadientes, como si el deseo aún se aferrara a nuestra piel.

Las bocas seguían entreabiertas. El pulso, desbocado. La necesidad, sin concluir.

Meghan bajó la mirada, aún jadeando, con una sonrisa traviesa, pero cargada de algo más profundo. Yo me pasé una mano por la cara, intentando recomponerme, como si el mar pudiera disolver en espuma lo que acabábamos de encender.

—Creo que vamos a tener que retomar esta clase más tarde —susurró, con una mirada que aún ardía.

—Definitivamente —alcancé a decir, exhalando un suspiro que llevaba su nombre. Porque sabía —las dos lo sabíamos— que esa ola no había sido la última.

17

Meghan

El cuerpo me dolía de formas nuevas. No por el trabajo físico ni por las horas bajo el sol —a eso estaba más que acostumbrada—, sino por lo que había sucedido en el mar. Cada vez que evocaba la manera en que sus dedos se habían aferrado a mi espalda, o el roce de su cadera contra la mía, el corazón me latía con la intensidad de quien ha corrido una carrera sin saber que estaba en la pista. Y tampoco tenía intención de llegar a la meta. Al menos, no todavía.

Regresamos a casa sin decir mucho. Clarice caminaba unos pasos por delante, con el pelo aún húmedo, pegado a la nuca, dejando un reguero oscuro sobre la camiseta. Yo iba detrás, arrastrando la tabla, intentando contener una sonrisa tonta que me brotaba sola cada vez que posaba los ojos en ella.

Al cruzar la valla, me adelanté hacia la ducha. Me enjuagué los pies, los tobillos, y también los pensamientos. Necesitaba esa breve tregua con el agua fresca cayendo sobre mí, aunque no lograba apagar del todo el calor que llevaba dentro. Clarice ni siquiera me miró al entrar en casa. Supongo que ambas necesitábamos un poco de espacio. No demasiado, eso sí. Pero lo justo para dejarnos respirar.

Sin embargo, las horas se alargaron. Me revolví entre las sábanas sin poder conciliar el sueño, dándole vueltas a cada gesto, cada palabra, hasta que el amanecer terminó por asomar, suave y sin permiso, por las rendijas de la persiana.

—¿Tienes planes esta mañana? —pregunté desde el pasillo, al oírla moverse por la cocina.

—No, tengo el día libre —respondió desde dentro, sin girarse—. Nora y Dylan están con unos amigos; cubren todo el turno.

—Perfecto. Porque yo tengo que trabajar —dije mientras cruzaba el umbral para recoger mi mochila—. Pero si te aburres, puedes venir a ayudarme con el jardín de Amparo.

La miré de reojo. Me encontré con una expresión mezcla de sorpresa y desconfianza, como si acabara de proponerle escalar el Himalaya en sandalias.

—¿Ayudarte con las plantas?

—No es tan terrible como suena. No todas muerden.

—Tú tampoco mordías... y mira lo que pasó.

Solté una carcajada sin poder evitarlo. Ella sonrió, mirándome con esos ojos suyos que nunca sabes bien si bromean o hablan en serio, y entonces dijo, con su tono habitual, ese que siempre deja una puerta abierta a la duda:

—Dame media hora. Si no me arrepiento antes, iré.

Y no se arrepintió.

Cuando llegué a casa de Amparo, ya me estaba esperando junto a la verja, con su inseparable sombrero de ala ancha y una jarra de agua fresca en la mano. Me examinó de arriba abajo con su habitual ojo clínico y, sin necesidad de hacerme ninguna pregunta, supo que algo era distinto.

—Hoy no vienes con cara de querer arrancarle la cabeza a nadie. Algo bueno habrá pasado —comentó, tendiéndome un vaso.

—Digamos que el mar estaba... más cálido de lo normal —respondí, aceptando el agua.

No insistió. Amparo nunca era de esas que exigen explicaciones. Me dejó pasar y me puse a trabajar. Marqué las zonas donde iba a levantar la

tierra, preparé las herramientas y me agaché a nivelar unos macizos que habían crecido torcidos con el viento del norte. Estaba tan centrada que no escuché a Clarice hasta que sus zapatillas crujieron sobre la grava.

—¿Es normal que esto huela tan fuerte? —preguntó con la nariz arrugada.

Me giré hacia ella y la observé detenidamente. Iba con unos vaqueros cortos, una camiseta blanca sencilla y una coleta alta que le dejaba el cuello expuesto. Llevaba una botella de agua bajo el brazo y una expresión divertida, casi cómplice.

—Eso es compost. Pero tranquila, no tienes que comértelo. Solo cavar un poco.

—Genial —dijo, con fingido entusiasmo—. Siempre soñé con mancharme las uñas de estiércol.

Se arrodilló a mi lado, y no pude evitar mirarla. Su piel clara contrastaba con la tierra oscura. Un mechón rebelde se le escapaba de la coleta y le rozaba la mejilla. Por un momento, me pareció verla tan fuera de lugar y, al mismo tiempo, en su salsa, que me dieron ganas de besarle la frente. O el cuello. O cualquier otro rincón de su piel donde pudiera dejar mis labios sellados.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó, sin apartar la vista del arbusto.

—Sujeta la base con firmeza y cava alrededor. Con suavidad. Si rompes las raíces, se acabó.

—Entendido. Nada de rupturas por hoy.

La frase me alcanzó como un roce sutil. No fue físico, pero lo sentí igual en el pecho, como una caricia inesperada. Me arrodillé a su lado y comenzamos a trabajar juntas. No tenía técnica, pero sí paciencia. Y sus comentarios, torpes y sarcásticos a partes iguales, me hacían reír más de lo que me convenía.

—¿Esto es normal? —preguntó, frunciendo el ceño al descubrir una lombriz que se movía con elegancia.

—Sí. Eso significa que el suelo está vivo.

—Como tú cuando te enfadas —murmuró, lanzándome una mirada lateral, de esas que no puedes sostener mucho tiempo sin sentirte desnuda.

—Sigue cavando, graciosilla —repliqué, fingiendo dureza.

Se inclinó un poco más, apoyando una mano en la tierra para hacer palanca con la otra. La vi resoplar al intentar mover una piedra grande que bloqueaba la raíz. El cabello se le desordenó aún más, y tenía la frente perlada de sudor. Me pareció tan absurdamente hermosa, tan implicada en algo que no dominaba, y aun así tan dispuesta a quedarse ahí, conmigo, entre lombrices y estiércol, que tuve que apartar la mirada. Solo un segundo. Solo lo justo para poder seguir respirando.

—Esto es más difícil de lo que parece —murmuró, sin una sola queja en el tono.

—¿Quieres rendirte?

—Ni de coña. Pero si mañana no puedo mover los brazos, te voy a odiar profundamente.

—Prometo darte un masaje para aliviar esa tensión —repliqué, con una sonrisa apenas esbozada.

La observé de reojo al decirlo. No era una invitación directa, pero había algo en mi voz, en la pausa que se formó después, que convirtió el trozo de tierra entre nosotras en algo más denso.

—¿Segura? —preguntó, sin levantar la vista del suelo, como si plantar sus ojos en los míos fuese demasiado.

—Bueno… segura de que lo deseas, sí.

No contestó de inmediato. Pero sus labios se curvaron, no en una sonrisa abierta, sino en esa media sonrisa torcida que solo le salía cuando

intentaba no confesar que algo le gustaba más de lo que debería.

—Podrías sorprenderte.

—Me encantaría —susurré, como quien lanza una promesa discreta. Pequeña. Pero con el poder de mover cimientos.

El silencio se volvió espeso, casi físico. Podía escuchar los latidos acelerados de mi pecho, mezclándose con el canto intermitente de algún pájaro escondido entre los setos.

—¿Puedo decirte algo sin que suene raro? —soltó de repente, casi con nerviosismo.

—Clarice, tú y lo raro vais cogidas de la mano desde el primer día.

—Me siento… tranquila aquí. En este caos tuyo.

Por un instante, la tierra se me escurrió entre los dedos. Me giré despacio y la miré. Ella también me estaba mirando. No con miedo. Con algo mucho peor: con sinceridad.

—¿Y eso te asusta? —pregunté, manteniendo la voz baja.

—Sí —admitió, sin pestañear—. Porque el verano acabará en algún momento.

No sabría decir cuánto tiempo permanecimos así. A medio metro. Con los brazos cubiertos de tierra y el corazón más expuesto de lo que ningún esfuerzo físico podía justificar. El sol filtraba destellos dorados sobre su piel, y entre sus clavículas descendía una gota de sudor lenta, hipnótica, que me hizo pensar en demasiadas cosas que no tenían nada que ver con jardinería.

Bajó la mirada, y sin avisar, alargó la mano para apartarme un mechón de pelo que se me había soltado de la trenza.

—Estás hecha un desastre —susurró, con suavidad.

—Tú también —respondí, sin apartarme.

Su dedo rozó mi sien al colocar el mechón detrás de la oreja, y el contacto fue tan leve, tan íntimo, que tuve que hacer un esfuerzo consciente para no cerrar los ojos. Tragué saliva. Me incliné ligeramente. No lo suficiente. Solo lo justo para que lo percibiera.

—¿Estás bien? —me preguntó, con voz baja.

—Sí. Solo que… me cuesta concentrarme cuando estás tan cerca.

—Eso es lo más bonito que me has dicho.

—Y también lo más cierto.

Ella suspiró. No fue un suspiro de cansancio, sino de contención. De deseo. Se sentó sobre los talones y se frotó los muslos con las manos, como si intentara descargar una tensión que ya no sabía cómo sostener. Yo seguía agachada, sin decidirme entre hablar o quedarme callada, entre acercarme más o dejar que ese momento se disipara por sí solo.

Pero fue ella quien rompió la tregua.

—¿Sabes qué es lo más raro? Que no me siento incómoda contigo. Y eso… bueno, no suele pasarme muy a menudo.

—¿Ni siquiera cuando te clavé hace un rato la azada en el pie por accidente?

—Eso te lo haré pagar.

—¿Ah, sí? ¿Cómo exactamente?

—Todavía no lo he decidido. Pero probablemente implique una ducha fría.

—Yo soy más de duchas tibias. Con buena presión —repliqué, con picardía.

Ella rio. Y esa risa removió algo que no me atrevía a nombrar, pero que ahora pedía espacio dentro de mí.

Volvimos al trabajo. No porque tuviésemos ganas, sino porque sabíamos que, si no lo hacíamos, si nos quedábamos un segundo más

detenidas en ese punto exacto, el jardín de Amparo sería testigo de una siembra distinta. Algo que no estaba en el plan de cultivo.

Pero nuestras manos ya no se movían igual. Había un hormigueo nuevo en cada gesto. Las miradas se alargaban más de la cuenta. Los roces dejaban de ser accidentales. Y las ganas, esas ganas que venían gestándose desde hacía días, ya no sabían esconderse.

18

Clarice

El mundo se me quedó pequeño. Y su cuerpo, también. Meghan tenía la piel aún húmeda de la ducha, y yo no sabía si lo que me ardía era el deseo o el miedo. La besé como si lo supiera. Como si hubiera estado esperando ese momento durante días, meses, tal vez años. Me respondió con una entrega tan natural que derribó todas mis defensas. No había duda, ni vacilación, solo una mezcla de urgencia y confianza que me desarmó desde dentro.

La empujé con suavidad contra la pared de la habitación, y ella rio. Esa risa suya, medio ahogada, que no suena en los oídos, sino que vibra en el estómago. Me agarró de la camiseta y tiró de ella con una impaciencia casi juguetona. Sus manos recorrieron mi pecho como si ya me conociera de antes, como si cada caricia tuviera memoria propia. Me sentí temblar, como si cada terminación nerviosa se hubiera despertado de golpe.

Sus labios descendieron por mi cuello y siguieron bajando, con una delicadeza cargada de intención. El calor entre nosotras era denso, inminente, como si el mundo fuera a desvanecerse al otro lado de aquella puerta. La besaba como si no existiera otra manera de respirar. Ella me mordía los labios con precisión, como si supiera exactamente dónde estaba cada uno de mis puntos débiles. Me apretaba contra sí, contra el colchón, contra sus gemidos. Todo olía a sal, a jabón, a tierra húmeda, a mí, a ella. A nosotras.

Mis dedos se deslizaban por su cuerpo con una torpeza que no era fruto de la inexperiencia, sino de la intensidad. Era como si no acabara de creer

que estuviera allí, temblando por mí, abriéndose para mí, susurrando mi nombre con una voz que se quebraba por momentos.

Y entonces, cuando su cuerpo se arqueó contra el mío, cuando su respiración se transformó en un gemido imposible de contener, supe que estaba perdida.

Porque fue tan real que dolió. Dolió no saber si podría sentir sin volver a romperme en el intento.

Me quedé quieta un segundo, la mano aun reposando sobre su piel, su vientre tenso, subiendo y bajando contra mi pecho en un vaivén casi hipnótico. Ella me miró. Tenía los labios entreabiertos, la cara encendida por el esfuerzo y las emociones, las pupilas dilatadas. Y en sus ojos no vi miedo, ni juicio, ni promesas vacías. Solo verdad. Y este calor que nos recorría el cuerpo como una corriente silenciosa.

Me incliné y la besé de nuevo, esta vez sin prisa. Con esa ternura que me dolía en las yemas de los dedos desde que todo comenzó. Sentí cómo se relajaba debajo de mí, cómo sus piernas me envolvían, su cuerpo entregado pero despierto, atento, sensible a cada movimiento mío, por pequeño que fuera.

Su mano se enredó en mi pelo, con suavidad, mientras la otra descendía por mi espalda, acariciando sin hablar, como si pudiera decirme todo sin necesidad de abrir la boca. Había algo brutalmente íntimo en esa manera de tocarnos. Como si estuviéramos inventando un lenguaje nuevo, hecho de roces que sanan y caricias que casi duelen, pero no.

Me dejé caer a su lado sin apartarme del todo. Su pierna quedó sobre la mía, y su respiración, poco a poco, fue calmándose. Sentí sus dedos rozar la línea de mi cadera, dibujando formas invisibles que, sin embargo, se me quedaban grabadas en algún rincón profundo, donde no llegaba la razón.

—Estás temblando —susurró, con un tono que mezclaba ternura y algo parecido al asombro.

Asentí, incapaz de negarlo.

—Lo sé —murmuré.

Ella se incorporó apenas, lo justo para depositar un beso pequeño sobre mi clavícula. Y eso fue lo peor. O lo mejor. No sabría decirlo. Porque en ese beso no había lujuria. Era algo que se parecía demasiado a un refugio.

Y entonces, el vértigo comenzó. No de golpe. No como un grito, ni como una alarma. Fue más bien como una sombra. Una sombra silenciosa que se desliza desde el borde de la cama hasta instalarse justo en el centro del pecho.

La abracé un segundo más. Solo uno.

Y después, me levanté sin decir nada. En silencio. Muy despacio.

Ya era demasiado tarde para fingir que no me importaba.

Nos habíamos dejado caer juntas, enredadas en las sábanas como si el deseo pudiera protegernos de todo lo que vendría después. El silencio que siguió fue más íntimo que el sexo. Más verdadero. Meghan apoyó la cabeza sobre mi pecho, aún con la respiración agitada. Su mano seguía dibujando círculos lentos sobre mi abdomen. Me besó la clavícula otra vez. Me abrazó con una dulzura que me dejó sin defensas.

Me separé. Apenas unos centímetros. Pero los suficientes para que ella lo notara.

—¿Todo bien? —susurró, sin moverse del todo.

No respondí. Me incorporé lentamente, recogí mi ropa del suelo y murmuré algo ininteligible antes de dirigirme al baño. Cerré la puerta con suavidad y me dejé caer en el borde de la bañera.

El aire estaba espeso, saturado de vapor y olor a jabón. Aún flotaba el perfume del momento. Me miré en el espejo, y no me reconocí del todo.

La piel enrojecida en algunos puntos. El pelo alborotado. Los labios hinchados. Y los ojos… con el miedo grabados en ellos. Notaba el cuerpo ardiendo por dentro, pero el pecho se me encogía, como si intentara escapar del propio latido. Recordé otras veces. Otras entregas que acabaron en heridas abiertas. Aquella ocasión en la que creí que era amor. Aquella otra en la que me quedé sola, abrazando sábanas frías y una promesa que jamás regresó.

Y ahora...

Estaba Meghan, con su risa tranquila, con esa calma que parece desarmar a cualquiera, con su maldita luz. Con su forma de tocarme sin esperar nada a cambio. De mirarme como si no tuviera que fingir, como si pudiera ser yo misma sin disfraz.

Apoyé la frente contra los azulejos fríos de la pared. El contraste me sacudió. Escuché pasos suaves en el pasillo. Su sombra se dibujó bajo la rendija de la puerta. Su respiración era tenue, contenida. Y yo no sabía cómo volver a salir de aquel baño sin arruinarlo todo. Pero tampoco sabía cómo quedarme si no era con la armadura puesta.

Cuando por fin abrí la puerta, Meghan seguía allí. De pie. Con una camiseta mía que le quedaba algo grande y el pelo aún húmedo. Me miraba con los ojos muy abiertos, sinceros, hermosos. Tenía los brazos cruzados, no en actitud defensiva, sino como quien no sabe dónde colocar las manos cuando algo le importa demasiado.

Yo la observé también. Sentí las palabras agolpándose en la garganta, pero no las pronuncié. Porque si lo hacía, no habría marcha atrás. Y aún no sabía si estaba preparada para eso.

Ella dio un paso hacia mí. Solo uno. Bastó para acortar la distancia, para hacerme temblar.

—Clarice… —su voz fue apenas un susurro, como si supiera que cualquier sonido más fuerte me haría añicos.

Me detuve en seco. Sentí que sus sílabas me empujaban contra una pared invisible, la misma que yo había construido sin querer.

—No me abraces, Meghan. Por favor.

Mi voz sonó rota, más de lo que habría querido. Como si algo se me deshiciera al salir por los labios.

Ella se quedó quieta. No dijo nada. Pero vi cómo su expresión cambiaba. No hubo reproche. Solo comprensión. Como si, incluso en ese momento, no interpretara mis palabras como un rechazo, sino como lo que realmente eran: miedo. Un miedo crudo e irracional.

—Porque si lo haces… —proseguí, casi sin aliento, notando cómo los ojos me ardían y la voz me temblaba— no voy a saber cómo dejarte ir.

Respiró hondo y cerró los ojos por un instante, como si esas palabras le dolieran tanto como a mí. Pero no avanzó. No dio el paso que lo habría cambiado todo. Se quedó ahí, plantada, sin tocarme, sin forzar nada. Solo permaneció, a escasos centímetros, con esa calma suya que también sabía abrazar. Y en ese gesto, en esa quietud cargada de presencia, entendí que su paciencia era otra forma de ternura. De cuidado. De amor.

Quise decirle que me dolía haberme apartado. Que no era por ella. Que me costaba respirar solo de pensar en no correr hacia sus brazos. Que necesitaba su calor más que nada en el mundo. Pero me quedé ahí, inmóvil, con la espalda apoyada en el marco de la puerta, sintiendo cómo el pecho se me oprimía y el silencio adquiría una densidad casi insoportable.

Meghan dio un paso atrás. Lento. Sin brusquedad. Bajó la mirada. Luego asintió con suavidad, como quien acepta sin entender del todo, pero con respeto. Se giró hacia el pasillo.

—Estoy en el salón, si necesitas algo —murmuró, sin más.

Y se marchó.

Yo me quedé en el umbral. Sin mover un músculo. Como si cualquier gesto pudiera desencadenar un derrumbe interior. El reflejo tembloroso de mi figura se dibujaba en el cristal del pasillo. Y por dentro, yo también temblaba.

Porque entonces lo supe. Con absoluta claridad.

Me estaba enamorando.

Y eso era, sin lugar a dudas, lo más peligroso que me podía pasar.

19

Meghan

Desperté sola. Mi cuerpo aún conservaba su olor, ese rastro salino y tibio que añoré desde el primer momento, pero ella ya no estaba. No había café en la cocina, ni ruidos en el pasillo, solo el eco de una noche que aún ardía entre mis piernas y el silencio cortante del después.

Me senté en el sofá con una taza de café entre las manos y una sensación pegajosa de pérdida, como si algo dentro de mí se hubiera roto sin que me diera cuenta. Tal vez esperaba encontrarla al despertar, aunque fuera con esa expresión confusa de "no sé qué hacer con esto". Tal vez, muy en el fondo, creía que, después de todo lo que había pasado entre nosotras, algo más vendría después.

Pero no vino nada. Ni una nota. Ni un mensaje. Ni una mirada fugaz que me indicase que había significado algo para ella.

A media mañana, escribí a Jessie. No porque me apeteciera hablar, sino por no quedarme atrapada en mi propia cabeza.

Yo:
¿Sabes si tu amiga sigue viva?
Jessie:
¿Clarice?
Yo:
Ese miedo con piernas, sí.
Jessie:
¿Te ha hecho daño?
Yo:
No lo sé. Solo… ha desaparecido. Como si anoche no hubiera pasado absolutamente nada.

Jessie:
Meghan...

Cerré el móvil con un suspiro y me recosté en el sofá, cubriéndome los ojos con el antebrazo. El techo me pareció más blanco de lo habitual, como si se burlara de mis ganas desesperadas de encontrar una explicación. Porque no era solo que se hubiese ido. Era el vacío absoluto que había dejado. Ni rastro de si pensaba volver a verme. Ni una señal que me indicara si se arrepentía. Si quería mantenerse lejos. O si simplemente le daba igual.

Pasé el día fingiendo que estaba ocupada. Respondí correos de vecinos pidiendo presupuestos, repasé unos bocetos sin alma que no me decían nada, y regué las plantas de la terraza, aunque no lo necesitaban en absoluto.

Pero cada vez que el reloj avanzaba un poco, cada vez que la luz cambiaba o el silencio me parecía más denso, alzaba la mirada hacia la puerta. Pero ella no llegó, hasta bien entrada la noche.

Escuché el giro de la cerradura, sus pasos pausados al cruzar el umbral, el leve roce de la bolsa de tela que siempre llevaba colgando del hombro. Yo seguía en el sofá, a medio camino entre la oscuridad y una lámpara cálida encendida en la esquina. Ella entró, me miró —o al menos eso creí —, y dejó las llaves sobre la mesa con un golpe seco.

—Hola —saludó, sin entusiasmo.

—Hola.

Silencio. Un silencio denso, como un plato frío dejado en mitad de la mesa.

—¿Has cenado? —preguntó, sin acercarse, casi por compromiso.

—No tenía hambre.

Asintió brevemente. Se descalzó, colgó la chaqueta en el respaldo de una silla y se dirigió al baño sin más palabras.

Me levanté con lentitud, como si cada parte de mi cuerpo supiera que estaba a punto de cruzar un umbral peligroso. Fui a la cocina sin intención clara, simplemente por hacer algo. Algo que no implicara venirme abajo o sentir que había cometido el peor de los errores. Abrí un armario, saqué dos vasos, los llené de agua del grifo. Dejé el mío sobre la encimera y me quedé con el otro entre las manos. No sé por qué lo hice. Tal vez por llenar el vacío con algún gesto. Algo que me distrajera del temblor que tenía dentro de mí.

La oí salir del baño y caminó con lentitud, sin decir nada. Llevaba una camiseta gris clara, el cabello húmedo y desordenado. Estaba descalza, y su mirada no se posaba en ningún sitio concreto. Como si ni siquiera pudiera sostener el suelo bajo sus pies.

Le tendí el vaso. No me miró al cogerlo. Lo sujetó con desgana, bebió un pequeño sorbo sin molestarse en secarse los labios, y me lo devolvió con una leve mueca que, intuí, pretendía ser un “gracias”.

Y justo cuando giraba sobre sus talones, a punto de desaparecer en el dormitorio y dejarme ahí, sola, en medio de todo aquello que ninguna de las dos se atrevía a decir, abrí la boca.

—¿He sido un error para ti?

Se detuvo. La tensión le recorrió la espalda como un latigazo. Lo vi en el leve movimiento de sus hombros, en la rigidez súbita de su cuerpo. Tardó un par de segundos en responder.

—No lo sé —contestó. Pero no se volvió.

—¿No lo sabes? —repetí, apenas capaz de sostener la voz sin romperme.

—No quiero hablar ahora —añadió. Y aquello dolió más que cualquier grito.

—Claro —solté una carcajada sin rastro de alegría—. Porque es mucho más sencillo fingir que aquí no ha pasado absolutamente nada.

Ella hizo un leve movimiento con el cuello, como si fuera a responder, pero se lo pensó mejor.

—Meghan...

—No me llames así si vas a seguir escondiéndote detrás de tus miedos.

El vaso en mi mano temblaba. Sentía el corazón latiéndome en las sienes, la garganta completamente seca, pero no por falta de agua.

—¿Por qué te acostaste conmigo si luego ibas a tratarme como una extraña? ¿Qué demonios fue lo de anoche, Clarice? ¿Y lo del otro día? ¿Un lapsus? ¿Un desahogo? ¿Algo que ya quieres olvidar?

Me arrepentí del tono, de las formas. Pero no de haberlo dicho. Ella se giró y me sostuvo la mirada.

Y la vi. La vi de verdad. Entera. Rota. Vacía. Llenísima de cosas que no sabía cómo expresar. Tenía los ojos humedecidos. Los labios apretados, como conteniéndose. Las manos caídas a ambos lados del cuerpo, inútiles, perdidas.

—No sé cómo manejar esto —admitió al fin, con una voz tan baja que apenas parecía salirle del pecho—. No sé qué se supone que tengo que hacer contigo. No tengo ni idea de cómo estar aquí.

—Contigo. Has dicho “contigo”, Clarice. Pero esto no va solo de ti. Estamos las dos.

—Claro que va de mí. ¡Siempre he sido yo! —su voz se alzó de repente, inesperada, como una tormenta—. Porque yo no sé estar sin romper cosas. Porque cada vez que me he permitido sentir, me han hecho

pedazos. Porque lo último que deseo en el mundo es hacerte daño. Y, sin embargo, lo estoy haciendo igual.

—No me haces daño por sentir miedo. Me haces daño por callarte. Por apartarte justo cuando más te necesito presente.

Dio un paso hacia mí y se pasó una mano por la cara, como si quisiera borrarse algo más que el sudor. Como si intentara espantar lo que no se atrevía a nombrar.

—¿Y qué pasa si no sé estar, Meghan? ¿Qué ocurre si no sé cómo sostener esto? —musitó. Su voz no tenía tono de excusa, era más bien un grito contenido, una súplica cubierta de miedo.

—Entonces dímelo —repliqué sin apartar la mirada—. Mírame a los ojos y dilo. Dime que no puedes. Que no quieres. Pero no me mires como si todo esto fuera culpa mía, como si fuera yo quien se ha colado bajo tu piel sin permiso.

Ella apretó la mandíbula con fuerza. Cerró los ojos, quizás pensando que al hacerlo podría borrar el momento, fingir que no estaba allí, que no me tenía delante, que nada de esto era real. Por un instante deseé zarandearla, hacerla reaccionar. También quise besarla. Y, al mismo tiempo, desaparecer.

—Nadie te está pidiendo que lo sepas todo —continué, con voz más suave—. Solo que estés y lo intentes, sin más.

Se llevó una mano al pelo y lo apartó de la cara con un gesto brusco, casi impaciente, como si quisiera barrer de un plumazo todo lo que sentía, o incluso apartarme a mí, arrancarme de en medio.

—Clarice… —intenté de nuevo, sin rendirme—. No tienes que arreglar nada, ¿de acuerdo?

Pero no pronunció palabra.

El silencio que vino después pesó más que cualquier grito. Era una distancia helada, muda, imposible de acortar. Era como hablar con alguien que, aunque todavía estuviera físicamente ahí, ya se había marchado.

No sabría decir qué me dolió más: ese silencio devastador o la mirada vacía con la que lo sostuvo.

Esa mirada suya, que en otro tiempo me había deseado, ahora solo me dejaba suspendida. Atrapada. Como si flotara entre dos aguas, sin una orilla clara a la que nadar.

Me mordí el labio. Sentí el ardor al borde de los ojos, esa presión aguda que anuncia las lágrimas, pero no dejé que salieran. Quise decirle que la entendía, que yo también tenía miedo, que esto no era una batalla y que no necesitábamos vencer a nada ni a nadie. Bastaba con resistir, con no soltarnos. Pero si era yo la única que peleaba… entonces no era amor compartido. Era una espera sin sentido. Y yo ya había esperado demasiado.

Di un paso hacia atrás. Luego otro. Sentí cómo la garganta se me cerraba y la espalda se me tensaba para evitar que el cuerpo se me viniera abajo. Ella permaneció inmóvil. Ni siquiera me siguió con la mirada. Se quedó donde estaba, quieta, como una sombra de sí misma.

Caminé por el pasillo como si cada paso costara el doble que el anterior. La casa, que hasta hacía poco me parecía un lugar lleno de oportunidades, se había convertido en un espacio saturado de puertas cerradas.

Aparté la cortina y entré sin más. Me quité la camiseta con movimientos torpes, casi mecánicos. Me senté al borde de la cama y me quedé mirando las manos. Tenía tierra bajo las uñas, todavía. De por la mañana. De cuando cavamos juntas. Me pareció ridículo, casi simbólico. Me tumbé de espaldas y clavé los ojos en el techo, buscándole sentido a las grietas y manchas de humedad, como si algún dibujo azaroso pudiera

ofrecerme una respuesta. Como si en esas formas difusas pudiera encontrar el valor necesario para seguir queriéndola sin deshacerme por dentro.

Estoy enamorada de una mujer que no sabe qué hacer con lo que siente.

Y yo… yo ya no sé si seguir aquí.

Porque amar a alguien que no se deja amar es como intentar abrazar el mar.

Siempre acaba por escaparse entre los dedos.

20

Clarice

El café me supo amargo. Más de lo habitual. Y eso que lo había preparado yo misma. Dylan me observaba desde el otro lado de la barra, apoyado en los codos, como si esperara que estallase en cualquier momento. Conocía a la perfección mis ciclos, mis silencios, mis huidas calculadas. Y esta vez... esta vez era evidente hasta en mi piel que había salido corriendo.

—Vale —dijo por fin, con tono tranquilo—. ¿Vas a contármelo de una vez o prefieres ir soltándome trocitos durante las próximas dos semanas?

Le lancé una mirada cargada de fastidio, pero no tenía energía suficiente para sostener la pose.

—Me acosté con Meghan. Y fue… fue maravilloso.

Ni se inmutó. No frunció el ceño ni alzó una ceja.

—Ya —respondió con naturalidad—. Lo imaginé por tus ojeras, por el aire cargado en la casa y porque esta mañana no te has quejado ni una sola vez de los proveedores.

—¿Tengo cara de haber follado?

—Tienes cara de haber follado y haberte arrepentido. Lo cual es bastante peor. Clarice, ¿qué has hecho ahora?

Solté un suspiro, pesado, y me llevé las manos a la nuca. Apreté la base del cráneo con los dedos, como si así pudiera contener el peso que se acumulaba justo ahí, en el lugar donde nacen las decisiones mal tomadas. El local estaba medio vacío. Los ventiladores giraban con parsimonia y las sillas estaban perfectamente alineadas, como si todo ese orden fuera una burla silenciosa frente a mi caos, mi culpa, mi miedo. Nora había salido a

hacer recados, y Dylan seguía ahí, con los brazos cruzados sobre la barra, mirándome con esa mezcla de ternura y exasperación que solo le brotaba cuando me veía a punto de venirme abajo.

Nos quedaban unos treinta minutos de calma antes de que los turistas irrumpieran con su sed de mojitos, sus risas huecas y sus selfies frente a puestas de sol que no dolían. Treinta minutos antes de que tuviera que volver a fingir que todo seguía en su sitio. Pero por dentro... por dentro me sentía al borde del colapso. Me ardía el pecho. Me escocían los ojos.

—No es que me arrepienta de lo que hicimos —empecé a decir, con la voz grave y contenida—. Fue... joder. Fue increíble. Pero luego la miré, Dylan. La vi a mi lado y… me entró el pánico. Me vi a mí misma sintiendo demasiado. Percibí el vértigo. Intuí la caída. Y cuando eso ocurre... cuando me pasa algo así, solo sé hacer una cosa.

Él no mostró sorpresa.

—Huir —intervino con serenidad, como quien se sabe el guion de memoria.

—Sí —asentí, bajando la mirada. Noté cómo me clavaba las uñas en la nuca sin darme cuenta—. Me asusta quererla. Porque siento que, si lo hago, voy a perder el control. Y si pierdo el control… ya sé lo que viene después.

Dylan dejó el trapo con el que estaba secando vasos sobre la barra. Lo hizo con lentitud, como si incluso ese gesto requiriera delicadeza.

—¿Y vas a esconderte? ¿Vas a hacer lo de siempre? ¿Cerrar la puerta, enterrarlo todo y fingir que no ha pasado nada?

—No es tan sencillo.

—Sí lo es —replicó con firmeza, mirándome directamente—. Es tan sencillo como decidir no ser una cobarde.

Esa palabra me golpeó con fuerza, como un revés inesperado. Le dirigí una mirada afilada, casi defensiva, pero no articulé ninguna réplica. No

tenía argumentos. No esta vez.

—¿Sabes qué es lo que más me jode? —continuó, bajando el tono, más sereno pero sin perder intensidad—. Que ella está ahí. Se ha quedado en tu casa por días, mientras tú tenías una actitud de mierda, queriéndote sin exigencias, mientras dure el ahora. No te pide promesas. No quiere romanticismos prefabricados, ni cuentos de hadas. Solo quiere una bonita historia de verano. Y tú... tú ni siquiera tienes la valentía de decirle que estás cagada de miedo.

Levanté la vista. Le sostuve la mirada. Sentí la voz rota al salir de mis labios:

—Es que… empiezo a pensar que no quiero que se vaya.

—Entonces deja de joderlo, Clarice.

Su tono ya no tenía dureza. Solo sonaba cansado. El tipo de cansancio de quien ha tenido esa conversación demasiadas veces, de quien ya ha sido testigo de cómo dejo pasar cosas buenas por el simple terror a no saber sostenerlas. De quien sabe que nada de lo que diga va a resultarme nuevo, porque llevo años diciéndomelo sola en silencio.

No supe qué decir. Guardé silencio. Volví a llevarme la taza de café a los labios. Ya estaba fría, insípida, amarga. Como yo. Como lo que había dentro de mí.

Y en ese instante, como si mi propio cuerpo necesitara recordarme de dónde venía todo esto, apareció ese pensamiento antiguo, incómodo, casi enterrado. La voz de mi madre.

“El amor es una debilidad, Clarice. Una que las mujeres no pueden permitirse.”

Tenía nueve años cuando la oí decir aquello. Lo dijo mientras doblaba ropa con una precisión casi militar. Cada camiseta perfectamente encajada en su lugar, como si la vida pudiera organizarse de esa forma. Lo dijo sin

levantar la vista del montón de camisas blancas que mi padre ni se molestaba en planchar. Lo dijo como quien dicta una norma de supervivencia. Una advertencia nacida de años de frustración que ya ni se molestaba en disimular.

No dije nada entonces. Como tampoco dije nada ahora.

En aquel momento no comprendí el peso de sus palabras. Pero se me quedaron dentro. Como una semilla venenosa que había germinado en silencio. Las mismas palabras que resonaron cuando estuve a punto de ser abandonada en el altar. Las mismas que me perseguían ahora, como un eco familiar.

Y, sin embargo, lo que más me dolía no era aquella frase. No era su voz, ni su sentencia. Era otra cosa. Era el recuerdo reciente del cuerpo de Meghan junto al mío. De cómo me acarició sin miedo, como si mis imperfecciones no le importasen. De cómo besó mis cicatrices sin pedir explicaciones, como si fueran parte de un mapa que deseaba explorar. De cómo no exigió promesas ni garantías. Solo estuvo. Conmigo. Presente. Despierta. Y mía.

Me besó como si mis grietas no fueran un obstáculo, sino parte de la historia.

¿Cómo se aprende a no huir de algo así? ¿Cómo se desactivan años de mecanismos de defensa en una sola noche?

No lo sabía.

Cuando regresé a casa, la noche era húmeda, cálida, con ese olor a salitre y tierra mojada que te golpea como un recordatorio de todo lo que dejaste sin resolver. No había más luz que la de la pequeña lámpara de la entrada, esa que Meghan solía dejar encendida, como si todavía creyese que algún día llegaría a tiempo.

Dejé las llaves con cuidado sobre la estantería, procurando no hacer ruido, como si eso pudiera evitar el enfrentamiento inevitable. No encendí ninguna otra luz. Caminé por el pasillo con una especie de peso anclado al pecho, ese que te aprieta cuando sabes que no estás entrando simplemente en una casa, sino en el lugar donde se concentran tus errores. No era solo su habitación. Era el único rincón de aquel hogar donde se respiraba algo distinto. Algo que no era mío, pero en el que, por alguna razón inexplicable, me había sentido más viva que en años.

Todo estaba en calma, sí, pero no era una calma amable. Era una quietud tensa, densa, cargada como el aire antes de una tormenta. Era ese tipo de silencio que flota cuando alguien está intentando no romperse del todo. El silencio que no te dirige la mirada, pero que te hace sentir observada desde dentro, como si te analizara por capas. Inspiré profundamente, buscando algún consuelo en el aire, pero ni siquiera eso pareció querer quedarse conmigo.

Me detuve ante la cortina que separaba su espacio del resto. No era una puerta, y aun así se sentía como un muro. No me atreví a apartarla. Me quedé ahí, inmóvil, sintiendo cómo me palpitaban las sienes, los nudillos, el estómago. Todo mi cuerpo parecía querer gritarme que no tenía derecho a cruzar ese umbral.

—Meghan —murmuré, con una voz rota, hecha añicos—. ¿Podemos hablar?

Pasaron unos segundos. Demasiados. Los suficientes para que una parte de mí aceptara el silencio como una respuesta definitiva. Me imaginé su espalda girada en la cama, el cuerpo recogido bajo las sábanas, el corazón ya blindado. Y sentí el rechazo con la misma intensidad que si me hubiera cerrado la puerta en la cara.

Pero entonces, la cortina se movió.

Ella la apartó ligeramente. Lo justo para dejarse ver en aquel hueco de penumbra. Y con eso bastó para que me temblaran las piernas. Llevaba un pijama fino, y el pelo recogido de cualquier manera, con mechones sueltos acariciándole las mejillas. No estaba llorando, pero estaba claro que había llorado. Y esa huella muda me desgarró más que cualquier reproche.

—¿Qué quieres?

Su voz no fue agresiva. Tampoco dulce. Era una voz cansada. Rasa. Desprovista de cualquier intento de suavizar el impacto. Como si ya no quedaran palabras que merecieran ser pulidas.

Tragué saliva. Por fin, mantuve la mirada.

—La he cagado —admití, con la garganta cerrándoseme como una trampa—. Pero no quiero que te vayas.

Ella no respondió. Apoyó la mano en el marco de la entrada, los dedos ligeramente abiertos contra la pared. No necesitó decir nada. Su mirada lo hizo por ella. Y no dolió por lo que expresaba, sino por todo lo que estaba eligiendo callar.

Sentí cómo el nudo del pecho se me subía hasta los ojos, apretándome con fuerza desde dentro. Pero no lloré. No porque no pudiera, sino porque sabía que hacerlo ahora sería una forma de aliviarme, y ese alivio no me correspondía.

Quise decirle tantas cosas... Quise explicarle que la necesitaba más de lo que me atrevía a aceptar. Que no sabía cómo estar con alguien sin armar una coraza, sin salir corriendo. Que quería aprender con ella. Que nadie me había tocado como lo había hecho ella, no solo con las manos, sino con la forma en que me miraba como si mis defectos no la asustasen.

Quise hablarle de cómo me besó las cicatrices sin pedir explicaciones, como si fuesen parte de un mapa que deseaba explorar. Quise decirle que su presencia me desarmaba, pero que, al mismo tiempo, era lo único que me

mantenía en pie. Que no buscaba promesas, ni garantías, ni finales. Solo la quería a ella, en el presente. Tal y como era.

Pero las palabras no salieron.

Me quedé con los labios entreabiertos, el aliento atrapado en la garganta, y las manos juntas, temblorosas, recogidas ante el pecho como si así pudiera sostenerme.

21

Meghan

La cortina seguía entreabierta. Clarice frente a mí, parecía menos imponente que nunca. No era su estatura, ni su voz, ni siquiera su cuerpo el que me hacía daño. Era esa mirada suya. De querer sin atreverse. Y yo la entendía. Con cada jodida célula de mi cuerpo.

Pero también sabía que no me bastaba con eso.

No podía volver a entrar ahí como si con un par de frases todo estuviera resuelto. No podía seguir esperando que cambiara si ella misma no sabía si quería hacerlo. Su voz, temblorosa, aún flotaba en el aire: *"La he cagado. Pero no quiero que te vayas."* Y sí, esa frase me removió algo. Algo que durante semanas me había ido creciendo dentro sin darme cuenta.

Pero no era suficiente.

Aparté la tela con cuidado. Salí de mi habitación y pasé junto a ella. No dije nada. Ni un reproche. Ni una caricia. Sentía que, si lo hacía, iba a ceder. Iba a volver a ese lugar en el que solo una de las dos lo da todo y la otra, simplemente, sobrevive.

Fui a la cocina. Preparé un té sin pensar. Era de noche, pero no sentía sueño. Escuché sus pasos lentos detrás de mí y ella se quedó de pie, al otro lado de la encimera. Ni un centímetro más cerca. Como si supiera que invadir espacio ahora sería un error.

—¿Te vas a quedar callada toda la noche? —preguntó en voz baja.

Le di la espalda. El vapor del agua hirviendo me nubló los ojos, aunque ya estaban nublados desde antes.

—¿No puedes o no quieres intentarlo? —pregunté. Mi voz no era fría.

Tardó en responder. Lo suficiente como para que mi estómago se encogiera.

—No lo sé.

—Eso ya me lo has dicho —me giré al fin para mirarla—. ¿Y sabes qué? Estoy harta de los "no lo sé". No vine aquí para vivir en pausa. No crucé medio país para esto.

—¿Y para qué viniste?

—Para respirar —contesté, sin pensarlo—. Para empezar de nuevo. Para encontrar algo que me hiciera sentir viva. No vine para salvar a nadie, Clarice. Ni para esperarte cada vez que te asustas de lo que sientes.

Ella apretó los labios. Parecía más pequeña en esa cocina.

—Yo no te pedí que me salvaras. Además, ni siquiera te vas a quedar aquí después del verano.

—No, claro. Solo me dejaste entrar en tu casa. En tu cama. En tu jodida cabeza. Y luego cerraste todas las puertas.

No me respondió. Pero lo supe. Claro que lo sabía. Bebí un sorbo de té aunque quemaba. Lo dejé en la encimera con un golpe seco.

—Amparo me ha conseguido un apartamento. Temporal, pero decente. Me mudo mañana por la mañana.

Clarice tragó saliva. No hizo ningún gesto. Pero sus ojos... sus ojos se llenaron de todo lo que no decía.

—Podrías quedarte —dijo al fin—. Podemos hablarlo. Ir despacio.

—¿Despacio? ¿Con silencios, con huidas?

Negó con la cabeza. Se le humedecieron los ojos, pero no dejó que cayera ninguna lágrima. Y eso dolía aún más. Porque era la confirmación de que, en su mundo, llorar todavía parecía que fuera una derrota.

—No quiero dejar de intentarlo —susurró.

—Lo sé.

Me acerqué. Muy despacio. Y le rocé la mano. Un segundo. Solo un segundo. Pero fue un segundo lleno de todo lo que habríamos sido si no hubiésemos sido tan cobardes.

—Lo siento —le dije—. Esto es lo mejor.

Ella asintió y no dijo nada más. Ni un gesto de reproche, ni un intento de retenerme. Solo ese movimiento pequeño con la cabeza que no sabía si era resignación o miedo disfrazado de cordura. Se quedó ahí, con los brazos a los lados, y yo sentí que ya no podía mirar más.

Volví a la habitación en silencio. Todo estaba tal y como lo había dejado esa mañana, aunque nada tenía ya el mismo color. El aire era más denso. Las paredes más estrechas. El cuaderno descansaba sobre la colchoneta, abierto en una página a medio dibujar. Una flor sin nombre y sin raíces.

Doblé mi ropa despacio, sin prisa, intentando no pensar en el sonido de sus pasos al otro lado del pasillo. Había aprendido sus rutinas: el ruido que hacía al dejar las llaves sobre la estantería, la forma en que cerraba los armarios con un empujón suave, el ruido de la cafetera que siempre se resistía los primeros segundos. Cada uno de esos detalles me dolía ahora. Me dolían como parte de una vida que no me pertenecía, pero que había empezado a imaginar. Por mucho que esto fuera una historia de verano.

Guardé los lápices en su estuche, enrollé el cargador del móvil, metí la colonia que solía dejar en el lavabo, plegué la toalla que colgaba en la silla, y justo antes de cerrar la mochila, me detuve.

El aire olía a lavanda y a sal.

A su casa.

A algo que, por un momento, me estaba empezando a gustar.

A la mañana siguiente cerré la cortina, la dejé a medias, como si dejarla abierta fuera una forma de decir “gracias” sin tener que romperme la voz.

Salí al salón y dejé mi taza en el fregadero. Me quedé unos segundos con la mano apoyada en el mármol. Escuché su respiración desde el otro lado. No me atrevía a girarme. No podía permitir que una mirada suya me hiciera dudar. No ahora. No cuando cada músculo de mi cuerpo estaba pidiendo quedarse.

Caminé hasta la puerta. Giré el pomo con una lentitud inconsciente, como si ese simple gesto pudiera retrasar lo inevitable. El aire cálido me golpeó el rostro al salir, impregnado de ese olor a sal y tierra que siempre me evocaba algo remoto, algo antiguo y conocido. El sol comenzaba a ascender, tiñendo el cielo con una luz dorada y oblicua que lo envolvía todo en una melancolía casi tangible.

Al fondo, el sonido del mar llegaba como una promesa olvidada. Una de esas que antaño creí eterna, pero que con el tiempo fue perdiendo forma, contorno, sentido.

Di un paso fuera.

Luego otro.

Y con cada paso, noté cómo algo dentro de mí se desprendía. No era un corte limpio, no era una herida abrupta, sino más bien un desprendimiento lento, inevitable. Como si al andar dejase atrás pedazos minúsculos de mí misma.

No dejé una nota. No escribí ni una sola palabra. No por desdén, ni por despecho. Simplemente, no fui capaz, como tampoco de mirar atrás. No porque no lo deseara —porque, en realidad, cada célula de mi cuerpo suplicaba por una última mirada—, sino porque sabía con certeza que, si me permitía ese gesto, perdería la escasa fuerza que aún me sostenía. Me quebraría allí mismo.

Crucé el pequeño jardín que separaba su casa del camino. Las piedras bajo mis sandalias conservaban el calor del día. Era una sensación

extrañamente reconfortante, como si la tierra intentara ofrecerme consuelo. Una gaviota sobrevoló el tejado y chilló al pasar, sin sospechar nada de lo que se quedaba bajo sus alas. Y pensé que la vida continuaba, indolente, impasible, absurdamente ajena a lo que en mí se estaba desgajando.

Y entonces lo sentí. Un vacío frío que no desgarraba con furia, pero que se instalaba con paciencia. Una tristeza serena, obstinada. Me marché con la amarga claridad de quien comprende, por fin, que hay momentos en los que marcharse no es huir, sino salvarse. Y con la certeza punzante de que, mientras Clarice siguiera encerrada tras sus propias puertas —esas que no sabía, o no quería, abrir—, esta historia nunca podría contarse entera. Se quedaría en fragmentos. En mitades que no alcanzan a ser.

Y yo, simplemente, ya no estaba dispuesta a quedarme a medias.

22

Clarice

La casa olía a ausencia, a ese tipo de vacío que no se llena con el tiempo, sino que se instala poco a poco en los rincones, en las cosas que nadie toca, en el aire que ya nadie respira. A espacio abierto que ha dejado de pertenecer a alguien.

Desperté tarde. No porque hubiera descansado bien, sino porque no tenía valor para enfrentarme de nuevo a la evidencia de que Meghan ya no estaba. Su rincón permanecía intacto: la cortina inmóvil, el pasillo teñido de un eco distinto, uno más hueco, más áspero. El tipo de eco que solo aparece cuando alguien se ha ido de verdad.

El café no me sabía igual. Me lo tomé de pie, apoyada en la encimera, mirando a través del cristal como si el exterior pudiera ofrecerme algo nuevo, algo distinto a los mismos veraneantes de siempre, los mismos coches, las mismas rutinas repetidas como un bucle sin salida. El teléfono vibró una única vez.

Dylan:
¿Damos clases hoy o te estás revolcando en tu drama emocional?

No le respondí de inmediato. Pero unos minutos más tarde, le escribí que viniera a casa, y que trajera bollería. Que necesitaba hablar.

Veinte minutos después, ya estaba llamando a la puerta, con una bolsa de papel en una mano y el pelo todavía mojado, como si se hubiese duchado sin pensarlo demasiado. Llevaba esa expresión suya tan característica, una mezcla entre resignación y ternura, esa que venía a decir: *"No pienso hacerte preguntas, pero si quieres soltarlo todo, aquí estoy"*.

—¿Y la inquilina? —preguntó al entrar, sin esperar a que le invitara a pasar, alzando la bolsa de bollería como si fuera una ofrenda y adoptando ese tono ligero que siempre empleaba cuando sabía que yo estaba al borde del colapso.

—Se ha ido —contesté sin rodeos, sin mirarle del todo, como si ponerle rostro a la situación la hiciera más real.

Dejó la bolsa en la encimera y se quedó de pie durante un segundo, observándome con esa calma suya tan peculiar. Después, sin decir palabra, cogió dos tazas, sirvió el café y me siguió hasta la terraza. El sol aún no apretaba, y la brisa salada que llegaba desde la playa traía consigo el olor del mar, de la madera húmeda, del tiempo que sigue su curso sin detenerse por nada. Ni siquiera por lo que duele.

Nos sentamos con un croissant cada uno y los cafés aún humeantes. Yo no tenía hambre, pero comí por pura necesidad de tener algo entre las manos, por no quedarme simplemente allí, mirando el vacío. Sentía el pecho cargado, no de tristeza exactamente, sino de palabras. Palabras no dichas, retenidas, atascadas en la garganta. De esas que uno guarda con la esperanza de soltarlas más adelante, pero que con el tiempo acaban convirtiéndose en piedras.

Dylan tampoco dijo nada al principio. Masticó con tranquilidad, me miró con paciencia, y esperó. Como si supiera que tarde o temprano, las palabras acabarían saliendo.

Removí el café con la cucharilla, aunque no le había echado azúcar. Me concentré en el gesto, en el leve tintineo contra la porcelana, en el pequeño movimiento repetido que no exigía pensar.

—Me lo dejó claro sin haberlo comentado—solté por fin, sin mirar—. Que estaba cansada. Que no podía seguir esperando a que yo me aclarase.

Dylan tragó con calma, sin dramatismos. Me observó con atención, como si ya supiera lo que venía a continuación.

—¿Y tenía razón?

—Sí —respondí, con una voz más baja de lo que esperaba, apenas un hilo—. No sé querer a medias. Pero tampoco sé cómo no salir corriendo cuando siento que algo de verdad me importa. Es como si todo dentro de mí empezara a gritarme "corre" en cuanto alguien me mira y me ve de verdad, en cuanto lo que siento se vuelve real.

—¿Y lo hizo? ¿Te vio?

—Me besó las cicatrices —susurré—. No preguntó de dónde venían. No quiso saber qué las causó. Solo lo hizo. Me tocó como si no hubiera nada que curar, como si no hiciera falta explicarse. Y eso... eso fue lo peor. Porque no me dio tiempo a esconderme. Me sentí tan expuesta, tan vulnerable, que me asusté. Me desbordó.

Dylan asintió despacio. Apoyó los codos en las rodillas, entrelazó los dedos delante de sí y bajó la mirada un instante antes de volver a fijarla en mí.

—¿Y ahora?

—Ahora ya no está.

No añadí nada más. A veces el aire que queda entre dos personas es lo único capaz de absorber lo que arde por dentro. Él estiró las piernas, bebió un sorbo más de café y me miró con un consuelo cruel.

—Es lo mejor que podía pasar, ¿no? Al fin y al cabo, las historias de verano siempre tienen final.

La frase no sonó irónica. Más bien fue un intento torpe de alivio. Una venda mal colocada. Solté una risa breve, sin humor, seca y vacía.

—¿Esto era solo una historia de verano?

—Dímelo tú —respondió sin apartar la mirada.

Me recliné contra el respaldo de la silla y cerré los ojos un momento. El aire movía las hojas del ficus del porche con suavidad. A lo lejos, alguien reía. Una risa ajena, que no nos pertenecía. Y, aun así, dolía.

—No sé por qué me complico tanto —murmuré—. Con lo fácil que sería simplemente dejar de analizarlo todo. No pensarlo hasta el cansancio.

—Clarice sin pensar —resopló con una sonrisa torcida—. Eso sí que lo quiero ver. Tendría que grabarlo para que me lo creyera.

Sonreí por primera vez en todo el día. Le empujé con el pie por debajo de la mesa, un gesto cargado de complicidad.

—¿Sabes que siempre estás cuando no quiero estar con nadie?

—Lo sé. Y lo acepto —respondió con una seriedad inusual—. Porque yo tampoco quiero estar con nadie. Solo contigo, claro, cuando no estás siendo una montaña rusa emocional...

—La perfección hecha persona.

—Sí —dijo, con una sonrisa suave, sin burla—. Eres guapa incluso estando rota.

La frase me golpeó, no por cruel, sino por verdadera. Me limité a quedarme allí, frente a él, con el croissant aún en la mano y el alma un poco menos entera que antes. No hizo falta que me preguntara si me arrepentía. Lo leía en mis hombros vencidos, en la forma en que no terminaba el café, en el leve temblor que no lograba contener del todo.

Y él, en lugar de aprovecharse de eso, simplemente se quedó conmigo. Sin exigir nada. Sin presionarme. Sin intentar remendar lo que no tenía arreglo.

Y, en el fondo, eso fue lo que más necesitaba.

Nos miramos. El sol caía en diagonal sobre la mesa, proyectando una luz dorada que acariciaba su piel, deslizándose por sus pómulos, la clavícula, las manos. Había algo triste en su belleza desordenada. Algo que

no pedía nada, pero ofrecía consuelo. Por un instante fugaz, todo pareció sencillo. Sin preguntas. Sin heridas. Sin necesidad de explicar nada.

No sé por qué lo hice.

Me incliné y lo besé. Fue un gesto torpe, cansado, tibio. No buscaba deseo. Al principio fue lento. Después, no tanto. Después fueron nuestras bocas reconociéndose más por costumbre que por impulso. Por refugio. Porque, en ese momento, él era lo único que no se desmoronaba. Porque su piel no exigía respuestas. Porque no quiso que le explicara por qué lloraba mientras me desnudaba.

El beso se abrió paso con una dulzura inesperada, como quien camina descalzo por un terreno conocido, y, después, con una urgencia que no supimos detener. Sus manos me buscaron por la espalda con una familiaridad que no necesitaba guía, mientras las mías se deslizaban por debajo de su camiseta, subiéndola poco a poco hasta dejarla arrugada y olvidada sobre el suelo de madera.

Y durante unos minutos, lo conseguí. Dejar de pensar. De verdad lo hice. Dejé que el momento me acogiera y me sostuviera como un refugio breve, como un paréntesis sin exigencias. Porque después, cuando todo terminó, cuando su cuerpo descansaba a mi lado, tibio y sereno, yo ya no estaba allí. Mi mente se deslizó, sigilosa, hacia una terraza vacía donde aún flotaba la sal del mar. Hacia un sofá sin manta, huérfano de presencia. Hacia una taza olvidada en el fregadero, con los restos de un café que ya no sabía igual. Y hacia ella.

Me vi de nuevo en los ojos de Meghan, tan abiertos, tan llenos de algo parecido a valor. En su forma de mirarme sin miedo, de no apartar la vista cuando me sentía vulnerable. En su manera de quedarse después de tocarme, sin buscar excusas ni finales.

Dejándome a mí, como la que huyó de verdad.

23

Meghan

El nuevo piso era sencillo, algo más amplio que el rincón que ocupaba en casa de Clarice, aunque mucho más desangelado. El sofá desprendía un olor persistente a detergente barato, y en la habitación solo se encontraba una cama individual, una lámpara torcida y una mesilla que sostenía una bandeja resquebrajada. No había ni un solo cuadro en las paredes, ni una planta, ni un objeto que no pareciera haber sido colocado por pura obligación.

Me senté sobre el colchón, dejando la mochila abierta a mis pies. Saqué la ropa sin preocuparme en doblarla. Dejé el neceser en el baño y coloqué mi cuaderno sobre la única superficie despejada. No tenía fuerzas para aparentar orden alguno. Aquella noche, lo único que deseaba era ocupar el espacio sin detenerme a pensar demasiado en él.

El silencio me golpeó con una contundencia desconocida. No se oían pasos en el pasillo, ni el murmullo lejano del agua fluyendo desde otro cuarto, ni siquiera la radio encendida de fondo en la cocina. Clarice ya no preparaba café ni lanzaba aquellas frases cortas y frías que de vez en cuando se oían con algo de dulzura.

Me tumbé en la cama, aún con la ropa puesta. Me quedé mirando el techo sin llegar a enfocarlo, como si mis pensamientos hubieran tomado el control de mis sentidos. Cuando el móvil vibró sobre la colcha, no me molesté en imaginar quién podía ser. Lo cogí con desgana y, al ver el nombre de mi madre en la pantalla, contesté sin pensarlo demasiado.

—Hola, mamá.

—¿Ya estás instalada?

—Sí. Es un sitio pequeño, pero está bien. Está cerca de la playa.

—¿Y tú? —preguntó, bajando ligeramente la voz, con esa manera suya tan característica que solo emergía cuando intuía que algo no marchaba del todo bien—. ¿Cómo estás tú?

Vacilé. Me pasé una mano por la frente, como si ese gesto pudiera poner orden en los pensamientos que, en ese momento, se empujaban los unos a los otros, tratando de hacerse oír. Nuestra última conversación no había terminado en buenos términos, aunque durante este tiempo me había esforzado por mantenerla informada con algún que otro mensaje suelto.

—Estoy... así, sin más. Lo de esa chica se ha terminado.

Mi madre tardó unos segundos en responder. Fue un silencio breve, pero lo suficientemente largo como para que algo en mi garganta se cerrase un poco más.

—¿Te ha hecho daño?

—No lo sé. Quizá sí. Pero no de forma intencionada. Simplemente... no es de las que se entregan con facilidad en una relación.

Me incorporé ligeramente en la cama. Crucé las piernas. Empecé a juguetear con el dobladillo de la sábana, deshaciendo las costuras con los dedos.

—Pero la quieres —dijo entonces, con una franqueza que no dejaba espacio para escapatorias.

—Sí —respondí, sorprendida por la claridad de mi propia respuesta—. Más de lo que habría imaginado. Y es una auténtica mierda que eso no haya sido suficiente.

Otro silencio se instaló entre nosotras.

—A veces no se trata de ser suficiente —respondió ella, con una calma que me desarmó—. Hay personas que no saben que merecen ser queridas.

Pero eso no las hace imposibles, Meghan.

Sentí cómo el aire en mis pulmones adquiría un peso distinto. Aquella frase se abrió paso sin pedir permiso. Me arañó por dentro. Y, de algún modo, también me sostuvo.

—¿Y qué se supone que debo hacer con eso, mamá? ¿Esperar? ¿Perseguirla? ¿Olvidarla?

—Nada —dijo con una dulzura inusitada en ella—. Sigue adelante con tu vida. Sin cargar con lo que no te pertenece. Pero no te detengas. No esperes por alguien que no está segura de esperarte a ti. Después de todo, no vas a quedarte eternamente en California.

Apoyé la cabeza contra la pared. Cerré los ojos. Tragaba saliva con dificultad. Después de charlar un rato, nos despedimos poco después. Me quedé unos minutos más sentada en la cama, inmóvil, con el teléfono aún entre las manos. Aquella llamada me había removido por dentro, aunque, en el fondo, también me había devuelto un ancla.

Me levanté. Me puse una camiseta ancha, unas sandalias, y salí del apartamento sin llevar nada más que las llaves. Al bajar los escalones, la brisa me golpeó el rostro. Olía a sal y a coco, probablemente de alguna crema solar mal cerrada.

Caminé hasta la playa. No era la misma en la que estaba el bar de Clarice, pero el mar, cuando se trata de curar heridas, siempre es el mismo.

Me quité las sandalias y hundí los pies en la arena húmeda. Caminé en línea recta, sin mirar atrás, sin rumbo definido. Solo necesitaba avanzar. Respirar. Sentir que aún era capaz de moverme hacia algo.

El mar estaba sereno, como si también él hubiera llorado lo suyo. Cada ola llegaba con una delicadeza insoportable, acariciando la orilla con la indiferencia de quien sabe que, tarde o temprano, todo pasa.

Pensé en Clarice.

En esa forma suya de mirarme sin atreverse del todo. En sus silencios densos. En la manera que tenía de marcharse incluso cuando estaba a medio metro de mí. Pero también recordé su risa, libre y desinhibida, aquella tarde en el jardín. Su mirada rendida cuando me sostuvo sobre la tabla. Sus manos temblorosas sobre mi espalda, como si el tacto fuera una confesión que no se atrevía a decir en voz alta.

No podía odiarla. Por mucho que doliera, no podía.

Ella había hecho lo que sabía. Y yo también. Las dos habíamos llegado al mismo punto, pero desde extremos opuestos. Yo lo hice con las ganas desbordadas, sin escudos, mientras que ella llegó con las puertas bien cerradas, para no romperse. Y yo me rompí precisamente por no haberlas cerrado.

Quizá no era el momento adecuado. O quizá sí lo era, pero no supimos sostenerlo, cuidarlo, protegerlo como merecía. Sin embargo, me hice una promesa clara: no iba a arrastrar el recuerdo, no iba a permitir que ese "casi" me impidiera construir algo nuevo, aunque fuese solo conmigo misma. Aunque tuviese que empezar desde cero, en este apartamento de paredes ajenas y silencios que aún no sabían pronunciar mi nombre.

Tomé aire con fuerza, como si con cada respiración profunda pudiera ganarle terreno a la tristeza.

Seguí caminando. Las olas alcanzaban mis tobillos con delicadeza, y el cielo, a lo lejos, comenzaba a teñirse de tonos anaranjados. Las gaviotas ya buscaban su rincón de descanso. El sonido del mar, golpeando con suavidad la orilla, era un consuelo que no necesitaba palabras. Y entonces, una voz familiar rompió la quietud a mi espalda.

—¿Te vas a poner poética tú sola o me dejas acompañarte?

Me giré.

Nora venía descalza, con un vestido amplio y el pelo recogido en uno de esos moños altos que siempre parecía improvisar con tres dedos y un bolígrafo. Llevaba dos helados en las manos. Me ofreció uno sin decir nada más.

—¿De dónde has salido tú?

—De donde salgo siempre —respondió con una sonrisa leve—. Del bar. Dylan se ha quedado con todo el follón. Le dije que tenía que salir a comprar limas. Y mira, he encontrado mejor compañía.

—Me da la sensación de que me has visto la cara desde lejos.

—Más bien la espalda —replicó con sorna—. Caminas como si llevaras una mochila invisible cargada de piedras.

Acepté el helado. Era de limón: frío, ácido, sincero.

—Gracias.

—No hay de qué. Siempre he pensado que las penas pesan un poco menos cuando te da el aire en la cara y te manchas los dedos con un poco de azúcar.

Avanzamos unos pasos en silencio. Nora siempre había tenido esa rara habilidad de estar presente sin imponer su presencia, de aparecer justo cuando más se la necesitaba, sin aspavientos, sin frases rimbombantes.

—¿Te ha llamado? —preguntó sin rodeos.

Negué con la cabeza.

—¿Y tú? ¿La has visto?

—Esta mañana. Parecía un fantasma metido en cuerpo de mujer. No hablaba mucho. Tampoco me permitió hacer demasiadas preguntas. Dylan también estaba raro. No sé… hay días en los que el bar parece una pecera rota: cada uno encerrado en su rincón, aguantando la respiración como puede.

—Me marché porque sentía que me estaba quedando sin oxígeno —confesé, bajando la voz—. Y ahora, todo es una mierda.

Nora me lanzó una mirada de soslayo.

—Eso no es contradictorio. Eso es estar viva.

Me reí, aunque apenas se oyó.

—¿Tú crees que lo de ella era real?

—¿Te refieres a Clarice?

Asentí con lentitud.

Nora dio una lamida al helado antes de contestar.

—Mira, Meghan. Clarice es de esas personas que han aprendido, a base de golpes, que sentir puede ser peligroso. Que, si te abres, duele. Y cuando duele, ya no hay vuelta atrás. No sabe querer sin vértigo, pero tampoco sabe vivir sin anhelarlo. Así que se queda ahí, atrapada en el filo. Atemorizada. Congelada. Observándote desde la otra orilla, sin atreverse a cruzar.

—¿Y tú crees que la cruzará?

—No lo sé —admitió con sinceridad, sin rodeos ni falsas esperanzas —. Pero si lo hace, no debería ser porque tú te quedaste quieta esperándola. Tiene que alcanzarte. Con el corazón en la mano, con las palabras que antes no dijo, con el cuerpo y el alma, no solo con la mirada.

Me detuve y miré al mar. Sentí humedad en los párpados, pero no cayó ninguna lágrima.

—No quiero odiarla, Nora. Te juro que no quiero.

—No creo que la odies —afirmó con firmeza—. Lo sé. Solo te duele. Pero hay heridas que solo son la prueba de que has querido con valentía. Y eso… eso ya es más de lo que muchos pueden decir.

Volví a respirar hondo. Y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí un poco más liviana.

Caminamos hasta donde la arena comenzaba a enfriarse bajo los pies desnudos. A lo lejos, el horizonte se cubría de rojo y malva. El día se rendía poco a poco, sin necesidad de dramatismos, sin grandilocuencias.

Esa noche no lloré. Pero, por primera vez en días, tampoco sentí que el vacío me estuviera ganando la partida. Y eso, en ese momento, ya era suficiente.

24

Clarice

Me desperté con la espalda tensa y una sensación punzante en todo el cuerpo, como si me doliese por dentro, desde lo más hondo. No lograba recordar cuándo fue la última vez que había dormido así, con el corazón varado en un lugar y el cuerpo abandonado en otro. A mi lado, Dylan seguía tumbado, medio cubierto con la sábana, respirando con esa paz extraña que solo poseen quienes no esperan ya nada de nadie.

Me vestí sin hacer ruido. Ni siquiera me molesté en preparar café.

En el bar, la mañana se me vino encima como una condena que no terminaba de caer, lenta, insistente. Fui sacando las sillas, limpiando una a una las mesas, ordenando los vasos sin prestar atención real a cada gesto. Me movía como si ejecutara una coreografía que conocía de memoria, un paso tras otro, sin emoción alguna, sin música que guiara el ritmo. Solo el murmullo del mar, constante, y el sonido sordo del hielo chocando al caer en la cubitera.

Dylan apareció media hora más tarde. Traía una bolsa con pan recién hecho y no pronunció una sola palabra hasta que terminé de encender la cafetera.

—¿Y ahora qué?

Lo dijo sin ningún reproche.

—¿Ahora qué de qué? —respondí sin alzar la mirada.

—¿Vas a quedarte aquí, con esa cara de alma desgajada, esperando que se olvide de ti?

No respondí. Me limité a empujar el portavasos hacia el fondo de la barra con gesto mecánico.

—Clarice…

—No empieces —le corté.

—Ya he empezado. Y tú deberías hacer lo mismo.

Me giré hacia él y crucé los brazos con firmeza. El aire entre nosotros olía a café recién hecho y a enfado contenido.

—No sabes nada —le solté, con un tono más brusco del que pretendía.

—Sé que llevas días sin hablar de ella. Sé cómo la mirabas, como si te diera miedo quererla de verdad. Sé que anoche, aunque tu cuerpo estaba en mi cama, tu mente y tu corazón no estaban allí.

La frase me golpeó, no tanto por el contenido, sino por la manera en la que la dijo. No hubo dureza ni rencor. Solo una verdad desnuda, sin adornos.

—¿Y qué esperas que haga? ¿Que salga corriendo detrás de ella con flores en una mano y promesas que ni siquiera sé si podría cumplir?

—No. Solo quiero que no te escondas. Que, al menos, tengas el valor de intentarlo.

Dejó la bolsa de pan sobre la encimera y se marchó al almacén, sin añadir nada más. Me quedé sola, escuchando el sonido burbujeante de la cafetera, con el pecho demasiado lleno de cosas para una hora tan temprana.

Proseguí como pude. Atendí a los primeros clientes, puse música suave de fondo, respondí a Nora con monosílabos que no llevaban alma. A mediodía, cuando ella salió a hacer unos recados, me quedé detrás de la barra limpiando. No quería pensar, pero el bar ya no era mi refugio. Cada esquina me devolvía un recuerdo suyo. De Meghan. De sus planos esbozados, de sus ideas alborotadas garabateadas en servilletas mal dobladas.

Fue entonces, mientras abría una de las cajas que habían llegado al almacén, cuando lo vi.

Un papel arrugado, pegado a la parte interior del cartón. Parecía uno de sus bocetos. Lo desenrollé con cuidado, notando la textura algo áspera del polvo. Su letra era inconfundible. Y la frase, escrita con bolígrafo azul entre dos esquemas de jardineras y luces decorativas, me traspasó de forma inmediata.

"Aquí podemos plantar algo bonito".

Me senté sin pensar, con la hoja temblando entre los dedos. Notaba la garganta cerrada, como si contuviera un alud. No lloré, al menos no aún. Pero la emoción me desbordaba por dentro, tan espesa que casi me dolía.

Meghan debió de dejar aquel papel sin darse cuenta, en medio de todo el caos de tierra, planos y cajas. Pero lo que había escrito, no era solo una nota técnica ni una idea más. Era una frase cargada de significado. Una verdad camuflada que quizás no esperaba que nadie leyese. Ella había visto belleza en este lugar. Y lo más importante: la había visto en mí. Y yo… yo solo había sabido levantar barreras. Protegerme y escapar.

Siempre se me ha dado bien perder. Desde niña. Perder discusiones, oportunidades, personas. Había convertido el hecho de marcharme antes de que me dejaran en una especie de arte. En una técnica infalible de supervivencia. Pero esta vez no quería perder algo que me hacía bien.

Y Meghan… ella me hacía bien.

No quería olvidarla. No deseaba reducir lo nuestro a un recuerdo más. No soportaba la idea de que esto quedara archivado en el rincón polvoriento de los "casi". Quería construir un verano con ella, pasara lo que pasara después. Con sus risas desordenadas, sus silencios incómodos, sus preguntas inoportunas, su mal humor matutino y su manía de dejar la taza mal enjuagada en el fregadero. Y, sí, eso me aterraba.

Porque vivir con alguien implica quedarse, estar presente incluso cuando las cosas no brillan. Implica mostrar los errores, los temores, las versiones de una misma que no siempre son fáciles de amar. Y yo, después de tanto tiempo huyendo, ya no recordaba cómo se hacía eso.

Pero ese papel… esa frase… era una puerta entreabierta. Una posibilidad que no sabía si seguía esperándome, pero que ya no podía fingir que no veía. Escuché pasos acercándose, pero no me giré. No tenía fuerzas para recomponerme la cara.

—¿Es de ella? —preguntó Nora, con voz suave.

Asentí, aún sin hablar.

Ella rodeó el mostrador y se apoyó junto a mí en la barra. Miró el dibujo sin decir nada más. No hacía falta. A veces, cuando el cuerpo habla, las palabras sobran.

—Llevo una semana viéndote caminar como si llevaras el alma colgando —dijo, al cabo de unos segundos—. Y estaba esperando que tú misma te dieras cuenta. Pero Clarice, cariño… hay personas que no saben volver solas. A veces, hay que ir a buscarlas.

—¿Y si ya es tarde? —susurré.

—¿Y si no lo es?

Me encogí de hombros. No era el miedo al rechazo lo que me detenía. Era el miedo a repetir. A equivocarme de nuevo. A no saber hacerlo bien.

—No quiero volver a hacerle daño. No si no estoy segura de lo que puedo ofrecerle.

—¿Y cuándo has estado tú segura de algo? —replicó Nora, mientras me observaba con una ceja levemente alzada—. Clarice, tú no haces las cosas desde la certeza. Tú actúas desde el instinto, desde la urgencia... desde lo que arde dentro. Y, a veces —añadió con una pausa que cargaba de sentido sus palabras—, también lo haces por amor.

—¿Tú crees que me quiere?

—Sí, se le veía en la mirada, y créeme, es mucho más inusual que querer con palabras. Te miraba como quien desea quedarse, pero no sabe dónde apoyar los pies sin resbalarse. Y tú, Clarice… tú le hiciste el terreno complicado. Muy complicado.

Apoyé los codos sobre la barra y dejé caer la cabeza entre las manos. La madera, tibia por el sol de mediodía, se convirtió en refugio por unos segundos.

—Quizá solo necesite aprender a quererla mientras me quedo —murmuré, casi en un suspiro.

—Eso me suena a progreso —respondió Nora con una sonrisa ladeada —. ¿Quieres que lo anote en la pizarra de avances personales?

No pude evitar sonreír, a pesar del nudo en el pecho. Su sentido del humor, punzante y oportuno, tenía el extraño don de hacerme sonreír.

Me incorporé despacio. Tomé la hoja de papel y la alisé con cuidado entre las palmas. Después, me acerqué a la pared del bar, donde Meghan solía dejar sus notas improvisadas, sus dibujos apresurados, sus ideas a medio construir con manchas de café y esquinas dobladas. Coloqué el papel con un imán, justo en ese lugar. Retrocedí unos pasos y lo contemplé desde el otro lado del mostrador. La hoja, ligeramente combada y torcida, parecía fuera de lugar. Y, sin embargo, encajaba como si hubiese estado esperando siempre ese sitio.

Nora permanecía apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y la mirada atenta.

—Hazlo por ti —dijo entonces, con una firmeza que no admitía réplica —. No lo hagas por remordimiento. Ni por el dolor. Hazlo porque, esta vez, tienes algo verdadero que decir. Y porque delante de ti hay alguien que merece escucharlo.

Me llevé la mano al rostro, e inspiré profundamente. Porque por fin entendía que hay cosas que no se pueden enterrar para siempre bajo capas de orgullo. Ya no podía seguir escondiéndome. Y esta vez… Esta vez iba a correr hacia ella.

25

Meghan

Me desperté temprano. El cielo aún no se había encendido del todo, pero una claridad suave comenzaba a filtrarse con insistencia a través de las cortinas del apartamento. El aire tenía ese aroma inconfundible a arena húmeda y a pan recién horneado, una combinación que solo parecía posible en este tipo de rincones tranquilos, donde el tiempo transcurría con otra cadencia, más pausada, y la gente todavía se saludaba al cruzarse por la calle, sin prisa, con naturalidad.

Salí sin desayunar, con el pelo recogido a medias, como a toda prisa, y las zapatillas aún cubiertas de la tierra seca que se me había quedado pegada del día anterior. Había aceptado un nuevo proyecto de remodelación: un pequeño espacio en el centro del pueblo, entre dos tiendas de surf. Un jardín urbano. Más decorativo que ecológico, sí, pero con bastante potencial. Y, sinceramente, me gustaba. Tenía algo que me ilusionaba de forma sencilla, como solo lo hacen las cosas pequeñas que, sin embargo, prometen más de lo que muestran.

Amparo me había recomendado para el encargo, como si en el fondo quisiera darme un motivo para quedarme aquí más tiempo. Desde que me lo mencionó, aquella posibilidad no había dejado de rondarme la cabeza. Y aunque no lo dijera en voz alta, algo en mí también lo deseaba. Me hacía ilusión. No era el encargo de un vecino jubilado ni un macetero improvisado al borde de una terraza, sino algo mayor. Visible. Un rincón urbano con potencial para transformarse en un espacio con alma. Algo que podía dejar una pequeña huella. Aunque solo fuese mía.

Llegué antes de la hora y comencé por limpiar la zona. Retiré papeles, restos de envases, algún envoltorio de caramelos, incluso encontré una colilla apagada encajada entre dos baldosas rotas. Me puse los guantes, abrí el cuaderno y repasé las anotaciones del día anterior. Taché algunas ideas que ya no me convencían, reorganicé otras y dibujé algunas líneas nuevas. Medí el terreno con un cordel improvisado y anoté observaciones sobre cómo entraba la luz desde el edificio de enfrente. Ese detalle, aparentemente simple, podía condicionar toda la disposición de las plantas de sombra.

Trabajar con las manos me ayudaba a centrarme. El raspar del lápiz sobre el papel, el peso de la tierra entre los dedos, el aroma a riego reciente... todo eso me mantenía presente, conectada al ahora, a mi cuerpo, a esa parte de mí que aún sabía construir desde cero.

Pero a ratos, mientras hincaba los dedos en la tierra o desplazaba una piedra de sitio, regresaba la punzada. Ese sabor amargo que se queda en la lengua tras los sueños que no se cumplen. El recuerdo suave, constante, de una mujer que me miraba como si no supiera cómo quererme, pero lo intentara igualmente, con todo el miedo que llevaba dentro.

Clarice había sido un incendio contenido. Una chispa que, en lugar de estallar, se quedó ardiendo bajo mi piel, como una brasa que no se apaga. Y yo… yo no supe si apagarla o abrazarla. Hubo momentos en los que deseé gritarle que dejara de esconderse, de ponerse a salvo de sí misma. Otras veces solo quise abrazarla hasta que se desmoronara. Pero nunca lo hice. No supe cómo acercarme a ella sin salir herida en el intento.

Aparté un tiesto viejo y me acuclillé para trazar con tiza blanca la curva de una jardinera. Me detuve un instante y alcé la vista. Desde esa posición, podía ver un fragmento del cielo entre dos ramas secas. Azul pálido. Limpio. Como si el día también estuviera intentando aclararse.

Inspiré profundamente, y cerré los ojos durante unos segundos. La tierra olía a humedad. A posibilidades. A algo que todavía podía brotar, y aunque no sabía si estaba preparada para volver a sembrar, estaba allí. Y eso, por el momento, ya era un comienzo.

****

A media mañana, Jessie me escribió para invitarme a almorzar. Me duché con rapidez, me puse una camisa blanca y salí a su encuentro como quien necesita un abrazo sin saber pedirlo.

Nos sentamos en una terraza frente al mar. Ella pidió una ensalada, yo opté por un plato de pasta. Siempre habíamos sido así: dos formas distintas de ver el mundo que, sin embargo, encajaban como piezas hechas a medida para una amistad.

—¿Y bien? —dijo tras dar un sorbo de agua—. ¿Te está gustando el nuevo proyecto?

—Sí. Me está ayudando a no pensar demasiado —respondí, encogiéndome levemente de hombros.

—Eso no suena especialmente sano.

—Lo sano está sobrevalorado —bromeé, aunque la sonrisa no me salió como tal.

—¿Sigues pensando en ella?

Tragué saliva antes de contestar.

—Sí.

—¿Y entonces?

—Lo nuestro no tenía sentido. Por mucho que lo intentáramos, siempre había algo que nos empujaba en direcciones contrarias. Y, además, el verano está a punto de terminar.

—¿Y qué tiene que ver el verano?

—Jessie…

Ella alzó las manos en un gesto teatral.

—Vale, vale. No insisto. Pero solo te diré una cosa: no subestimes a quien te mira como si no pudieras romperte.

Le sonreí con sinceridad. Le tomé la mano durante unos segundos. Jessie siempre sabía cuándo hablar y cuándo no.

Tras la comida, regresé al local. Los propietarios habían dejado algunas cajas a medio recoger, así que aproveché para ordenar un poco, medir distancias y apuntar un par de ideas más en el cuaderno. El sol caía con fuerza, aunque el jardín contaba con buena sombra. Entre jazmines, lavanda y piedras volcánicas, la tarde se me fue escapando sin darme cuenta.

Estaba de pie junto a una de las jardineras, intentando comprobar si el sistema de riego funcionaba, cuando, de pronto, el aspersor se activó de golpe. Un chorro me alcanzó directamente en la cara, seguido de una lluvia fina y constante que me empapó de pies a cabeza.

—¡Mierda!

Parecía una emboscada perfectamente calculada. El primer chorro fue certero, implacable. Luego, una cortina de gotas me cubrió entera. Solté la pala que tenía en la mano y traté, en vano, de protegerme con los brazos. El agua caía desde todos los ángulos. La camisa blanca se me pegó al cuerpo, transparente y fría como una segunda piel. Notaba cómo la tierra húmeda se colaba en los tobillos, el pelo chorreaba sobre la frente, y la única idea que cruzó mi mente con nitidez fue que, al menos, el sistema de riego funcionaba. Y lo hacía demasiado bien. Pero entonces, vi a alguien más.

Al otro lado del jardín, bajo la misma lluvia artificial que me había dejado empapada hasta los huesos, estaba Clarice. De pie. Inmóvil. Igual de calada, con el pelo chorreando y esa camiseta gris que, al mojarse, se había vuelto casi transparente. *“Madre mía”.* No pronunciaba palabra. Solo me

miraba, con esa expresión que fluctuaba entre el miedo y la determinación. Como si el mundo la hubiese empujado hasta allí sin darle opción. O tal vez había sido ella quien había corrido, sin detenerse a pensar, solo por el pánico a arrepentirse si esperaba un segundo más.

Sentí el corazón acelerado.

Ella levantó una mano. Titubeó, y la vi dudar, temblar ligeramente. No supe si era por el frío o por algo más profundo. Llevaba algo entre los dedos. Era una flor pequeña, blanca, levemente doblada por el agua, pero todavía viva. Avanzó hacia mí con pasos torpes, cruzando el jardín y esquivando las zonas donde el agua salía con más fuerza. En un momento dado tropezó con una piedra suelta, resbaló, pero se sostuvo sin perder la determinación.

Cuando llegó hasta mí, alzó la flor. Estaba tan empapada como ella, y como yo. Me la ofreció con los dedos temblorosos, que rozaron los míos con una torpeza casi infantil.

—No es una metáfora muy sutil —murmuró, con la voz ronca, al límite—. Pero es lo único que tenía.

La cogí sin pensarlo. El tallo, frío y blando, se me quedó entre los dedos. La flor parecía tan frágil como nosotras. Quise responder, pero la voz no me salió. Tardé varios segundos en recuperar el aliento.

—Podrías haberme llamado.

—No sabía si ibas a contestarme.

—Yo tampoco sabía si quería hacerlo.

De nuestras pestañas caían gotas. El agua nos chorreaba por los codos, por la nuca, empapando cada palabra no dicha, cada silencio. Solo esa extraña sinfonía de lluvia fingida y emociones crudas, reales.

—¿Y ahora qué? —preguntó, con la mirada fija en la mía.

Me observaba de frente, sin escudos. Los ojos completamente abiertos, limpios, sin esa sombra de orgullo que tantas veces velaba sus gestos.

—Ahora solo sé que no quiero que esto termine sin haberlo intentado de verdad —dijo, tragando saliva—. No sé si merezco otra oportunidad. Pero, aunque esto acabe, aunque dure poco, creo que podríamos darnos esa posibilidad.

Permanecí en silencio. El agua me recorría la espalda en una línea helada. Sentía la flor latir en mi puño como si tuviera vida propia. El cielo, teñido de un naranja cálido, descendía detrás de los edificios. Y, por primera vez, lo que más dolía no era lo que había pasado, sino la distancia mínima, pero definitiva, que todavía nos separaba.

Aun así, había algo distinto esta vez. Una grieta. Un hueco por donde se colaban la esperanza y el miedo, repartiéndose el espacio a partes iguales.

—¿Y qué ocurre si no termina? —susurré, sin atreverme a acercarme.

—Entonces ya veremos qué hacer.

La miré de arriba abajo. Estaba hecha un desastre. El rímel le corría por las mejillas, tenía las piernas llenas de barro, el pelo enredado por el agua. Y, aun así, nunca me había parecido tan hermosa como en ese instante.

—Estás calada —le dije, como si necesitara romper el peso del silencio. Como si no supiera cómo decirle que estaba temblando por dentro.

—Tú también —contestó, con una leve sonrisa.

—Así que estamos en igualdad de condiciones.

—Exactamente —afirmó, dando un paso más. Lo suficiente para acortar esa última distancia. Quedó peligrosamente cerca.

La flor seguía entre mis dedos. Alcé la mirada y ella me sonrió, antes de rozar mis labios. Y fue entonces cuando supe que no importaba si esto

terminaba mañana, dentro de un mes o en un año. El ahora era más importante.

26

Clarice

El camino hasta su apartamento fue un desorden húmedo de agua, tierra y nervios. No llegamos a correr, pero tampoco caminamos despacio. Meghan iba delante, sujetando la flor con delicadeza, el pelo empapado cayéndole en la espalda en mechones oscuros y pesados. Yo la seguía de cerca, con cada paso impregnado de algo que no sabía si era deseo, vértigo, o una combinación peligrosa de ambas cosas.

Subimos las escaleras sin cruzar una palabra. Lo único que se oía era el sonido húmedo de nuestras zapatillas mojadas contra el suelo. Cuando abrió la puerta, el aire seco del interior nos envolvió como un contraste casi violento. Me temblaban los dedos, y el corazón me golpeaba con fuerza el pecho, como si me hubiese lanzado al mar sin saber nadar.

—Voy a por toallas —dijo, quitándose la camiseta de un solo tirón.

Me quedé donde estaba, con el agua deslizándose aún por mi rostro, observándola alejarse hacia el baño. Llevaba el vaquero corto empapado pegado a las piernas, marcándole cada músculo. Cerré la puerta sin apartar la mirada. Me descalcé, me quité la camiseta, después el sujetador. Me sentía extraña, vulnerable, pero completamente viva. Como si cada célula de mi cuerpo se hubiese encendido ante la cercanía de ella.

Cuando regresó con dos toallas, me miró y sonrió. En su expresión había complicidad, ese brillo de quien no necesita decir nada porque ya lo está diciendo todo.

—Estás hecha un desastre —comentó, con ternura.

—Tú también.

—Me gusta cómo te queda ese caos.

No respondí. Di un paso hacia ella. Quería ir despacio, pero tampoco pude retenerme mucho más. Le quité la toalla de las manos y la dejé caer tras su espalda. Mis dedos rozaron su cintura, ascendieron por sus costillas hasta su pecho todavía húmedo. Sentí su respiración alterarse, y la mía la imitó sin demora.

Nos besamos como si no hubiera otra forma de entendernos. Como si el tiempo perdido necesitara ser devorado de una vez. Era hambre. Era necesidad. Era la urgencia de tocar lo que siempre había estado al alcance, pero que nos habíamos negado por miedo.

Me empujó hacia atrás con decisión, hasta que mi espalda chocó contra la pared del pasillo. Sus manos no se detenían, exploraban con una intensidad que me dejó sin aliento. Notaba su piel contra la mía, el calor húmedo de sus muslos, el gemido breve y contenido que se le escapó cuando le desabroché el vaquero. Todo en ella era sincero, sin defensas, sin cálculo.

La conduje hasta el sofá y la tumbé como pude, con cierta torpeza, como si el deseo se me adelantara, como si mis movimientos no dieran abasto para seguir el ritmo de lo que sentía. Ella se dejó caer entre risas suaves, los ojos brillantes y el pecho agitado. Me incliné sobre su cuerpo, sintiendo el calor que emanaba bajo la ropa empapada, esa electricidad muda que no necesitaba palabras para hacerse entender.

Le quité el pantalón despacio, casi con reverencia, como quien desnuda algo sagrado. Las bragas las bajé con un gesto más torpe, como si mis manos se resistieran a soltarla del todo. Su cuerpo se ofrecía con una mezcla de confianza y urgencia. No había miedo, ni en ella ni en mí. Solo una necesidad honda, tranquila, de estar presentes, de reconocernos desde otro lugar.

Me incliné sobre su vientre, besé el contorno de su cadera, el hueco de la cintura, la línea de su cuello. Ella cerró los ojos y dejó que sus dedos se aferraran a mi espalda con un susurro que apenas se oyó, pero se sintió. La besé despacio, sin prisa. No había nada premeditado en aquello. Solo surgió. Como si cada caricia fuese una forma de pedir perdón por el tiempo desperdiciado. Como si quisiera grabar su sabor, su respiración, su entrega.

Mis manos exploraron su cuerpo con una ternura casi dolorosa, como si cada rincón de su piel fuera un mapa que deseaba recorrer entero. Ella me observaba con los ojos muy abiertos, sin parpadear, como si no quisiera perder ni un segundo de aquello. Como si, al menos por un instante, el miedo se hubiese rendido.

Bajo mis dedos, su cuerpo se arqueó. Bajo mi boca, se estremeció, su entrega no era teatral ni medida. Era real. Absoluta. Sentí que me rompía un poco por dentro, no por tristeza, sino por lo inmenso que era lo que compartíamos. Porque supe, sin necesidad de explicaciones, que no estaba tocando solo su piel.

Y cuando la oí suspirar mi nombre, justo cuando sus uñas se hundieron en mis hombros, antes de rendirse del todo, comprendí que no quería estar en ningún otro lugar. Que, si aquello era caer, no me importaba romperme. Que ninguna armadura bastaría para contener lo que acabábamos de soltar.

Permanecimos tumbadas así, una sobre la otra, respirando aún con fuerza, riéndonos bajito, con la piel vibrante, todavía buscándose, aunque ya no hiciera falta. La ropa mojada seguía amontonada en el suelo, formando un charco tibio. Ella pasó los dedos por mi cuello. Yo le acaricié el pelo, aún húmedo, sin necesidad de palabras.

Porque a veces, el silencio también sabe decir “estoy aquí”.

No era solo sexo. Nunca lo había sido.

Era ella.

Era yo.

Era este instante preciso en el que todo, por alguna razón difícil de explicar, encajaba. Aunque fuera de esas cuatro paredes el mundo siguiera siendo un caos, un desastre aún por nombrar.

—Esto ha sido… intenso —dijo, pasándose una mano por el pelo.

—Sí —respondí sin moverme—. Mucho.

—¿Te apetece cenar?

La miré, apoyada sobre un codo, con una media sonrisa que no ocultaba la calidez que me despertaba su presencia.

—No me digas que ahora te ha dado por cocinar.

—Por favor, Clarice… apenas me acuerdo de dónde está la sartén. Estoy pensando en algo más sofisticado.

—¿Pizza?

—Pizza —asintió, con esa seguridad teatral que le salía cuando se reía de sí misma.

—Muy elegante.

—Una cita de alto nivel —añadió, con esa risa suya que siempre parecía nueva, recién estrenada, como si cada vez que la soltaba fuera la primera.

Nos vestimos con ropa cómoda. Ella se puso una camiseta vieja y un pantalón corto; yo recurrí a lo poco que quedaba seco de lo que llevaba. Pedimos una margarita y otra de pepperoni. Mientras esperábamos, sacó dos latas de cerveza del frigorífico y puso la música en un volumen tan bajo que parecía un susurro de fondo.

Nos sentamos en el suelo del salón, sobre una sábana extendida bajo las piernas, sin protocolo ni expectativas. Solo nosotras, allí, en ese rincón pequeño que empezaba a parecer nuestro.

—No sabía que las citas pudieran ser así —dije entre bocado y bocado, con la voz algo más suave de lo habitual.

—¿Así cómo?

—Sencillas, pero reales.

—A veces no hace falta mucho —respondió con naturalidad—. Lo demás… se va aprendiendo.

La miré. La miré de verdad, sin reservas, sin miedo. Tenía el pelo revuelto, los labios aún hinchados por los besos, las mejillas levemente encendidas. Y por un momento, sentí algo que no me era familiar. Algo parecido a paz. A gratitud. Como si todo mi cuerpo y mi mente hubieran soltado el peso que llevaban cargando desde hacía demasiado tiempo.

—Podrías quedarte a vivir por aquí —soltó de pronto, como quien lanza una piedra al agua y espera el primer círculo de ondas.

Levanté una ceja, sorprendida por su repentina franqueza.

—¿Sí?

—Te sienta bien el aire de California.

—Tú me sientas bien.

Se sonrojó. Fingió que no, pero lo disimuló mordiéndole un borde a la porción de pizza. Yo simplemente me dediqué a observarla. Había algo en la manera en que apartaba la vista, en cómo se le curvaban los labios sin pretenderlo, que me desarmaba por completo. No tenía nada que ver con poses ni con frases bonitas.

Nos quedamos en silencio unos instantes. Éramos dos cuerpos aún templados, dos mentes que empezaban, poco a poco, a bajarle el volumen al miedo.

Cuando la noche cayó del todo y la oscuridad lo envolvió todo con su manto sereno, apagamos las luces. No hubo más sexo. No era necesario. El

deseo flotaba todavía en el ambiente, pero ahora compartía espacio con algo nuevo: la calma. Una calma desconocida para mí, pero bienvenida.

Nos metimos bajo las sábanas y ella se acurrucó contra mi pecho, con la pierna entrelazada con la mía y la mano reposando suavemente sobre mi costado. Yo le acaricié la espalda con la yema de los dedos, siguiendo un ritmo que solo nosotras conocíamos. No nos prometimos nada. No hablamos de futuros ni pronunciamos palabras grandes. Pero para mí, esto ya era suficiente.

27

Meghan

Desperté cuando un rayo de sol, atrevido, se coló entre los pliegues de la cortina. Me costó unos segundos situarme, comprender dónde estaba. Cuando me giré, Clarice seguía dormida a mi lado, con el pelo enmarañado y la boca entreabierta. Respiraba con una calma serena. Y, por primera vez en mucho tiempo, no sentí ninguna urgencia. Solo esa clase de quietud que aparece tras haber sobrevivido a lo que, en algún momento, pensaste que no ibas a superar.

Me incorporé despacio, procurando no despertarla. Pasé la mano por su espalda, acariciando con suavidad el calor de su piel, el ritmo pausado de su pulso. Permanecí unos minutos así, contemplándola, agradecida por cada segundo, y sin hacer ruido, me levanté y me dirigí a la cocina. Agradecí tener una cocina pequeña pero funcional, con una cafetera italiana y una terraza diminuta donde el aire tenía ese sabor salado tan propio de la costa.

El sonido familiar de la cafetera comenzó a llenar el espacio como una melodía tranquila que me sostenía por dentro. Abrí la tostadora y coloqué dos rebanadas de pan. El aroma del grano al calentarse se mezcló con el del café que ya empezaba a subir, oscuro, denso, con ese tono caramelo que tanto me gustaba. Fuera, el mundo despertaba sin prisas. El cielo lucía despejado, de un azul pálido, casi como una hoja por estrenar, y el chillido errático de unas gaviotas rompía el silencio con su torpeza alegre. Imaginé que, para media tarde, ya estarían planeando su próximo saqueo de bocadillos junto a la playa. Pero, por ahora, por ahora solo quería habitar esta calma.

Cuando Clarice apareció por la puerta, lo hizo envuelta en la misma camiseta del día anterior. Su pelo estaba algo menos revuelto, pero aún conservaba las marcas suaves de la noche. Venía descalza, con los pasos lentos, perezosos, como si el día no tuviera aún derecho a pedirnos nada. Sonrió al ver la cafetera humeando. Y esa sonrisa fue tan ligera, tan genuina, que algo dentro de mí me emocionó.

—Has vuelto a preparar el café como si fuera parte de un ritual —comentó, acercándose con las manos en los bolsillos del pantalón corto.

—Lo es —respondí sin pensar, mientras le tendía su taza con una sonrisa.

Ella se aproximó a la encimera. Apoyó ambas manos y me observó con detenimiento, leyéndome por dentro.

—Buenos días, diseñadora.

—Buenos días, musa —le respondí con una leve inclinación teatral de la cabeza, lo justo para arrancarle una risa suave.

Nos sonreímos. Y por un instante, todo el vértigo de los días pasados se disipó. Quedó reducido a un murmullo lejano, como una tormenta que ya había pasado de largo.

Desayunamos en la terraza. El sol aún no quemaba, pero su calor empezaba a deslizarse sobre la barandilla, a acariciar nuestros muslos, a encender las mejillas con su caricia temprana. Desde el fondo de la calle llegaba el rumor del mar, suave, acompasado, como si nos aplaudiera a lo lejos. Como si esta escena cotidiana —tan sencilla, tan sin pretensiones— fuera motivo de celebración.

Clarice me hizo reír con una anécdota tonta de la otra noche: una frase absurda de Nora durante la clase de surf, un comentario completamente fuera de lugar de Dylan sobre los clientes que pedían milagros. Yo la hice sonrojar sin querer, simplemente mencionando lo mucho que le brillaban

los ojos cuando hablaba con los niños que correteaban por la playa, listos para conquistar las olas con tablas más grandes que ellos. Ella intentó cambiar de tema, pero se mordió los labios. Y fue hermoso.

Nos quedamos en silencio un rato. Con las tazas entre las manos y la mirada perdida en el horizonte, como si esperásemos una señal del día. Pero la señal ya estaba allí: en el café compartido, en los cuerpos más próximos que nunca, en no tener que pedir permiso para estar presentes.

—¿Te apetece salir a comer? —pregunté, girándome hacia ella con calma. Había algo en el aire que pedía movimiento. Un cambio de ritmo.

Ella dejó la taza sobre la mesa. Exhaló despacio, como quien llevaba tiempo conteniéndose. Se pasó la mano por el pelo y lo echó hacia atrás con un gesto distraído que, sin embargo, decía mucho. En ese sencillo movimiento, supe que llevaba dos días reconstruyéndose en silencio, con esmero, sin alzar la voz, sin mostrar sus grietas.

—Sí —dijo finalmente—. Me apetece mucho.

Y antes de levantarse, antes de volver dentro a buscar —más bien robarme— una camiseta seca y unas sandalias, se inclinó sobre la mesa y rozó mi mejilla con los labios. Un beso lento. Como si ese gesto dijera sin voz: *"Estoy aquí. Gracias por no soltarme."*

****

Cogimos las llaves, y empezamos a caminar hacia el paseo marítimo, sin un rumbo definido, pero con ese impulso de quien necesita ver gente, colores, movimiento, vida. Queríamos dejarnos llevar por el ruido amable del mundo, por el murmullo de voces ajenas, por la posibilidad de lo simple.

Entramos en uno de esos chiringuitos de siempre, sin pretensiones, sin lujos, pero con todo lo esencial: mesas de madera algo castigadas por el

salitre, manteles de cuadros que hacía tiempo que dejaron de ser ni blancos ni rojos para convertirse en un color indefinido, y una brisa juguetona que se colaba entre las sillas sin pedir permiso. Nos sentamos junto a la barandilla que daba directamente al mar, en un rincón donde la vista se desplegaba hasta confundirse con el horizonte, y respiré hondo, como si aquel soplo pudiera terminar de vaciarme de todo lo que había quedado atrás.

Clarice se quitó las gafas de sol y las dejó sobre la mesa con un gesto pausado. La luz directa le aclaraba los ojos, haciéndolos parecer aún más transparentes. Recorría la carta sin prisas. Yo tampoco tenía demasiada hambre, pero pedimos poké con mango y atún marinado; algo fresco parecía lo más apropiado para un día que se sentía tan nuevo, tan limpio.

La camarera, una chica joven con el pelo teñido de rosa y tatuajes vivos en los antebrazos, nos sonrió con complicidad. Cuando nos ofreció limonada casera, Clarice asintió sin necesidad de hablar. Su expresión lo decía todo: estaba bien.

Comimos sin prisas, en ese ritmo lento que solo aparece cuando la conversación no es una obligación, sino un deseo compartido. Hablamos de cosas pequeñas, de esas que rellenan los huecos con cariño: del bar, de si Nora acabaría redecorando la terraza, aunque nunca se decidiera del todo; de una señora mayor que intentó alquilarle a Clarice una tabla de surf solo para tumbarse al sol encima; del vecino del piso de al lado, que según ella tenía un gato demasiado inquieto o una vida sexual muy accidentada. Reímos.

Frente a nosotras, el mar se movía con una suavidad hipnótica, como si estuviera en sintonía con todo lo que yo sentía por dentro. Un vaivén sin aspereza. Paz, en su forma más pura.

Justo cuando me llevé otro bocado a la boca, el móvil vibró sobre la mesa. Fruncí el ceño.

—Es Amparo —le dije, mostrándole la pantalla a Clarice.

—¿Hace falta que contestes?

No lo dijo con reproche, solo con un interés sereno, como quien entiende que algo puede ser importante, pero no exige ser priorizado.

—Sí —respondí, deslizándome hacia la llamada—. Puede que sí. ¿Amparo? —pregunté al descolgar, llevándome el teléfono al oído.

—Hola, Meghan. Te esperaba hoy. ¿Estás ocupada?

—No, dime.

—Un amigo mío —su voz sonaba entusiasta— acaba de comprar un pequeño hotel boutique frente al mar. Está cerrado entre semana y quiere reformarlo completamente, tanto el jardín como las zonas comunes. Le he enseñado tu trabajo: lo que hiciste en mi casa, el jardín de la tienda... Le ha encantado. Quiere contratarte para un proyecto de seis meses, con opción a quedarte como creativa si encajáis. ¿Te interesa?

Durante unos segundos me quedé en silencio. Sentí como si todo mi cuerpo necesitara confirmar que aquello era real. Giré ligeramente el rostro hacia Clarice. Ella no dijo nada, pero me sostuvo la mirada. Y en sus ojos no vi dudas, y algo parecido a esperanza.

—Sí —contesté al fin, con voz clara—. Me interesa mucho.

—Perfecto. Esta tarde te paso los detalles. Si estás lista, firmamos. Estoy muy contenta, Meghan. De verdad.

Colgué. Cerré los ojos por un instante. El sonido del mar volvió a ocupar el mundo. Me temblaron las manos. Hacía tanto tiempo que no sentía que un lugar me pedía que me quedara, que casi había olvidado cómo se tomaban esas decisiones.

—¿Y? —preguntó Clarice, inclinándose un poco hacia mí, sin urgencia.

—Me han ofrecido un proyecto de seis meses. Un hotel junto al mar. Estaría a cargo de todo. Y si funciona, podría quedarme más tiempo.

Ella se quedó en silencio. Apoyó los antebrazos en la mesa y me observó, con los labios apretados. No sonrió de inmediato. Me miró. Y cuando al fin lo hizo, su sonrisa fue como una puerta que se abre con cuidado.

—¿Y vas a aceptar?

La respuesta ya vivía en mi pecho desde antes de que lo preguntara.

—Sí. Claro que sí. Esto puede ser el comienzo de algo maravilloso, ¿no crees? —susurré, aún con las palabras palpitando dentro de mí.

—Sí —dijo, mirándome con esa expresión que empezaba a resultarme familiar: una mezcla de deseo, ternura—. Sí, lo creo.

Nos miramos. Solo eso. El bullicio del chiringuito, las risas de otros comensales, el tintinear de vasos, el rumor lejano de las olas... todo eso se volvió un fondo lejano. Solo estábamos nosotras. Su rodilla rozando la mía bajo la mesa. Y esa luz dorada del atardecer, proyectándose como si quisiera transformar cada segundo en recuerdo antes de que terminara.

—No sé qué pasará —confesó en voz baja—. Pero no pienso volver a esconderme detrás de lo que no entiendo.

—No necesitas entenderlo todo —le dije, apretando con suavidad su mano—. Solo intentarlo.

Nos quedamos un rato más. Compartimos el último sorbo de limonada, hablamos de cómo podríamos organizarnos si aquello se convertía en algo más constante. De si sus clases de surf podrían adaptarse. De si yo podría decorar el hotel con especies autóctonas. Tonterías prácticas. Maravillosas.

Al salir, el aire tenía esa temperatura perfecta. Paseamos un poco más por el paseo marítimo, sin destino, con la piel aún cálida por el sol. Ella me rodeó los hombros con un brazo y me dejó apoyar la cabeza en su hombro. Estábamos listas para enfrentar el presente.

Epílogo

Clarice

El verano había terminado hacía justo una semana, aunque el calor seguía colándose por los rincones como si no quisiera soltar del todo el cuerpo de la costa. La playa estaba más tranquila; había menos toallas extendidas, los gritos de los niños ya no dominaban la banda sonora del día, y el aire, al fin, parecía tener espacio para moverse sin urgencias.

Estábamos en el bar, Nora y yo, terminando la jornada. Meghan se encontraba sentada sobre la barra, con las piernas cruzadas y un lápiz entre los dedos. Tenía el cuaderno abierto por una página que aún no me había enseñado, y ese gesto concentrado, ese ceño fruncido tan suyo que me volvía loca desde la primera vez que lo vi. Dylan se apoyaba en la esquina del mostrador, con el aire despreocupado de quien parece tener todo el tiempo del mundo a su favor, despeinándose con esa naturalidad.

—¿Cuántos mojitos has preparado hoy? —preguntó Nora mientras recogía los posavasos con un ritmo casi militar.

—Catorce —respondí sin necesidad de pensarlo—. Cinco dobles, tres sin alcohol y uno que, claramente, llevaba más ron del legal.

—El de la señora alemana —apuntó Dylan, alzando una ceja—. Esa mujer me guiñó el ojo. Y no es una forma de hablar.

—A ti te guiñan el ojo hasta las piedras —repliqué, sin levantar la vista de los vasos—. No tiene mérito.

Meghan soltó una risa suave. Cerró el cuaderno y lo dejó a un lado con un gesto despreocupado.

—¿Puedo preguntar qué hace una diseñadora de jardines subida a una barra? —le dije, apoyando las manos en las caderas con fingida severidad.

—Inspiración en altura. Lo descubrí en Pinterest —contestó con toda la seriedad del mundo, aunque en sus ojos brillaba esa chispa que ya me conocía de memoria.

Me acerqué. Le acaricié la pierna, bajando lentamente hasta el tobillo. Su piel aún conservaba el calor del sol, del día entero trabajando entre tierra y flores. Me encantaba esa combinación: el olor a salitre en el pelo, y esa forma tan suya de encajar en mi vida como si siempre hubiera estado ahí, sin esfuerzo, sin exigencias.

—¿Y qué has decidido rediseñar esta vez? —pregunté, con una sonrisa apenas disimulada.

—Tu terraza —respondió sin pestañear.

—¿Otra vez?

—Sí. Pero esta vez voy a poner luces preciosas y una enredadera que huela a jazmín por las noches. Me lo vas a agradecer, ya lo verás.

—Me voy antes de que os beséis delante de mí.

—No mires —le dijo Dylan—. A ti te molesta cualquier muestra de afecto que no venga con propina.

—Exactamente —replicó ella, guiñándome un ojo—. Cierro la caja y desaparezco.

Los vi marcharse entre bromas, entre pasos conocidos, envueltos en una complicidad antigua que no necesitaba etiquetas. Cuando nos quedamos solas, el silencio del bar cambió de textura. Me apoyé en la barra, frente a ella.

—¿Te gusta vivir aquí?

Meghan me sostuvo la mirada, ladeó la cabeza y arqueó una ceja con una lentitud casi teatral.

—¿Después de compartir techo contigo, que robas las sábanas y dejas los calcetines por todas partes? Sí. Me gusta.

—No te quejes. También te preparo café cada mañana.

—Eso es cierto —concedió, con una leve sonrisa—. Y me besas en el hombro antes de levantarme. Aunque no lo creas, me doy cuenta.

Me incliné sobre la barra y la besé en la clavícula, justo en ese punto donde sabía que se le erizaba la piel.

—Entonces... ¿esto es real, no? —susurré, más como una confirmación para mí que como una pregunta para ella.

—Sí. Lo es. Aunque sigas negándote a poner flores en la cocina.

—No me fío de nada que viva más que mis plantas de interior.

Ella rio, luego me agarró suavemente de la camiseta y me atrajo hacia ella. Nuestros labios se encontraron sin prisa. Ya no había nada que ocultar.

Afuera, el cielo empezaba a apagarse poco a poco. La brisa nocturna traía consigo el olor a madera, a sal, a final de jornada. Dentro, la luz del bar se volvía más dorada, más íntima. Todo a nuestro alrededor parecía haber encontrado su lugar. Incluso yo. Incluso ella. Incluso esto que habíamos creado juntas, sin instrucciones, con errores, pero también con una honestidad que no dejaba de crecer.

Me quedé allí, con su frente apoyada contra la mía, percibiendo cómo el mundo dejaba de doler y, por fin, se ofrecía como un lugar donde quedarse.

Y pensé, sin necesidad de pronunciarlo:

Todo empezó el día en que la dejé entrar en casa. Y ahora... ahora ya no quería que se marchara jamás.